

EPISTOLARIO UNAMUNO - SALAVERRÍA

J. Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS

Sin interpelásemos a los donostiarras en plena calle con la pregunta: –¿quién es José María Salaverría?, probablemente serían legión los que contestasen: –¡Ah, sí!, uno que tiene una calle, ¿no?– Quizás supiesen algo más específico de Unamuno, pero más de uno acaso contestaría con alusión a las singulares decisiones de nuestro Ayuntamiento: ¿Unamuno? ¿Ese al que hace poco –en el año de desgracia de 1994– le han negado una calle de San Sebastián?... Y entretanto, soñamos con ser “capital de la cultura”, con promover Museos, Palacios de Congresos...

Beatrice Pertiz Ramos es autora de un estudio monográfico, *Introducción crítico-biográfica a José María Salaverría* (1874-1940), editado por Gredos en Madrid en 1960. En sus primeras páginas recoge juicios vertidos sobre este escritor, tan vinculado a San Sebastián. Nació en Vinaroz, como hijo del custodio del faro, pero se asentó a principios de siglo en nuestra ciudad como delineante de la Diputación de Guipúzcoa. “Literato pulido” y “notable autor” lo llama en las pp. 244-5, considerado como del grupo de la llamada generación del 98 (Fernández Almagro, Oliván), aunque para alguno, de sus “figuras menores” (Del Río). “Gran sembrador de ideas”, según Julio Camba, “profesor de energía”, según Gómez de la Serna; otros lo tachan de pesimista (Aubrey Bell, Arteche, González Ruiz). Más duro con él se muestra Torrente Ballester, al definirlo como “hombre de personalidad desagradable, que, resentido de su propia mediocridad, disimula los méritos de sus superiores, los hombres del 98”. Controvertido, pues, y como afir-

ma la citada autora, “casi desconocido en el extranjero”. Y ¿en su casa?

Algo sobre Salaverría

Salaverría, nacido en Vinaroz el 8 de mayo de 1873, vino a San Sebastián en 1903 como cartógrafo y delineante de la Diputación. Colaboraría en diversos periódicos y revistas locales durante muchos años y pronto se insertaría entre los colaboradores del ABC de Madrid, donde llegó a escribir unos mil artículos. Su firma aparece en *Euskal Erria*, *Vida Vasca*, *El Pueblo Vasco*, *Novedades*, *Hermes*. En 1909 hizo un viaje a la Argentina, de donde regresó al año siguiente para contraer matrimonio el 16 de mayo de 1910 con la placentina Amalia Galarraga en la parroquia donostiarra de Santa María.

Para entonces, había iniciado su comparecencia como literato publicando *El perro negro* (Madrid, 1906) novela en que fustiga la religión, no sin mostrar ansias de inmortalidad personal. Cuatro años más tarde aparece su libro *La Virgen de Aránzazu*, única obra suya de motivo religioso y con valor autobiográfico. En *Las sombras de Loyola* (Madrid 1911) confiesa su carencia de fe; fue criticado por P. Lhande en la RIEV 6 (1912) 403-4. Volvió más tarde sobre el tema con su *Iñigo de Loyola* “engendrado para suprimir a *Las sombras de Loyola*”, según dice, p.9. En la década de los años veinte editó *Instantes. Literatura, política, costumbres* (Madrid, 1927), *La intimidación literaria* (Madrid, 1919), *El muñeco de trapo* (Madrid, 1928) y el libro *Retratos* (Madrid, 1926). A la década siguiente pertenecen *Bolívar, el Libertador* (Madrid, 1930), *El instante dramático* (Madrid, 1934), *Iparraguirre, el último bardo* (Madrid, 1932) y la *Vida de Martín Fierro* (Madrid, 1934). Hay que añadir *El muchacho español*, *Tierra argentina*, *Nicéforo el bueno*, *Santa Teresa*, *Alma vasca*, etc. Salaverría murió en Madrid el 28 de marzo de 1940, siendo enterrado en San Sebastián. Según B. Petriz Ramos, los últimos

años de su vida se sintió atraído por la religión católica y recibió los últimos sacramentos de manos del agustino P. Félix García¹.

El origen de una amistad

Esta provisional ficha bio-biográfica sirve de entrada a la edición de la correspondencia mantenida entre Salaverría y Unamuno. Las cartas conservadas de Unamuno a Salaverría han sido editadas por Laureano Robles en los dos tomos del *Epistolario* aparecidos en la colección Austral (Madrid, 1991). Las de Salaverría a Unamuno se conservan en el archivo de la Casa-Museo Unamuno de Salamanca, bajo la sigla 46 bis. Se me ha anticipado en su edición simple, sin anotación alguna, el amigo Elías Amézaga, *Ficha bio-bibliográfica de Miguel de Unamuno* (Algorta, 1992) 165-92. Creo que merece la pena de juntar unas y otras y glosarlas.

He introducido una modificación en la datación de alguna carta, remediado alguna laguna de transcripción, y anotado sus textos. Juntamente con las de Unamuno, forman así un todo más inteligible y de todo punto interesante para ahondar en la relación personal de los dos escritores vascos.

Las cartas abarcan un arco de tiempo que va de 1904 hasta 1935. Son mucho más frecuentes en la primera década y mucho menos en la última. No obstante cierta amistad

1. Tras la obra citada de B. Petriz Ramos, ha aparecido otra monografía de F. Gaudet Roca, *Vida y obra de José María Salaverría* (Madrid, 1972). Un elenco de su producción literaria (libros, artículos) lo hallamos en *Eusko Bibliographia* de Yon Bilbao (Bilbao, 1972) VII, 364-5. Un hermano de José María Salaverría, llamado Mariano, fue también escritor de libros y artículos, algunos bajo el seudónimo Gaztelu. Cfr. *Eusko bibliographia*, ib., 365. También Mariano se relacionó por cartas con Unamuno, revelándose en ellas su sentir. Las publicamos como apéndice de este artículo.

fundamental, puede apreciarse en ellas una diferencia de temperatura: son más cálidas y entusiastas todas las de la primera época, en que el apoyo de Unamuno al novel escritor donostiarra se deja sentir con más fuerza. En realidad, la iniciativa partió de Unamuno, quien, conocedor de las colaboraciones de Salaverría en *El Pueblo Vasco* de San Sebastián y alentado por las buenas impresiones sobre el mismo que le comunicara el común amigo bilbaíno Leopoldo Gutiérrez Abascal, abre una relación, de aire protector, con el joven vasco que rompe a escribir, proponiéndole una “comunidad de acción” y diciéndose su amigo. El epistolario se inicia con este fuerte aldabonazo unamuniano:

“Me intereso por todos los jóvenes que rompen a escribir para el público en nuestra España, pero mucho más por los que son de mi pueblo y de mi casta, por los jóvenes vascongados. No ven por tela de cedazo los que en mi asendereado discurso de Bilbao² no vieron que arremetí contra el bizkaitarrismo por espíritu ultra-bizkaitarra: atacué a los que quieren encerrarnos en unas murallas de China, predicando a mis paisanos que conquisten el resto de España. Yo mismo me he lanzado —y no sin éxito— a la conquista espiritual de España y de otras tierras, y no son ya pocos los espíritus en los que influyo en mucho o en poco, y aunque sólo sea para rechazar mis prédicas. Y lo que en esta lucha me sostiene, me anima y me vigoriza es el alma de mi casta, el alma de nuestra casta, el espíritu vascongado. En esto llego a las veces a cosas que parecerían a alguien delirios místicos, pero creo en un destino espiritual de nuestra raza —la raza de Iñigo de Loyola— y creo más, y es que soy uno de los instrumentos de ese destino. Y por eso, cuando algún joven de mi casta se lanza a luchar en ese campo, me digo: «He aquí otro; he aquí un hermano». Eso le digo a usted. Levante la puntería, aspire a muy alto, sea ambicioso, y no se contente con lo que se contentan estos otros contentadizos escritores castellanos” (*Carta 1*).

2. Alude al discurso en los Juegos florales de Bilbao el 26 de agosto de 1901 suscitó reacciones en cadena cuyas consecuencias perduran. Cfr. *Obras Completas*, IV, 237-48.

Salaverría se hace eco en su respuesta desde San Sebastián, que debió ser inmediata y fulminante. El 10 de octubre le había escrito Unamuno de Salamanca, y el 15 le contesta Salaverría, rumiando las distintas frases de la carta de Unamuno con su aire mesiánico. Salaverría era consciente de unir a una insuficiente preparación de estudio una tara que le pesaba hondamente: “Tengo la timidez de mi casta: mi pobre madre, nacida de un pueblo de pastores, me infiltró profundamente la timidez del pastor”. Ya soñaba con pasar a Madrid, desprendiéndose de “una montaña de groseros menesteres que me abruma”. Agradece profundamente a Unamuno el aliento recibido y se atreve a aceptar el título de amigo que le brinda (*Carta 2*).

La experiencia madrileña

En diciembre de 1904 ya se hallaba en Madrid cumpliendo cierto asunto profesional como empleado de la Diputación. Su desconcierto es total y la descripción del ambiente de la Villa y Corte sumamente negativa. “Quietud de charca”, chalaneo, intriga política, desinterés literario. Mas, tampoco es más rosa el aire de “pozo provinciano” de Guipúzcoa, donde sólo cuentan el destino o el dinero. ¿Será un inadaptado total? Hará falta mucho tiempo, tenacidad y constancia (*Carta 3*).

Unamuno, absorto muchas horas al día en su *Quijote*, le imparte al joven primerizo su lección: El mal más hondo que padecen muchos jóvenes como Salaverría, es la falta de un ideal... religioso. Entiende por ello no el Catolicismo dominante –intelectualista, dogmático, lógico– sino el que nace del alumbramiento de las fuentes del sentimiento religioso. Hay que enseñar a las gentes “que la verdad es la que hay que vivir, no la que hace pensar”. Le aconseja que no entre en redacción alguna. Le pone ante los ojos el ejemplo de R. Maeztu y el suyo propio, que sigue paso a paso “con terquedad vizcaína”, seguro del triunfo. “Hay que poner alma en todo y echar el mismo espíritu en escribir una carta

o en hablar a un amigo, que en escribir un manifiesto a la nación o predicar a una muchedumbre. Animo, pues, y sea usted de raza” (*Carta 4*).

Salaverría, el solitario, se muestra tocado por el fuego unamuniano, le entusiasma el “espíritu de la vida, denuncia la “corrupción moral”, patrimonio de los pueblos latinos y tan necesitada de hombres claros, sinceros y fuertes. Denuncia la “dureza sorda, y cobarde, malsana, dada al odio”, de los españoles, su pérdida del sentido de la naturaleza, su agotamiento sensible, poético, idealista. Mas confiesa sinceramente, ante los consejos de Unamuno, que su religiosidad está agotada. La poseyó como recibida de casta, sangre y educación, del instinto y temperamento, le nació con el ser y hasta fue mártir de la misma. Mas en lucha lenta, íntima, callada, fue destruyendo su fe. “Aquello está bien muerto ... Ya no tiene remedio”³ (*Carta 5*).

En febrero de 1905 Salaverría volvía a San Sebastián, no sin haber aprendido lecciones muy importantes sobre las miserias de la vida intelectual de Madrid (*Cartas 6 y 7*).

Ese mismo año Salaverría comentaba en *El Pueblo Vasco* la obra de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*⁴ y añadía en su carta nuevos comentarios interesantes: “El libro me ha resultado religioso, de una religiosidad pene-

3. B. Petriz Ramos ofrece un análisis interesante de la actitud de Salaverría ante lo religioso, o.c. pp. 43-73.

4. Editado en 1905, hoy en *Obras completas* III, 49-256. Salaverría publicó sus reseñas en *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, del 7 y 14 de abril de 1905. También a Salaverría tentará la significación de Don Quijote. En su obra *Vieja España*, editada poco después (Madrid, 1907) con prólogo de Pérez Galdós, encontramos este encendido apóstrofe, p. 173: “Eres, Don Quijote, una paradoja grotesca, una víctima propiciatoria de la burla canalla. Te engendraron para disculpar la marullería de todo un pueblo. Serviste como de lección prudente a los temerarios, como rémora a los locos, como ridículo a los exaltados. Todas tus fugas idealistas servían de contraste docente: -Ved cómo es locura lo que se aparta de lo real y trillado... Tal como este loco, así acabarán los que se apartan de los sosegados caminos”. La interpretación salaverriana se acerca al cuento del pato de Soren Kierkegaard.

trante y visionaria, con una unción mística, a trechos agresiva, propia del catecúmeno de una nueva religión. Libro, antes que todo, personal, es posible que sirva él para afirmar y delimitar fuertemente a sus adversarios y sus partidarios” (*Carta 8*). De nuevo el 14 de mayo de 1905 incide sobre la anarquía en el campo literario madrileño, la falta de un ideal colectivo, de una aspiración general, la ausencia de grupos sólidos, reducidos, compenetrados. A ello puede obedecer lo que ha sucedido con el libro de Unamuno (*Carta 9*).

El paso de Unamuno por Eibar, el banquete celebrado en su honor y el discurso que pronunciara, quedan ilustrados ampliamente por las cartas 10-11, con matices sumamente interesantes. Durante casi medio año Salaverría escribe a Unamuno tres cartas, sin contestación. Versan sobre proyectos y libros, le envía a Unamuno la novela *El perro negro*. Se queja del ambiente donostiarra: “El espíritu de esta ciudad está tan adormecido por las sirenas que cantan al veraneo, que no todos estarían dispuestos a ser cómplices en la perturbación de la calma beocia en que suele dormitar esta población de rentistas y hosteleros”. Salaverría se lamenta de que se dé más importancia a la acción industrial y económica que a la intelectual: “ese afán de compaginar el turismo, el veraneo, con el regionalismo y el clericalismo, y sobre todo esa inacción ante la invasión del espíritu forastero, del forastero que asalta las redacciones de los diarios, los puestos de la magistratura, la política, las academias, todo lo que es *dirección efectiva*” (*Carta 13*).

Entusiasmo y discrepancias

En la primavera de 1906 se va haciendo más honda la relación de Salaverría con Unamuno. Aquel, que empieza ya a aparecer como escritor, es consciente de ciertas limitaciones: la de la servidumbre del escritor con sus lectores, y la más sutil respecto a cierta imagen del escritor en el ambiente, que se convierte en “prejuicio petrificado” y que

no siempre responde a verdad. Curiosamente Salaverría es consciente de ello: “Me pierden, o el semblante, o mi gesto, o todo el aire de mi persona: el caso es que doy una impresión instantánea que luego se convierte en prejuicio petrificado”. Parece insinuar que también Unamuno puede ser víctima de tal engaño, ya que parece ver como la cosa más natural que Salaverría escriba versos o sea religioso, cuando ninguna de las dos suposiciones respondían a verdad. Y confiesa claramente que él –Salaverría– sí es víctima de cierta imagen madrileña forjada en torno a su personalidad. No se cree literato ni espera serlo, se ha estrenado como escritor fuera de los cenáculos de los *literatizados*. Sí se siente escritor, empujado por un impulso fatal (*Carta 14*).

Unamuno le contestaría desde Bilbao el 15 de abril, a donde había ido a pasar la Semana Santa, huyendo de sí mismo y deseoso de bañarse en viejos recuerdos y estar con sus verdaderos amigos. Efectivamente, no le había gustado *El perro negro*, de Salaverría, obra transida de pesimismo y agnosticismo⁵. Unamuno lo leyó en voz alta a Luis de Zulueta, cerca de Salamanca y a la sombra de un árbol. Unamuno se despacha sin piedad: “Haga Usted que ese perro devore a Nietzsche y luego échele usted de su lado a puntapiés, sin consideración a la compañía que ha podido llevarle en su soledad... la letra es pobre y nos está sonando hace mucho tiempo. No creo que es esa su obra... Ese perro negro antes de haber paseado con usted ha paseado con otros que le han maleado y le han enseñado mal. Me parece, no sé por qué, que canta usted en una letra, que no es la de su música: algo así como una alma religiosa que tuviera que poner en música una anacreóntica, o un volteriano que quisiera ponérsela al Credo. Cosa terrible es que un alma no encuentre el cuerpo que le corresponde –y es lo que pasa– y el sentimiento de usted no ha encontrado su pensamiento”. Unamuno tardaría en aceptar que letra y música iban acordes en el alma de Salaverría más de lo que el bilbaíno pen-

5. Cfr. B. Petriz Ramos, o.c. pp. 45-8.fi

sara... y quisiera. En cambio, se mostrará más certero ante la cuita de Salaverría como escritor primerizo, que se quejaba del silencio. Aquí Unamuno pisaba y fuerte y en sintonía:

“El silencio en que ha caído... ¡Ay!, amigo Salaverría. En esto está la prueba. Quiero decir la prueba de su temple. Yo también pasé por ahí y ahora empiezo a vender libros que publiqué hace diez años. Usted no pertenece a la cofradía, luego su librito no es de actualidad y es cosa pequeña... Pero no desmaye y esté seguro de que irá saliendo, sobre todo si hace usted otros. Se lo dice quien sabe algo de tales achaques. Tiene para nuestro público el defecto de su finura; lo delicado se les escapa. No se le gana sino con novelas en que suceden cosas” (*Carta 15*).

En noviembre de 1906 y a raíz de un breve paso por Madrid, Salaverría, ya instalado en San Sebastián, le escribe desde Madrid a donde había llegado para conocer algo más la vida literaria. Colabora en ABC. La experiencia madrileña no está exenta de desilusión, fácilmente compartida por Unamuno: “Visto Madrid, se pierde la fe en las grandes cosas. Y aunque en el fondo todos sepamos que no existen por ninguna parte las grandes cosas, siempre es bueno engañarse, y para esto nada mejor que vivir largas temporadas sólo y soñando”. Salaverría comulga con Unamuno en cuanto a estimación de personas, ““podredumbre”, “taparse las narices”, “enjuagarse con esencias”, y le augura a Unamuno, represalias en su afán de combatir las “falsas celebridades” (*Carta 16*).

El recelo antimadrileño se hace mucho más tangible en la carta de Salaverría a Unamuno de diciembre de 1907, que arranca agradeciendo al segundo el artículo que escribiera para *La Nación* de Buenos Aires y que no aparecería hasta el 21 de enero del año siguiente. Seguramente que envió a Salaverría una copia de su texto, no poco halagador ya desde el título: “Otro escritor vasco”⁶. Tras evocar a

6. Apareció en *La Nación*, de Buenos Aires, el 21 de enero de 1908. En *Obras Completas* III, 1264-9.

Trueba, ya lejano, y a los coetáneos Baroja, Bueno, Grandmontagne y Maeztu, Unamuno se descuelga diciendo: “Y a ellos empieza a unirse el de José María Salaverría”. El artículo de Unamuno, digno de ser leído, dio el espaldarazo a Salaverría, (*Carta 17*). Artículo y carta de Unamuno supusieron, como él mismo lo dice en términos taurinos, una “alternativa”. Según Unamuno, mientras en Madrid comenzaban a descubrir un cierto parentesco espiritual entre estos postreros escritores vascos, —un cierto “tono común” en medio de diferencias—, en el País Vasco nacía cierto recelo en medios dominados por la influencia jesuítica y clerical, contra los jóvenes escritores alborotadores.

Tanto el artículo de Unamuno como la carta que acompañaba al mismo hallaron eco profundo en el alma de Salaverría, quien se despacha a gusto contra los dos celos o prevenciones denunciados por Unamuno: el de Madrid y el de la propia tierra. Me remito sencillamente a la carta del 19 de diciembre de 1907, pues habría de insertarla íntegramente para registrar las impresiones de Salaverría sobre Madrid, sobre la tensión Norte-Sur y los matices regionales (Galicia, Asturias, Bilbao, Andalucía), así como las andanadas contra el catolicismo (Deusto) y el bizkaitarrismo, etc... El final de la carta parece anunciar batalla, pero ésta será menos fiera que su anuncio: “Yo aguardo la ocasión de liarme la manta a la cabeza y decir algunas inconveniencias... Lo que no se puede tolerar es que nuestro pueblo quede *capado*; con Castilla yerma y Vasconia capada, con Andalucía influyendo, con Valencia triunfando y con los catalanes convertidos en redentores, entonces sí que España será irredenta. La redención no puede venir por el Mediterráneo: debe salir de las partes primitivas y legítimas, de las parte positivas y esenciales: el Cantábrico y la meseta” (*Carta 17*).

Mas, no será mejor crítico con Bilbao, representación aparentemente pujante de ese Cantábrico: “En cuanto a Bilbao, ¿qué me dice usted de ese pueblo se está encharcando un poco, se está aburguesando, va tomando la marrullería y la burla del señorito que se encuentra bien en la vida. Lo

sensible es la timidez, la cobardía y, sobre todo, cierta sensual propensión a dejar las cosas tal como están, a cobrar el cupón, a cobrar el interés de las acciones, a cobrar el sueldo de la oficina, a casarse bien y a oír misa” (*Carta 18*).

Las pinceladas de Salaverría acerca del ambiente cultural, madrileño, donostiarra o bilbaíno, resultan interesantes. Dirá a Unamuno que su nombre “suena mal en los oídos bizcaitarras y religiosos”. Del diario “La Voz” le dice que es “un diario seco y además está escrito por gente de fuera y para la política de fuera”. Salaverría denuncia la dependencia de la cultura vasca de la resaca europea o madrileña, a pesar de todas las afirmaciones de autoctonismo (*Carta 19*). Muestra su alarma ante la pseudo-filología, la pseudo-etnología, la pseudo-historia, y no es amigo de la violencia “a lo traga-curas”, ni “a lo traga-éuskaros”. Envidia a Cataluña, por su fe en sí misma y por el “tinglado administrativo” (periódicos, revistas, editores, librerías, masa de lectores). Si algo similar se organizase en el País Vasco “el caciquismo plutocracia-bizkaitarra-jesuítico, ese se habría ido al cuerno” (*Carta 20*).

En este contexto es reveladora la larga carta de Unamuno a Salaverría de octubre de 1908. Unamuno comenta varias noticias; sobre todo se explaya sobre una insinuación de Salaverría acerca de la “beatificación” de Unamuno en ambientes madrileños. Unamuno es contundente en extremo y consciente de la real situación: “Yo no me traslado a Madrid en ningún sentido... Yo, afortunadamente para mi obra y no sé si para mí, soy antipático, profundamente antipático... Por dentro no me tragan... Yo no espero simpatía mientras viva... Yo he sido amargo, desabrido y duro con todos. He molestado a todos los públicos y a todos los pueblos que he visitado, y aunque a la larga digan, “tenía razón, en el fondo les soy antipático. Tener razón es lo más antipático que hay... No puedo ser santificado en vida... El beatificar a uno es jubilarlo, es declararle muerto en vida... Es pasarle a la escala de reserva. Y yo quiero estar en activo mientras me quede vida” (*Carta 21*).

Sobre Argentina y Francia

Salaverría fue a Argentina y desde Buenos Aires escribió a Unamuno en 1909. Con los recuerdos de su estancia escribiría el libro que publicó en 1910, *Tierra argentina*. Su experiencia americana dejó en su espíritu alguna huella. En carta de marzo de 1910, ya en España, afloran algunas ideas de psicología colectiva comparada: el ambiente americano, hueco y sin sentido, repugna al principio, mas luego conquista. Es un país alegre y no hay miseria. Las cosas del espíritu se tratan de manera platónica o esportiva, no hay fanatismo. Sentirse extranjero en un país de la misma lengua produce cierta inquietud intelectual. “Pero estamos pervertidos por la sarna europea y al fin aquello no basta”. Tras la “ilusión de vida amplia e inconsciente”, la inmersión en un mundo “juvenilmente materialista”, viene el cansancio, el encontrarlo todo demasiado simple y con escasa resonancia duradera.

“Allí no conocen a España, ni los criollos ni los españoles. Sólo entienden de las glorias sancionadas: Benlliure, Sorolla, Benavente, Blasco, Galdós. La España reciente y de valer, la ignoran... Aquel es un país admirativo que quiere que lo aturdan con cosas hechas y ya gloriosas”. Por contraste, al volver a España, renació en él con fuerza lo que llama “un ímpetu de contrariedad”, cuyo alcance aclara: “todo estaba igual, todo malo, ruin, pobre, tacaño, envidioso, miserable. Este es un ambiente de piedra: se siente uno abrumado de desesperanza por la conciencia de que nunca se podrá levantar ese bloque pétreo que cae sobre la propia personalidad⁷. El contraste *vivido* a las dos orillas del Atlántico está descrito con acierto (*Carta 23*).

7. Una reacción similar se produce en Francisco Grandmontagne cuando regresa de Argentina a España. Cfr. mi libro *El Vasco Francisco Grandmontagne. Sus cartas a Miguel de Unamuno*. Temas donostiarras, n.º 18 (San Sebastián, 1990), pp. 124-6.

Como complemento de tales observaciones, en carta desde Pau de mayo de 1910 hallamos certeros apuntes sobre el contraste entre Francia y España: Francia es un país hecho, no queda nada por hacer de índole trascendente. País viejo y civilizado, se cae de dulce como el higo maduro. Todos viven bien, son prudentes, inteligentes, humanos, galantes, “han llegado al fin de las cosas”. Las mayores reformas sociales se harán de manera regular y suave. Por el contrario, “España se ofrece como un...como cualquier cosa verde, pétrea, ruda, rudimentaria y amorfa. A pesar de cuanto usted me diga acerca de Castilla, yo opino que eso es casi irredimible”. Líneas más atrás definirá la política y la intelectualidad españolas como un “pantano de aguas muertas, sucias e indecente” (*Carta 24*).

Unamuno respondió a esta carta, tras leer *Tierra argentina* de Salaverría. También a Unamuno “le carga” el optimismo argentino, la superficialidad, la riqueza, la vanidad de *parvenus* de los argentinos. “Petulante y huera Argentina”, la tilda sin tapujos; a Lugones, de “descoyuntador de frases y rebuscador de novedades”, y a Rodó de “artificial y rebuscado”. A propósito del juicio sobre Francia, país hecho en que no queda nada por hacer, Unamuno entra en tromba a proferir andanadas: “Me dice usted que Francia es un país tan hecho que no queda nada por hacer. Sí, queda una cosa, y es deshacer. Añade usted que todos son prudentes, inteligentes, humanos, galantes. No, son egoístas. Prefiero la cox del inquisidor. Son egoístas, fríos, avaros, vanidosos, desdeñosos. Aman la vida y basta... Sí, tiene usted razón. Castilla es irredimible, pero es porque no necesita redención. Está redimida. Usted, permítame que se lo diga, no la conoce. No ha vivido en ella, no ha respirado este profundo, fuerte y sano desdén a la civilización. El progreso pasa y esto queda. Castilla no es la política ni la literatura; es otra cosa. Me encanta su pobreza. Y ¿qué más?, hasta su roña. Roña que por otra parte se exagera. Pero lo peor de todo son esos cochinos europeizantes, que quieren darnos traducidos. Altamira ha engañado a los americanos presentándoles una España que no existe, porque no

son sino cuatro gatos. Es decir, ha querido engañarles. La Universidad de Oviedo (un timo) no es España. La Institución Libre no es España. Frente a Europa debemos afirmar lo nuestro. Y el tiempo lo dirá” (*Carta 25*).

El epistolario muestra una laguna de dos años y medio. Lo reanuda Unamuno con una carta del 14 de enero de 1913 en que alude a otra de Salaverría de junio de 1912, que no aparece en el archivo. Tras un largo silencio, Unamuno da cuenta a su amigo de algunas actividades intelectuales y de las campañas de agitación agraria que por tierras salmantinas llevaba a cabo con su paisano, también catedrático, Tomás Elorrieta. “Contra los latifundiosos despobladores, predicamos en villas y lugares”... Este acercamiento a la realidad del pueblo llano hace que arraigue aún más en Unamuno el amor y respeto a Castilla, aireado en la carta anterior: “Y gracias a eso, a andar por villas, lugarejos y aldeas, me voy enamorando cada vez más de esta España sería, recia, sufrida y callada, y mucho más trabajadora de lo que se cree. Lo del picarismo es una leyenda de Madrid y sus sucursales... Lo peor que hay aquí son los que se han asomado a Europa”. Desde tan primarias vivencias, Unamuno desiste de ir a América, idea que acarició unos años antes: “Yo ahí me ahogaría. Echaría de menos una rancia sopa de ajos con guindilla en una venta castellana. Mascaría la memez del ambiente... El ave de presa caza-pesos me es repulsiva siempre. Aborrezco a los llamados profesores de energía. Acabereé viviendo en unas ruinas del siglo XIII. Y no por tristeza ni vencimiento, sino por horror a la agitación en el vacío. (Nunca, además, ni aun de joven, me entusias mó la Juventud ¡¡¡figúrese ahora, a los cuarenta y ocho!) (*Carta 27*).

Tras esta reanudada relación se abre un nuevo hiato de largo silencio desde 1913 hasta 1921. Curiosamente lo rompe Unamuno en carta de 2 de febrero del citado año, en la que acusa recibo del libro *Santa Teresa de Jesús* de Salaverría, su “antiguo amigo”, y con una dedicatoria “escueta y sobria, que es lo noble”. La epístola unamuniana me parece cargada de sentido subyacente. De ella parece deducirse

que la última vez que se vieron Unamuno y Salaverría fue en el entierro del común amigo Leopoldo Gutiérrez Abascal⁸, una figura que Unamuno evoca con emoción como “alma nobilísima, que nació para unir y no para separar a los hombres de buena voluntad”. Parece entenderse de la carta de Unamuno que se había producido una separación entre él y Salaverría “en aquellos días aciagos de la Guerra, en que nuestra guerra civil nos separó”. Alude a la Guerra europea, a la especie de “guerra civil” que enfrentó a los españoles según fuesen aliadófilos o germanófilos. Unamuno fue claramente lo primero. ¿Salaverría sería germanófilo? El distanciamiento, o acaso enfrentamiento, fue real, y Unamuno se propone reanudar “una amistad ya antigua”, y esperaba la ocasión para ello. El intercambio de libros podía ser una fórmula fina de retorno a la amistad: Salaverría le envió el *Santa Teresa de Jesús*, Unamuno correspondió mandando a Salaverría *El Cristo de Velázquez, Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Confiesa que el estado de su espíritu es poco tranquilo, irritable, y aun se excusa de posibles ofensas a Salaverría con desahogos, que, en realidad, no le conciernen. Unamuno ha desistido de hacer su viaje a América, para el que se mostraba más dispuesto hace diez años. Las firmas de los dos escritores vascos se mezclaban en el mismo periódico bonaerense. Parece restañarse una herida y florecer de nuevo la amistad. La última frase no deja lugar a dudas: “Le tiende, como antaño, su mano de amigo y con efusión, Miguel de Unamuno” (*Carta 28*).

8. Este encuentro dejaría profunda huella en el ánimo de ambos. Unamuno escribió un sentido artículo dedicado a Leopoldo Gutiérrez Abascal. ‘Recuerdos íntimos’, *Hermes*, 1918, n.º 27. *Obras completas* VIII, 558-60. La “guerra civil” que separó a Unamuno y Salaverría durante la Guerra europea no puede ser sino la militancia en los bandos contarios. Unamuno, como es sabido, fue aliadófilo. De Salaverría dice el Doctor Areilza en carta coetánea, que estaba “fichado”, se supone que en sentido negativo por franco-ingleses. Cfr. Doctor Areilza, *Epistolario*. Introducción y notas de José María de Areilza (Bilbao 1964), p. 180.

La carta de Unamuno fue una aldabonazo para Salaverría: la evocación del amigo muerto, Leopoldo Gutiérrez Abascal, lo conmovió profundamente, así como el recordatorio de sus cualidades de hombre de paz y concordia. “El nos juntó hace ya muchos años, y él insiste ahora en que no vivamos más tiempo desunidos”. Esta confesión la califica de “purificación de espíritu”. Salaverría da cuenta de achaques de salud tras su vuelta de América, a donde fue para curarse del “mal de la guerra”; y certifica a Unamuno el público “enorme” que tiene en Argentina, le anima nuevamente a organizar un ciclo de conferencias, para terminar con “un apretón de manos de su amigo” (*Carta 29*).

Cuando nos prometíamos horas de amistad restablecida nos aguarda nuevamente la sorpresa: el silencio prolongado que se extiende nada menos que hasta 1934, más de trece años. La década de los años veinte fue especialmente agitada y penosa para Unamuno. Exteriormente está marcada por acontecimientos fundamentales: procesos, confinamiento, destierro en París, etc... Interiormente, por una creciente exasperación de Unamuno, cuya violencia verbal en artículos y escritos va a ir cobrando cotas cada vez más altas, que a sus propios amigos ponían en la situación difícil de compartir más o menos plenamente la actitud de Unamuno. No era fácil identificarse cerradamente con la posición unamuniana, cada día más fuertemente adversa al Dictador Primo de Rivera y al monarca que lo mantenía. La distancia física, la incomunicación mutua, pueden explicar, en este como en otros casos, el enfriamiento de unas relaciones, el silencio dolorido y cargado de significación.

Unamuno en los “Retratos” de Salaverría (1926)

Además, durante ese largo período de distanciamiento se produce un hecho que no podemos olvidar. Salaverría edita su obra *Retratos* (Madrid, 1926) en el que las páginas 111-70 están dedicadas a Unamuno. Es el capítulo III, titulado “Miguel de Unamuno. Boceto en pocas líneas”. Son

unas páginas interesantes, escritas con maestría y soltura, con simpatía, pero también con una cierta distancia crítica, ya que fustiga la “vanidad muy vascongada y muy bilbaína” de Unamuno, la esclavitud que observa respecto a la figura que se ha hecho. Lo considera un hombre extraordinario, maniobrero de la publicidad, “reaccionario por sus ideas más personales e íntimas”, prometeico en la exhibición de su propio yo, cuasi obsceno en su afán de desnudar su ego ante el público, célebre tras esfuerzos titánicos y batallas muy ásperas; no comprometido, en cuanto reacio a todo encasillamiento; “astuto como un aldeano comprometido, en cuanto reacio a todo encasillamiento; “astuto como un aldeano cantábrico”, “el mejor equilibrista literario, etc. “El hombre que ha equivocado su camino” es el epígrafe de algunas páginas de este ensayo. Salaverría evoca el comienzo de su amistad, favorecida por Leopoldo Gutiérrez Abascal, y describe el clímax del pequeño cenáculo de amigos bilbaínos de Unamuno, “personas de un liberalismo medio, sensato, propio de inteligencias sinceras y perspicaces”. Recordando diversos momentos de la vida pública de Unamuno, Salaverría lo tilda de “alma integralmente provinciana”, cuya revelación más clara es su actitud de desdén y vituperio hacia Madrid. La destitución del Rectorado de Salamanca, “aciago accidente burocrático”, torció el camino de Unamuno, lo sacó de quicio, así como otro “percance de la burocracia palaciega”. El escritor lleno de talento se convirtió en “foliculario, libelista, denigrador envenenado, en autor de innumerables artículos en periódicos y periodichos de España y América. Murió una gran literato y nació un agresivo libelista, que cayó en el remolino de las “malas compañías”. La exaltación, entre pueril e infernal, de la personalidad, ha concitado la admiración hacia Unamuno y su obra. Mas ¿cuál destacar? “Ninguna obra de Unamuno tiene suficiente resalte, ninguna está tan acusada como la persona del autor. El autor como episodio o anécdota, monta más que las obras”.

No contento con lo dicho, Salaverría analiza los plagios, conscientes o inconscientes de Unamuno, habla de su

“poesía no lograda”, considera *El Cristo de Velázquez* como “una espléndida armazón de un libro de poesía”, denuncia el mal gusto voluntario, el afán de sacar palabras escondidas del habla del pueblo, el yoísmo de estilo en el que impudorosamente abre las entretelas de su yo, etc.

Es preciso hacer un esfuerzo para leer fríamente las páginas de Salaverría, para sopesar el acierto o no de muchas de sus apreciaciones, para encajar sus críticas. ¿Certero, despiadado? Un amigo de Unamuno en París, Jean Cassou, reseñaría los *Retratos* de Salaverría en el *Mercur de France* de octubre de 1926 y rechazaría resueltamente el trato dispensado a Unamuno. Si Salaverría, por reacción contra el pesimismo de la generación del 98, se muestra profeta y defensor de una especie de optimismo y buen humor, da muestras del mismo en el retrato que hace de Baroja, no así en el de Unamuno. “Desgraciadamente —escribe Cassou— el retrato de Unamuno es inadmisibile. Nada autorizaba este panfleto ultrajante y vergonzoso. Aquí José María Salaverría nos aparece incapaz de lograr aquella objetividad que es la primera condición de una doctrina optimista y a la cual parece que la crítica española, por el tono furioso, violentamente estrecho y personal del que no sabe desprenderse, no llegará jamás”⁹.

Creo que las páginas de Salaverría merecen leerse y para facilitar su lectura las añado como apéndice. Loas y dicterios mezclados con aparente objetividad presentan una imagen de Unamuno, que es, en suma, negativa. ¿Panfleto inadmisibile, como lo califica Cassou? No creo equivocarme al suponer que no pudo gustar a Unamuno, más aún al Unamuno exiliado, doblemente sensible a los halagos y a las críticas. El propio Salaverría debió percatarse del alcance de su retrato y del efecto negativo del mismo en el alma de Unamuno y de los fieles unamunianos.

Podemos aportar un testimonio precioso, hasta ahora inédito, que abona esta suposición y es el mismísimo Sala-

9. Citado por Petriz Ramos, o.c., p. 273.

verría en carta a Ricardo Gutiérrez Abascal, hermano de Leopoldo y estrechamente vinculado a Unamuno. Salaverría alude a un artículo de Ricardo acerca de Unamuno y acaso a algunas reservas acerca de Salaverría. Y comenta:

“Respecto a las reservas que hace Usted en su artículo, sobre todo las referentes a Unamuno. Conozco los lazos de afección que le unen a V. con él desde que empezó V. a tener una pluma en la mano. Pasemos. Si yo hubiera sido un Baquero, habría podido hacer unos “Retratos” que dejaran contento a todo el mundo. Yo no he logrado aprender aún ese arte. Y he aquí lo importante: la gente ignora con qué dolor del alma me he visto obligado a escribir algunas páginas de ese libro”¹⁰

Difícilmente se descubre tal dolor en una relectura reposada de las páginas de Salaverría. Más bien nos viene a la memoria una frase acerada de Pío Baroja acerca de Salaverría, cuando en sus *Memorias* lo definía como “una lata de envidia comprimida”. El retrato de Unamuno no es dolorido, sino implacable; poco generoso, despiadado, sobre todo teniendo en cuenta que se publicaba cuando Unamuno padecía destierro.

10. Esta carta que estuvo en poder de Leopoldo Gutiérrez Zubiaurre, heredero del otro Leopoldo, ha pasado recientemente a la Biblioteca Nacional (Madrid), sección de *Manuscritos*, 22431, n.º 81.

La carta es del 24 de junio de 1927. En *La Gaceta Literaria* del 1 de mayo de 1930, E.S. y CH. publica un comentario titulado ‘José María Salaverría y sus «Nuevos retratos»’, p. 5, en que intercala frases nacidas al filo de la entrevista. En ellas descubrimos el trasfondo del largo silencio: “Yo no puedo comulgar con el sentido reverencial del dinero, de Maeztu; ni con el anarquismo sistemático, de Baroja; ni con la postura, ya tradicional, de Unamuno. De todos ellos me separa una suerte de sinceridad conmigo mismo, cuyos resultados están visibles en el hecho de no haber encarnado nunca en ningún sistematismo, religioso, político o literario... No colaboré en el número de *La Gaceta Literaria* de homenaje a Unamuno, por las razones que expuse a Pedro Sainz: porque mi juicio sobre Unamuno es público, mitad bueno, mitad malo. Porque no hubiera podido recusar esto último y ello hubiera sido impropio, insensato en un número de homenaje”.

El efecto de esta actuación de Salaverría no pudo ser sino la ruptura entre él y Unamuno. Dejando de lado los juicios vertidos por Salaverría, hay que decir que la ejecutoria vital de uno y otro resulta muy diversa durante estos años. Mientras Unamuno va a conocer seis años de destierro, Salaverría va a prodigar sus viajes de recreo al extranjero: Marruecos (1922), Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Alemania, Italia (1923), Mallorca y Sur de Francia (1925), Francia y el Rhin (1926), Río Janeiro y Argentina (1927), París (1928), Caracas (1929), Suiza y Alemania (1930) y en diciembre parte para Cuba, Méjico y Nueva York, Baleares y Suiza (1933), Francia, Dinamarca, Suecia, Noruega y Alemania (1935).

El dolor acerca (1934)

Distintos y distantes, Salaverría y Unamuno habrían de afrontar los profundos cambios políticos operados en España (fin de la Dictadura –y retorno de Unamuno a España– caída de la Monarquía, proclamación de la República, el bienio negro, la revolución de octubre, etc. A los seísmos colectivos, se añaden las horas de tristeza individual.

Esta vez tocó a Unamuno, la hora amarga: perdía a su mujer. No le faltó la condolencia, si bien lacónica, de Salaverría: “Mi más sincera condolencia por su dolorosa pérdida. José María Salaverría”. A esta tarjeta de visita contesta con una carta del 18 de mayo de 1934. Evoca en ella el encuentro mutuo, hacía ya años, en el entierro del común amigo bilbaíno Leopoldo Gutiérrez Abascal: “Nos hablamos, bien que escasísimas palabras”... De nuevo los envolvía la muerte. Unamuno reconoce el silencio guardado durante años y muestra no poca generosidad abriendo nuevo camino a la amistad: “en mí, mi querido amigo, ha tenido usted siempre y seguirá teniendo un amigo fidelísimo, sea lo que quiera lo que parezca– parezca no más –separarnos. Le tiende una mano estremecida de viejos recuerdos su antiguo y siempre amigo, Miguel de Unamuno” (*Carta 31*).

La respuesta de Salaverría a la generosa oferta de Unamuno no se hizo esperar y fue inmediata. Es una carta hermosa, profunda, que sugiere muchas cosas y desvela fibras personales insospechadas:

“Porque sabía todo lo inmenso de su pena, le escribí y no lo hice más extensamente por pudor. Sabía todo lo que significaba en usted, en su vida, su compañera, porque sé lo que es una compañera.

Tampoco olvido que Juan de Echevarría me confió el interés que usted mostró cuanto estuve operado y a punto de morir en Buenos Aires. No he aprendido a separar las ideas del sentimiento, o sea de la pasión; somos de la misma casta y no necesitamos hablar mucho para entendernos.

Pero debe de haber dobles fondos en la misma pasión: quiero decirle que, a pesar de cuanto de apasionado haya podido interponerse entre yo y usted, llega el instante, y resulta que siento el dolor de usted en plena alma, como si nunca hubiese cesado de ser profundamente su amigo. Escucho y acepto este latido de la intimidad. Lo apruebo sin reservas. Me entrego a él y le envío de corazón un fuerte apretón de manos. Suyo siempre” (*Carta 32*).

Aquí debería terminar esta glosa. Dos cartas más quedan de este epistolario. Se intercambian libros ambos escritores, elogios, recomendaciones. “Mi siempre querido amigo”, saluda Unamuno a Salaverría en julio de 1934 (*Carta 33*). “Un cariñoso apretón de manos de su viejo y bien devoto amigo”, le despide Salaverría en carta del 24 de mayo de 1935. “Espero que podamos vernos y escribimos más extensa y confidencialmente” (*Carta 34*). No consta que se cumpliera tal propósito. Unamuno moriría el 31 de diciembre de 1936. Salaverría, en Madrid, el 28 de marzo de 1940.

Atracción-repulsión, amistad-enemistad-, estima-desestima, pesan sobre la relación entre Unamuno y Salaverría, prolongada a lo largo de muchos años y con importantes variaciones. A ambos resultaba difícil separar las ideas, del sentimiento o pasión. Si la pasión llegó a distanciarlos algún tiempo, ambos descubrieron, al final, que nunca habían cesado, en el hondón más profundo, de ser amigos. Es certera la observación final de Salaverría: “Somos de la misma casta y no necesitamos hablar mucho para entendernos”. El latido de la intimidad era concorde.

EPISTOLARIO

1. Unamuno a Salaverría

Salamanca 13 - X - 1904

Sr. D. José M. Salaverría

Muy señor mío: Varias veces y con relativa frecuencia he recibido números de *El Pueblo Vasco* con artículos que llevan su firma. Y como usted me era conocido por lo mucho y bueno que respecto a usted me tiene hablado mi excelente e íntimo amigo Leopoldo Gutiérrez, los he leído con atención, confirmándome por mí mismo en cuanto de usted me dijo Leopoldo, últimamente en Gijón¹.

Me intereso por todos los jóvenes que rompen a escribir para el público en nuestra España, pero mucho más por los que son de mi pueblo y de mi casta, por los jóvenes vascongados. No ven por tela de cedazo los que en mi asendereado discurso de Bilbao no vieron que arremetí contra el bizkaitarrismo por espíritu ultra-bizkaitarra; atacué a los que quieren encerrarnos en unas murallas de China, predicando a mis paisanos que conquisten el resto de España.

Yo mismo, por mi parte, me he lanzado —y no sin éxito— a la conquista espiritual de España y de otras tierras, y no son ya pocos los espíritus en los que influyo en mucho o en poco, y aunque sólo sea para rechazar mis prédicas. Y lo que en esta lucha me sostiene, me anima y me vigoriza es el alma de mi casta, el alma de nuestra casta, el espíritu vascongado. En esto llevo a las veces a cosas que parecerían a alguien delirios místicos, pero creo en un destino espi-

1. Unamuno y Leopoldo Gutiérrez se encontraron en Gijón a fines de agosto. Cfr. J. González de Durana, *Cartas íntimas. Epistolario entre Miguel de Unamuno y los hermanos Gutiérrez Abascal* (Bilbao 19) pp. 147 y 148.

EL RECTOR
DE LA
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

13 X 1904



Particular

M. D. J. M. Salaverría

Muy señor mío: Varias veces y con relativa frecuencia he recibido números de "El Pueblo Vasco" con artículos que llevan su firma. Y como usted me es conocido por lo mucho y bueno que respecto á usted me tiene hablado mi excelente é indiano amigo Reginaldo Gutiérrez los he leído con atención, confiriéndome por mi mismo en cuanto de usted me dijo Reginaldo, últimamente en Gijón.

Me interesa por todos los pape-
res que rompen á escribir para
el público en nuestra España, pero
mucho más por los que son de
mi pueblo y de mi casta, por
los papeles vascongados. No ven
por x Cebalro x Felipe de los que en mi han

✓

ritual de nuestra raza –la raza de Iñigo de Loyola– y creo más, y es que soy uno de los instrumentos de ese destino. Y por eso, cuando algún joven de mi casta se lanza a luchar en ese campo, me digo: «He aquí otro; he aquí un hermano». Eso le digo a usted. Levante la puntería, aspire a muy alto, sea ambicioso, y no se contente con lo que se contentan estos otros contentadizos escritores castellanos.

Le hablo con el corazón en la mano y sin rodeos ni velos. Con ello le quiero demostrar que sobre la base de la comunidad de acción, se tiene por amigo suyo

Miguel de Unamuno

¿Conoce usted una coas de Maeztu titulada *Amores vascos*?². Menos en lo de creer pernicioso el matrimonio, está muy bien.

Epistolario, pp. 167-8

2. Salaverría a Unamuno

San Sebastián, 15-10-1904

Mi respetable señor: Me ha sorprendido muy gratamente su carta de usted. Nuestro amigo Leopoldo Gutiérrez³ a quien considero como una de las personas más

2. Publicado en *El Pueblo Vasco* (San Sebastián) el 27 de agosto de 1904.

3. Leopoldo Gutiérrez Abascal, cuya correspondencia con Unamuno ha sido editada por Javier González de Durana, *Cartas íntimas. Epistolario entre Miguel de Unamuno y los hermanos Gutiérrez Abascal* (Bilbao 1986). Incluye en su libro ésta y la siguiente carta de Salaverría a Unamuno, pp. 153-7. En carta de Leopoldo a Unamuno del 30 de diciembre de 1904, le escribe: “Hace un mes estuve en Madrid, donde vi a mi amigo Salaverría. Me habló de una carta que le había escrito U.: todavía conserva la emoción y la gratitud que le produjo. Madrid le ha desconcertado;

leales que yo he encontrado, me notificó su entrevista con usted, y díjome que le había hablado de mí. Estimo mucho la merced de Leopoldo, pues que me ha procurado la comunicación con usted, a lo que no había yo soñado llegar.

También yo creo en el destino espiritual de la raza vasca. Y creo, además, que el primero en iniciar con caliente voluntad ese destino fue Ud. cuyo artículo “Mi raza”, de “La Nación” bonaerense⁴, leí y me llenó de esperanza.

Siempre he tenido fe en mi raza; créola dotada de condiciones excepcionales para la lucha y el dominio; pero después que han salido de ella periodistas, novelistas y pensadores, creo que nuestra casta ha de mover la dormida conciencia española, y ha de infundirla lo que tan necesario le es: sinceridad, vigor de acción, economía intelectual.

Pero, en efecto, para esa labor han de caer las murallas de la China, y muchos sentimientos de la raza tienen que sacrificarse a ese destino espiritual.

Ha de vibrar otra vez aquella inquietud de los siglos XV y XVI, en que nuestros mayores salían del solar viejo con una sed insaciable en el alma, y pasaban de marinos a guerreros, y de guerreros a santos; y fundaban virreinos, levantaban ciudades, convertían las conciencias a una

. . . .

el ambiente de las redacciones le sofoca y los literatos le asustan y entristecen. Pero ha ido allá a hacerse lugar y nombre y no quiere retroceder antes las malas impresiones primeras. Hablamos mucho de usted: me preguntaba cómo era usted, el hombre, y yo no supe decirle más que, usted era lo opuesto de lo que son los escritores de Madrid. El pobre Salaverría busca la amistad o el conocimiento de un literato que no haya dejado de ser hombre; que conserve aún el corazón. Con este motivo, hablando, hablando, fuimos a parar a una novela inédita que tiene. Le dije que se la mandase a usted, sin miedo y con confianza”. O.C. 163. En carta de 1 de enero de 1904, le añade: “He escrito a Salaverría que me remitió su novela. Aún no he podido empezar a leerla; quiero esperar a terminar del todo mi *Quijote*, que lo estará dentro de muy pocos días”. O.C., p. 166.

4. Con caliente... “Mi raza” de, frase omitida en la edición de Amézaga.

nueva fe, llegaban al consejo del Rey. Porque les sacudía poderosamente el hambre de dominio.

Y hoy estos espíritus recelosos quieren lo contrario, desmintiendo la voz de la raza, que es toda ambición y que siempre se ha prodigado.

Sí, yo procuraré levantar la puntería, como usted me aconseja. Y ganas de hacerlo nunca me han faltado. Seré ambicioso.

¿Pero qué digo seré? No puedo ocultar que lo soy. Lo horrendo en mí es que tengo que batallar conmigo mismo: tengo la timidez de mi casta: mi pobre madre, nacida de un pueblo de pastores, me infiltró profundamente la timidez del pastor.

Y como mi base de estudios es imperfecta, por imposición del hado, soy también imperfecto, y esto mantiene mi timidez nativa. Soy un solitario; he sentido más que estudiado.

De ahí que aun no haya podido, en la plenitud de mis años, hallar puesto en la prensa de Madrid; no puedo emitir mi voz sino en el círculo breve de esta breve ciudad, a despecho de mi ansia expansiva: la conquista del “púlpito” me trae agitado y confuso siempre: y el desprenderme de una montaña de groseros menesteres que me abrumba, es mi única preocupación, pues ella me impide trabajar en obra sólida. Para adelantar camino, este invierno pasaré a Madrid, donde probaré fortuna.

Pero todo lo vencerá mi anhelo.

Acojo su carta como un gran bien: le aseguro que en mi vida oscura, palabras como las suyas me sirven de mucho, de mucho. Yo le agradezco su generosidad, y aguardaré la ocasión de podérselo probar. Y violentando el respeto y la admiración que usted me merece, me atrevo a aceptar el título de amigo que me da.

Téngame por su amigo y devoto.

J.M.^a Salaverría

Leí el artículo de Maeztu, *Amores Vascos*⁵. Lo considero, en mi gusto, como el mejor de los que ha producido este verano en San Sebastián.

CMU [Casa Museo Unamuno], S 1, 46 bis, n. 1
I. González de Durana, o.c., pp. 153-4, Amézaga, pp. 166-7

3. Salaverría a Unamuno

Madrid, Diciembre. 17/1904

Señor Don Miguel de Unamuno.

Mi respetable amigo: No sé si obro correctamente volviendo a escribirle antes de que usted haya contestado a mi carta. Acaso abuso de su bondad, atrayendo su atención hacia pormenores de mi oscura vida. Pero son tales las referencias que de usted me ha hecho nuestro común amigo Leopoldo Gutiérrez, y de tal modo me ha ponderado su asequibilidad a las cosas de los escritores jóvenes, que me atrevo a escribirle esta nueva carta.

Me hallo en Madrid cumpliendo cierto asunto de mi profesión de delineante, mandado por la Diputación de Guipúzcoa, de quien soy empleado⁶. Llevo ya un mes de permanencia en la Corte, y aún permaneceré mucho tiempo: deseaba conocer el ambiente literario de Madrid y no he tenido fortuna hasta ahora. El ambiente no puede ser más impenetrable.

5. En *El Pueblo Vasco* (en San Sebastián) el 27 de agosto 1904. S 1 4 6 bis, I J. González de Durana, o.c. pp. 153-4; Amézaga, pp. 166-7.

6. Salaverría estudió para delineante (1896) y trabajó en el estudio del arquitecto Gil en San Sebastián (1897-1900). Ocupó un puesto de delineante en la Tabacalera de Valencia (1901-3) y el 8 de julio de 1903 sacó similar plaza en la Diputación de Guipúzcoa.

Madrid encuentro que es un algo viscoso, que se escurre y pasa, sin admitir huella, ni penetración, en una vulgar sucesión de hechos insípidos.

En esta fecha memorable y crítica de España, hallo que no hay agitación espiritual: los periódicos no se abren al articulista, en tanto éste no se sujete a la norma del periódico, enyuntándose en el camino de su campaña política, o mejor dicho de partido turnante: no hay prensa neutral; la literatura es cosa secundaria que a nadie interesa: los dos artículos más trabajados y sinceros que he hecho aquí, me los rechazaron.

Haría falta que un genio poderoso, tanto en mentalidad como en acción, turbase esta quietud de charca.

Estoy completamente desconcertado.

Tan escurridizo es esto, que en un mes no he logrado hacer nada.

Lo categórico está aquí suprimido: nadie promete definitivamente. Como uno tiene siempre errores que purgar, y yo soy de los no se cansan de ir deshojando esa flor maligna que el destino regala a los seres imaginativos y crédulos, claro es que yo tenía de Madrid una opinión bastante equivocada: ahora me lleno de asombro y desconcertado ¿Qué puedo hacer yo en este ambiente?

No sé hablar ni exhibirme, no sé murmurar, no digo gracias, soy tardo en comunicarme y tengo el trato social muy solemne y en la amistad al estilo corriente creo que soy insípido.

Por otra parte, esto es cosa de categorías y de escalafón, lo mismo que en la burocracia. Burrell, director de "El Gráfico", después de colaborar diariamente durante el verano, me brindaba una plaza de peón y periodista, diciéndome que la colaboración estaba bien, pero que hacía falta algo más: y este algo es el ataque a Maura y la campaña ciega, sectaria y anónima.

¿Y qué puedo hacer en mi provincia?

Aquel lugar de aislamiento, de pequeñas luchas y de indiferencia general; ese pozo provinciano, donde uno no es más que lo que representa en sociedad por su destino o su

dinero, aún me causa mayor temor. Empiezo a sospechar que tal vez no pueda yo adaptarme al medio español: a veces también me asalta la sospecha de que acaso sea inadaptable a ningún medio.

En suma, todo eso requiere tiempo, mucho tiempo, tenacidad y constancia.

En el mismo correo le envió a usted una novela que escribí en Valencia en un verano: es obra de hace ya más de tres años, y no he tenido tiempo de acomodarla a mi modo de ser actual ni a forma literaria de ahora. Sin embargo, la he repasado en lo que he podido, y se la remito a usted antes de leérsela a ninguno, para que usted tenga la bondad de ver si valgo para el género novelador⁷.

Repito que no es obra actual: mi mayor ventura sería poder escribir libros, en que pusiera mi alma, mis ideas y mis sentimientos, y todas aquellas vibraciones del ser que tanto reposo causan en uno cuando uno las deposita y sella en la forma escrita.

Si usted quiere ser amable conmigo, dígame cuantos consejos quiera, en la forma que crea mejor. Yo se lo agradeceré de todas veras, pues estoy bien necesitado de ellos, ya que en el mundo literario no fructifica muy bien la veracidad. Y le agradeceré también me disculpe si halla en mi carta algo inoportuno.

Y cuente siempre con la adhesión y la amistad de su. s.
Arenal, 8-prl.

J.M.^a Salaverría

n. 2

J. González de Durana, 155-6; Amézaga, 167-9.

7. Pudiera tratarse de *El perro negro*, que editaría en 1906.

4. Unamuno a Salaverría

El Rector de la Universidad de Salamanca.
Particular

1.º enero 1904

Sr. D. José M.^a Salaverría

Mi estimado amigo: Dos cartas de usted, una desde San Sebastián y otra desde ésa, tengo sin contestar. Esperaba para hacerlo a haber leído el manuscrito de su novela, pero como hasta dentro de unos días no lo podré encantar, no quiero hacerle esperar más⁸. Al presente estoy completa y absolutamente absorto en mi *Quijote*, cuya redacción definitiva quiero terminar antes de que las vacaciones cesen. Hay días en que me llevo en ello seis y siete horas. Y al escribirlo he estado con usted, y con otros que corren temporal interior análogo al que usted corre, muchas veces. No ha dejado usted de entrar en algo, merced a sus cartas, en mi trabajo. Así es que le remito a esa mi obra para muchos puntos de los que usted en ellas toca.

Me explico la dispersión de su espíritu y cómo éste se le abate en ese mucilaginoso Madrid. ¿Conoce usted un ensayo que publiqué en *Nuestro Tiempo* titulado «Ciudad y campo»?⁹ Soy un hombre de instintos campesinos obligado a vivir en ciudad, y gracias a Dios vivo en ciudad reposada y tranquila por fuera, no falta de vida por dentro. Y hay más y lo digo con toda sinceridad y modestia aparte; hoy Salamanca está llena de mí. No sé si le extrañará oírme hablar de esta manera, pero importa poco.

Cada cual tiene una manía y desgraciado del que no tenga ninguna. Y yo tengo la manía y es la de creer que el

8. En carta a Leopoldo Gutiérrez Abascal del 1 de enero, le dice: "He escrito a Salaverría que me remitió su novela. Aún no he podido empezar a leerla; quiero esperar a terminar del todo mi *Quijote*, que lo estará dentro de muy pocos días" Cfr. J. González de Durana, O.c., p. 166.

9. *Obras completas*, ed. Escelicer, I, 1031-42.

mal hondo, el más arraigado que padecen tantos jóvenes como usted, es la falta de un ideal... religioso. El catolicismo está agotando las fuentes de nuestra religiosidad, ese catolicismo que no es más que intelectualismo, que ha creado una teología, que pretende demostrar con razones la existencia de Dios, que fragua dogmas, que hacer creer en la lógica averiada. No son estas cosas de cartas, pero si tuviese yo la suerte de tenerle a mi lado, creo que habríamos de hablar mucho de esto. Hay que alumbrar las fuentes del sentimiento religioso y enseñar a las gentes que la verdad es la que hace vivir, no la que hace pensar.

Resístase a entrar en una redacción y malgastar su espíritu en artículos. Esto hace al espíritu fragmentario y le obliga a vivir al día. Mírese en Maeztu¹⁰. Este un hombre tan bueno como inteligente, y usted sabe cuán inteligente es, sincero, ingenuo, honrado, lleno de entusiasmos y en quien se suceden las exaltaciones y los desmayos. Pues ya le tiene usted de periodista, dando su espíritu gota a gota, entre espléndidos vislumbres que se olvidarán y ráfagas geniales que alumbran un día a sus lectores. Y él pudo hacer una obra fuerte, sana, espléndida.

Ante todo y sobre todo, tenga usted paciencia; crea en el tiempo. Toda la fuerza de Dios consiste en que pueda aguardar siglos. No se me ocurre ponerle otro ejemplo que el mío. Desde que empecé a escribir en Bilbao, hace más de veinte años, he oído todo lo que hay que oír y he seguido paso a paso, con terquedad de vizcaíno, sin desanimarme nunca, seguro del triunfo. Y aunque éste no ha llegado aún (a mi juicio), lo persigo. Ahora no pienso sino en mi *Quijote*¹¹. Cada vez en lo que tiene uno delante, en lo que trae entre manos. Hay que poner alma en todo, y echar el mismo espíritu en escribir una carta o en hablar a un amigo que en escribir un manifiesto a la nación o predicar a una muchedumbre.

10. Ramiro de Maeztu.

11. La *Vida de Don Quijote y Sancho* aparecería al año siguiente.

Animo, pues, y sea usted de raza.

Con el más efusivo apretón de manos, fraternalmente,
se le despide por hoy su amigo.

Miguel de Unamuno

Epistolario, pp. 181-2

5. Salaverría a Unamuno

Sello

Enero, 5, 1905

Ateneo Científico-Literario
y Artístico
Madrid

Señor Dn. Miguel de Unamuno:

Mi respetable amigo: Por segunda vez le aseguro, que me hacen mucho bien sus palabras, y cada carta suya es para mi un feliz acontecimiento. Mi natural solitario me ha hecho siempre imaginar “hombres” que en la realidad no podían existir: pero he aquí que mi buena suerte me hace topar con usted.

Porque los espíritus de una pieza, sinceramente completos, son muy pocos: con ellos he soñado yo siempre; y mi romanticismo inveterado me hizo creer en la “honradez del talento”: es decir, que concebía en un tiempo a los escritores “buenos”, sólo por serlo... En efecto, era entonces yo un simple ignorante. Pero usted es un espíritu que tiene acordes la práctica de las letras con la práctica de la vida. Acaso le parezcan estas palabras mías un exceso de confianza.

Está pidiendo a gritos la vida española hombres claros, sinceros, fuertes; hay una corrupción moral imponderable que tal vez sea patrimonio de los pueblos latinos, y que es causa del abatimiento de estos pueblos. La corrupción moral ha atacado a la entraña; y la sinceridad, la fortaleza del alma, no se ven por ningún lado, ni entre los mismos



Buenos 5/905

Dr. Don. Miguel de Unamuno

Mi respetable amigo: Por segunda vez le aseguro que me hacen mucho bien sus palabras, y cada carta suya es para mí un feliz acontecimiento. Mi natural solitario me ha hecho siempre imaginar hombres que en la realidad no podían existir: pero he oído que mi buena suerte me hace topar con usted.

Porque los espíritus de una piedra, sinceramente combatidos, son muy pocos: con ellos he sonado yo siempre; y mi romanticismo inveterado me hizo creer en la "honradez del talento": es decir, que concebía en mi tiempo a los escritores buenos, sólo por serlos... en efecto, era entonces yo me simple ignorante. Pero usted es un espíritu que tiene acordes la práctica de las letras con la práctica de la vida. Acaso le parezcan estas palabras mías un exceso de confianza.

Queda pidiendo a juro la vida española hombres claros, sinceros, fuertes:

literatos y publicistas, de donde nunca debiera desaparecer. Por todos se acepta, con una resignación abrumadora, la corrupción en el adjetivo, en los propósitos de vida pública, en el pensamiento, en la poesía. Nadie cree en nada: y ya casi es un delito, una vergüenza y un atraso, el ser de distinta manera.

Pero sospecho que la reforma, —muy lentamente, porque está muy abrumada la atmósfera— vendrá de ciertas regiones, y quién sabe si de nuestro país vasco, de ese país que si no se malogra y tiene un enérgico impulso de expansión y de dominación, podrá ejercer gran influencia en la vida española.

Por lo pronto ya entró usted a la carga, y bien habrá notado usted lo abrumado de esa atmósfera, cuando tanta tenacidad le cuesta remover los cerebros y también los corazones.

Porque el mal de esto acaso no esté tanto en el cerebro como en el corazón. Se les ha endurecido el corazón a los españoles. Yo creo que siempre ha sido duro, y ahora es de una dureza sorda y cobarde, malsana, dada al odio.

No he leído su trabajo “Ciudad y Campo”, porque no siempre he podido leer lo que quisiera¹². El campo es lo mejor que hay en la superficie de la Tierra, lo incorruptible y eternamente sano. Los españoles no son dados a él: han esquilgado el centro de la península y han quedado tan satisfechos sin campo: ¡este es el síntoma más evidente y profundo del agotamiento sensible, poético, idealista, del español! Para mí no es hombre completo, y me merece cierta sospecha, el que no se para una vez al día cuando menos a mirar un arbusto, un caudal de agua, una flor, un horizonte: un hombre así es sospechoso y puede dudarse de su bondad de alma. Por mi parte, llevo a tal extremo la ponderación de las cosas humildes de la naturaleza, que ello me impide ocuparme más de otras cuestiones de erudición, sucesos actuales, pormenores corrientes: porque mi aten-

12. *Obras completas*, I 1031-42.

ción queda completamente prendida, durante gran parte de las horas, de accidentes que no me atrevería a confesar a cualquiera, por miedo a caer en simplicidad, y que son cualquier movimiento de la planta, de la luz, del animalillo, de las cosas inertes, del cielo, de la mar: en todo eso veo yo insondables repliegues, placer y novedad. Por eso me cuesta resignarme a aceptar a Madrid.

Pero la religiosidad que me aconseja no aparece en mí ni aparecerá nunca. Aunque conviviera con usted —raro será que ocurra por la condición de mi vida— no lograría usted infundirme ese espíritu religioso. Así como los que han amado mucho de jóvenes llegan a la vejez sosegados, los que fueron sobrios de amor (se entiende el sexual) en la juventud, tienen en la vejez pasiones lujuriantes muy fogosas: lleva cada individuo al nacer un caudal de amor y otro caudal de religiosidad, que necesita agotar durante su vida, de una o de otra manera. Yo agoté en mis primeros años el amor religioso. Pero mi religiosidad no era impuesta y aprendida, sino que me llegaba de la casta, de la sangre, de la educación, del instinto y del temperamento mismo. Y fui hasta mártir de mi religiosidad, con martirios que hoy harían reír, pero que entonces me amargaban de veras. Y así como la religiosidad me nació con el ser, yo mismo también, sin ingerencia extraña, fui destruyendo la fe, una hora, un día, un año, varios años, en una lucha lenta, íntima, callada: ahora le aseguro a usted que aquello está bien muerto. ¿Que esto es el principal motivo de mi malestar y el de otros muchos jóvenes? Es casi seguro, al menos en mí: pues yo había nacido para orar, amar y sonreír a Dios y a las obras de Dios: sólo que no ha podido ser: y eso tal vez haga que me falte algo de capital, como si se me hubiese arrancado un miembro muy importante. No sé si es la falta de ideal religioso, o la falta de amor femenino, la sobra de anhelo de acción... Pero repito que ya no tiene remedio.

Yo procuraré no encadenarme a una redacción: no siempre hace uno lo que quiere, sin embargo. La misma falta de adaptación de mi carácter a las redacciones, me impedirán encadenarme a ellas. Pero veo que es inconve-

niente servirse de ellas al principio, y aun son conductores imprescindibles para ciertos respectos literarios.

Maeztu, en efecto, cayó en su vorágine: pero lo que le perdió, a mi juicio, es la acción de los primeros éxitos y del primer aplauso fuerte, acción que el carácter algo femenino (y él me perdone la palabra) de Maeztu no pudo resistir: creo que está purgando bien el sobresalto y la emoción del primer éxito periodístico: se ha entregado; y ese éxito habrá sido también el que habrá quitado la *flor de bondad* y de sinceridad al carácter —bueno todavía— de Maeztu...

Ahora marcha a Inglaterra: yo siento su ausencia¹³.

¿Paciencia me pide? Creo que la tengo de veras: con ella he hecho todo cuanto soy y puedo, poco o mucho. Sólo que a veces salto también impaciente, sin acordarme de que las obras no se hacen de un manotón.

Perdóneme que le haya hablado tanto de mí mismo. Espero a que salga su *Quijote* para hablar sólo de él. No he leído de usted últimamente más que “Valor del Pasado” en *Mercurio*; “Acerca de la soberbia” en la *Lectura*, y aquel artículo abrumador y aplastante del *Heraldo*¹⁴.

También con un efusivo apretón de manos, y con verdadero cariño y agradecimiento, se despide de usted su s. s.

J.M.^a Salaverría

Arenal, 8 pral.

n. 3

Amézaga, 169-171

13. En *El Pueblo Vasco* del 8 de enero se da cuenta del paso de Maeztu por San Sebastián, camino de Inglaterra.

14. ‘Acerca de la soberbia’, *Obras completas* I, 1205-13, publicado antes en *La España Moderna* 16 (1904), n° 192, diciembre, pp. 17-30. ‘Valor del pasado’, *Mercurio*, noviembre 1904, pp. 256-7.

6. Salaverría a Unamuno

Membrete
Ateneo Científico-Literario
y Artístico
Madrid

Febrero, 12/1905

Señor Don Miguel de Unamuno:

Mi respetado amigo: Le anuncio en esta carta mi cambio de lugar, para cuando quiera mandarme algo. Vuelvo a San Sebastián, calle San Marcial, 38, donde encontrará a su servidor dentro de 6 u 8 días.

En Madrid no he hallado lo que buscaba: me proponía ocuparme en alguna casa en mi oficio de delineante, o en un periódico escribiendo. Pero sea por deficiencia mía o del medio, no he conseguido lo que pretendía. Y esto me comprueba mi antigua opinión respecto de mí: y es que siempre tengo que repetir mis embestidas contra algo solicitado, para llegar a lograrlo.

De manera que vuelvo muy dolido, pues siempre los contratiempos, para quien es esperanzado y ambicioso, suelen perturbar fuertemente: pero convencido de la necesidad de la *doble* o *triple*, y aún más, embestida, marcharé para tornar otro día.

Aunque en mi país no me sobra tiempo, ni gozo de gran libertad, emprenderé trabajo de más detenimiento y amplitud, aprovechando la diaria aportación de la experiencia, y utilizando también el ansia de creación de que me siento henchido.

Madrid es fácil y es difícil a la vez. Es fácil, porque el nivel de las inteligencias, de los corazones, de las conciencias es muy bajo: pero al mismo tiempo, el que hallando tan mediano nivel se crea que la conquista es fácil, tropieza con la indiferencia de todo, con el disgregamiento, con el cómodo anarquismo; cada cual posee un escaño, cada cual posee una tribuna y una trompetilla, cada cual defiende su comodidad, y todos van viviendo honestamente.

En último extremo, yo no culpo a Madrid: los culpables somos yo y otros como yo, que no sentimos bastante fuerte el ánimo para entrar por esta maleza de arbustos sueltos.

No tenemos paso de guerrero.

Y en este solar llano, lo que se requiere son pasos que suenen bien y que retumben con prolongadas sonoridades. Pero yo no soy de esos, y por eso me vuelvo. Sólo que mi fuerza está en otro lado, y por eso tornaré.

Disponga usted siempre del afecto y de la adhesión de su verdadero amigo y s.s.

J.M.^a Salaverría

n. 4

Amézaga, 171-2.

7. Salaverría a Unamuno

San Sebastián, marzo, 16/1905

Señor Dn. Miguel de Unamuno.

Mi respetado amigo: Cierto es que volveré a Madrid, como V. me dice, pues allí es donde el escritor necesita hacer sus primeras armas.

Como el juzgar por uno mismo es cosa tan rara, a un escritor no le vale de nada su labor mientras en Madrid no le den la patente cuatro señores particulares: luego en provincias revisan la patente¹⁵, y el escritor queda ya admitido en la cofradía. Todo esto es bastante fastidioso y humillante, pero es imprescindible.

Madrid es peligroso, en efecto. Si no tuviera aquella villa cierto carácter especial, yo llegaría a aborrecerla com-

15. Cuatro señores... la patente, frase omitida en la edición de Amézaga.

pletamente: pero mi carácter *duplo* me lleva con ansia no satisfecha nunca a amar todo aquello que es pintoresco y vario: creo que estoy condenado para toda la vida a sufrir la contienda de mis *dos* seres: el uno que busca la paz y la poesía de su país, y el otro que no se harta de errabundear por todos los lugares del mundo, sea en realidad o sea en ensueño. Aunque, según la frase de Emerson, tenga uno que llevar su “gigante interior” a todas partes.

Allí en Madrid procuré observar todo cuanto más pude. Saqué en consecuencia que la vida de los intelectuales es hartamente amarga. ¿Cuántos se quieren allí el uno al otro? ¿Ni cuántos se respetan o consideran? Así resultó aquello de la protesta al homenaje a Echegaray¹⁶.

En este asunto oí cómo le traían y llevaban a su nombre de V. En algunos artículos vi también cuánto rencor le guardan a su persona, el cual se aprovecha de estas ocasiones para manifestarse. Pero supongo que estará usted ya curado de espanto por ese lado, en su vida literaria tan agitada y discutida.

Atenderé su consejo de poner el mayor empeño en el libro, cosa que me es muy agradable. Pero no se puede evadir del periódico: hay que resignarse a sufrir su tiranía, y distraer al público de periódicos; ese público liviano ante quien, como nunca, bailan los escritores su pobre danza de asalariados juglares.

Para evitar todo eso, lo único cuerdo que podía hacer un literato es nacer rico. El no serlo es mi mayor tormento. El depender del trabajo diario, el sentir del peso del amo encima de la voluntad orgullosa, el tener marcada la vida por pausas y por actividades que otros señalan: el tener amos, horas, órdenes, como si la vida de uno fuese un autó-

16. La concesión del Premio Nobel al dramaturgo José Echegaray (1832-1916) suscitó una protesta, uno de cuyos primeros firmantes fue Unamuno (1904). Cfr. *Heraldo de Madrid*, 20 de febrero 1905, ‘Del primer firmante. Voto explicativo’.

mata de contadas articulaciones. ¡Todo eso es muy lamentable!

Pero compensa a ese mal, la satisfacción de poder, día por día, irse desembarazando cada vez más, en una serie de tenaces avances. Eso que es la sal de la vida... Realmente, el ser rico, impedirá esa amarga satisfacción, salado goce de todas las horas.

¿Tardará mucho en ver la luz su *Quijote*?¹⁷. ¿Será tan amplio y nutrido de especulaciones filosóficas, psicológicas, como usted deja entrever?

Que salga pronto deseo yo, y que nazca y viva con fortuna.

Cuenta siempre con la amistad de s.

J.M.^a Salaverría

n. 5

Amézaga, 172-4

8. Salaverría a Unamuno

Membrete

San Sebastián, abril, 15/1905

Dirección de Obras Provinciales
de
Guipúzcoa
Particular

Señor Dn. Miguel de Unamuno:

Mi respetado amigo: Agradezco mucho el envío de su libro, que he leído de un tirón. Hice al libro los dos artículos que habrá usted visto en "El Pueblo Vasco"¹⁸ y sentí no

17. Saldría poco tiempo después en 1905.

18. 'El comentario del Quijote. A propósito de un libro nuevo, *El Pueblo Vasco*, 11 de abril de 1904. Don Quijote y Sancho, *ibíd.*, 14 de abril 1904.

poder ser más extenso ni poder decir cuanto me sugería la lectura. No tiene el periódico en que colaboro suficiente independencia, a pesar de su rótulo, para admitir juicios de amplia libertad, ni suena bien su nombre de usted en ciertos oídos del país vascongado.

Así es que no considere usted lo dicho en letra de molde como el conjunto de mi opinión: para expresar esta hubiese necesitado varios artículos y carta blanca. Porque su libro es una cantera: cada página de él presta ocasión a muchas consideraciones, y es bastante difícil hacer la síntesis de ese libro en que parece haber puesto usted todo el caudal de su filosofía.

Tan grande es ese caudal, que casi estoy tentado a decir que ello resulta un perjuicio, si no un defecto, y usted me perdonará el atrevimiento. Es demasiado copioso el libro, y con él podían hacerse media docena de volúmenes más: y esto, en un pueblo donde no se acostumbra a prodigarse en el pensamiento, causará a más de un espíritu fatiga, rebeldía ante quien fuerza al raciocinio con abrumadora copiosidad. El espíritu meridional acepta mejor las obras de síntesis, redondeadas, plásticas, bien determinadas, guiándose por el sentido clásico de la raza. En cambio usted se me figura que es lo menos meridional y latino que un hombre puede ser: y se me figura que esta cualidad habrá motivado la enemiga de ciertas gentes hacia usted, y también la devoción de otras gentes distintas...

Me ha gustado mucho la contextura de la obra, que encuentro original sobremanera. También esto sorprenderá a ciertas inteligencias, las que no entienden que pueda un autor coger la sagrada figura de Don Quijote para hacerla cómplice de las propias elucubraciones. Yo también creo como usted que la figura de Don Quijote es tan valiente y personal y tiene tan fuertes cualidades de vida, de realidad y de eternidad, que está ya desligada del libro y ya no es propiedad de Cervantes ni de nadie; sino que es como un Cristo, de toda la Humanidad y puede hacerse con ella el uso que cada espíritu quiera hacer. Lo valiente de su libro es el haber tomado el espíritu de Don Quijote y forzarlo a

reflejarse en el espíritu de V., obligarle a acomodarse al sentido de los hechos según la norma espiritual de V.

El libro me ha resultado religioso, de una religiosidad penetrante y visionaria, con una unción mística, a trechos agresiva, propia del catecúmeno de una nueva religión. Libro, antes que todo, personal, es posible que sirva él para afirmar y delimitar fuertemente a sus adversarios y sus partidarios.

¿Me disculpará usted el tono en que está escrita esta carta?... Mi situación moral del momento me obliga a usar de ese tono seco, en lugar del que desearía emplear. Desearía expresarle con palabras calientes y entusiastas la simpatía que en mi alma ha levantado el libro, y cuántas veces he visto a través de las páginas su personalidad, a la que admiro y amo.

Es más que nunca devoto de usted su amigo

J.M.^a Salaverría

n. 6

Amézaga, 174-5

9. Salaverría a Unamuno

Membrete tachado
Dirección de Obras Provincial
de
Guipúzcoa

San Sebastián, mayo, 14/1905

Señor Don Miguel de Unamuno:

Mi respetado amigo: Me alegró mucho el tono de su carta, prueba de que existe un ambiente de rebeldía y ánimo decidido en romper el hielo en que están envueltas las letras desde algún tiempo. Aquí en provincias es donde se nota mejor el marasmo en que yace la literatura y toda la vida del pensamiento: se me pasan los meses sin recibir una vibración desde ese campo de Madrid, y casi llego a temer

que las gentes se han olvidado de la literatura y que los literatos han perdido entusiasmo, influencia e inquietud productora. Pero usted me indica que no, que existe una corriente de renovación y que nos espera un cambio de personas y de orientaciones. Así sea.

Algo de lo que pasó en el banquete de los Viveros pude entrever, aunque todos se dieron maña en ocultarlo: supe, muy por encima, que hubo divergencias entre los comensales, que usted habló y disgustó a una porción de gente y que, en fin, aquello terminó desventuradamente.

No tenía más remedio que terminar así: en mi paso por Madrid supe cuán anárquica es esa República de las Letras, cuán rematadamente anárquica: comprendí que no había ningún lazo común, ningún lazo nacido de sincera simpatía y menos aún nacido de un ideal colectivo, de una general aspiración o espíritu de clase. Por eso, pues, todo lo que se cimiente sobre un deseo platónico, todo lo que tienda a hermanar generosa y libremente a esos literatos caerá sin remedio. Para hacer algo práctico se necesitaría obrar por grupos sólidos y reducidos, bien compenetrados por una misma aspiración, un idéntico plan y un recíproco respecto: y obrar con energía y violencia.

Lo viciado del mundo literario está patente en lo que sucede con su libro. No he visto publicado nada acerca de él, si no es el breve comentario que le hizo Cavia, tan breve como mal intencionado. Y si un libro de tal calidad, que hasta ofrece abundante materia para contradecir, rectificar, negar, no levanta ni el menor ruido exterior todavía, ¿qué será con libros menos capaces? Pero la suerte de V. es que no caen en roca estéril sus producciones y tiene un público disperso, atento, acaso el más importante de España. Porque en España, a lo que sospecho, toda la cantidad de virtudes está dispersa, todas las inteligencias sanas están dispersas también: el ideal será armar eso, formando un núcleo. Para tal misión estaba Madrid, pero Madrid es una gota química donde están en esencia, no las virtudes príncipes de la nación, sino todas las cualidades revueltas y quintaesenciadas, buenas y malas, y las malas aún refinadas.

Del libro de V. hablamos Gutiérrez y yo largamente: nuestro común y buen amigo estaba entusiasmado.

Ahí le envió las cuartillas que me indicaba: se las envió a usted porque aquí no hay noticia de “La República de las Letras”, ni sé cómo es ni quién la hace.

Cuando tenga algo que lo merezca, se lo mandaré para “Nuestro Tiempo”, ya que en “La Lectura”¹⁹ dejé un trabajo acerca de la poesía euskara, y allí está anclado.

Este favor que usted me brinda con tan buena voluntad, sabré ya agradeceré con toda mi alma.

Suyo amigo verdadero

J.M.^a Salaverría

n. 7

Amézaga, 175-6

10. Unamuno a Salaverría

Bilbao, 28 - VIII - 1905

Sr. D. José M.^a Salaverría

Mi querido amigo: Hora es de que le escriba y le dé las gracias por lo que me dedicó en *El pueblo Vasco*²⁰.

Aquí la lucha sigue mucho más encrespada que hace cuatro años. Cuando estoy dando la batalla es ahora. A pesar de los esfuerzos de la gente no empiezan a enterarse los que quiero que se enteren.

No ha conseguido que, aun atreviéndose a ir poca gente al banquete, no se haya enterado el pueblo de lo que dije, a pesar de la mala fe con que la *Gaceta* lo extractó.

19. Pudiera ser el que se publicó en el t. III de 1908, “Poesía éuskara”, pp. 150-67.

20. El 11 y 14 de abril de 1905, sobre *Vida de Don Quijote y Sancho*.

Pero mi acto será el jueves, 31, en Eibar. Voy a coger al toro por las astas, y a tratar cara a cara la cuestión religiosa en este país. Será mi sermón, el *mío*.

Saldré de aquí el jueves, 31, a las 5 y 50 (a la hora misma a que sale de San Sebastián) para llegar a Eibar a las 7 y 42, veinticinco minutos antes que el de esa. Allí estará Leopoldo²¹, que ha salido hoy para Tolosa. ¡Cuánto me gustaría ver a usted! Primero por darle un abrazo y luego porque es cuando voy a abrir mi corazón a mi pueblo, a los míos, a las ovejas descarriadas de Israel.

Quiero hablar de mi raza y de mi religión y cómo las veo en consorcio y animándose mutuamente.

Si viera usted a Grandmontagne y consiguiera traerlo para ese día a Eibar, me gustaría mucho. Dígaselo²².

Al fin me resuelvo, entro en mi carrera, en lo que hace tiempo venía anunciando, y Dios me ayudará. ¡*Sursum corda!* Un abrazo de

Miguel de Unamuno

Epistolario, 190-1

11. Salaverría a Unamuno

El Pueblo Vasco
diario independiente
SAN SEBASTIAN
Redacción

Setiembre, 7/1905

Señor Dn. Miguel de Unamuno:

Mi querido amigo: Todos estos días vengo sufriendo las consecuencias de mi viaje apresurado a Burgos, y este

21. Leopoldo Gutiérrez Abascal.

22. Francisco Grandmontagne, escritor y periodista, vuelto de Argentina. He publicado su correspondencia con Unamuno en mi libro *El vasco Francisco Grandmontagne. Sus cartas a Miguel de Unamuno*. Temas donostiarras, 18 (San Sebastián, 1990), 190 pp.

endemoniado estómago, que es un niño por lo mimado y caprichudo, me ha tenido molesto y embotado.

Por esto no le he saludado antes.

También en V. observé, la noche de Eibar²³, cierto malestar, algo como descentramiento: acaso fuera por la ruda vida de luchas íntimas que afectan al corazón en que se mueve V. ahora, en su querido pueblo, o acaso porque aquel aire de Eibar era un tanto extraño o ambiguo. El auditorio era todo él de obreros, y de obreros pacíficos, a quienes no era fácil perturbar en un momento dado. Pero, en fin, creo que V. no se va de un lugar sin dejar algo de su persona, y presumo que su rastro quedará en Eibar, abonándole el terreno para otra vez.

También me he enterado de que habló V. en un centro socialista de Bilbao²⁴ y esto vuelve a afirmar mi temor de que un bando político o social le tome a V. como cosa suya.

Por Leopoldo²⁵ sé que preparaba unos artículos respecto de Bilbao para ser leídos en un casino de ahí y publicados después, y sé que se propone V. intervenir con asiduo interés en los destinos de su pueblo y su casta. De esto me alegraría yo mucho, pues esta gente está pidiendo quien les conmueva, les remueva y les saque de sus trillados y estéri-

23. En *El Pueblo Vasco*, bajo el título "Crónica de Eibar", el 4 de septiembre se publicaba una gacetiilla a propósito del banquete de la noche anterior en honor a Unamuno, al que asistieron 120 comensales. Dice así: "La peroración del Señor Unamuno fue demasiado profunda para que parte del auditorio que le escuchaba, así que no nos extrañó oír decir a muchos obreros no habían entendido la mayor parte de los párrafos dichos por el señor Unamuno. Abogó por la desaparición de intermediarios en todos los órdenes de la vida, se lamentó del poco respeto que actualmente tenemos al hombre, considerándolo tan sólo mercancía almacenada de tal o cual partido político, cuando el hombre debe estar muy por encima de toda política, censurando duramente a los hipócritas que por conveniencias personales hacen traición a sus sentimientos. El orador fue aplaudido.

24. En el Circo del Ensanche. Da cuenta de ello *El Pueblo Vasco* del 5 de septiembre de 1905.

25. Leopoldo Gutiérrez Abascal.

les caminos. Toda la energía del país se está malogrando en necias contiendas de sabor antiguo, en disputas de cosas que pasaron, en el encasillamiento de formas políticas caducas, en sectarismos de neos, liberales, socialistas y demás zarandajas. Y bajo esa costra paralizada duerme el espíritu de la raza, ese espíritu que sólo en contadas ocasiones ha brotado como en la guerra civil, por ejemplo, y que podría brotar ahora de un modo más moderno y definitivo.

Espero que no me olvidará a su retorno a Salamanca, y que me dará a conocer por alguna carta algo de su vida, que yo estimo con toda sinceridad. Y si esta estimación no se la demuestro con palabras y asiduidades más conformes al uso amistoso y admirativo, no es sino culpa de mi torpeza de expresión para ciertas particularidades.

Es su amigo de veras

J.M.^a Salaverría

P.S: El señor Grandmontagne²⁶ desea conocer cuál es y dónde radica la casa solariega de Bolívar, *El Libertador*, y algunos pormenores de su familia. Me dijo que se lo preguntara a usted en Eibar, pero se me olvidó.

n. 8

Amézaga, 176-7

12. Salaverría a Unamuno

El Pueblo Vasco
Diario independiente
SAN SEBASTIAN
Redacción

Noviembre 29/1905

Señor Dn. Miguel de Unamuno:

Mi querido amigo: Van transcurridos bastantes días y meses sin que sepa nada de usted, y sin que tenga yo la cortesía de escribirle una carta.

26. Francisco Grandmontagne.

Pasó aquel movimiento de verano, en que tanto vibró usted por este país, y desde entonces todos nos hemos hundido en nuestros rincones de provincia. Pero yo no me resigno a desligarme de usted, y esta carta quiere ser un punto de continuidad y voz que vaya hasta su corazón como fe de vida del mío.

Sé que su libro del "Quijote" va entrando lentamente y ha traspuesto los mil ejemplares: leí las parcas, pero al fin, consideraciones que les mereció a dos o tres articulistas de Madrid. Sé también que hace usted versos. ¡Y en esto sí que le envidio profundamente! Porque nada considero tan aristocrático para una inteligencia como el crear, pulir y extender versos a la vida.

Un monje que compone versos a los pájaros y a la bondad de Dios en el fondo de su celda; un solitario que en su guardilla canta a las nubes o a los ojos de su amada ideal; todo eso es tan fino, puro y aristocrático, que de tanto serlo es inadaptable a este momento social que atravesamos, revoltijo y marea de todas las groserías.

Hace quince días marché a Madrid y desde allí pensaba escribirle. Pero he ahí que cuando me dedicaba a orientarme, vino de San Sebastián la noticia de que en mi casa habían entrado ladrones (ni más ni menos), lo habían revuelto todo y se habían llevado unas fruslerías; mi hermana se amedrentó, me llamó, y aquí he venido, desistiendo de permanecer en Madrid la temporada calculada.

Marchaba allá a imprimir un libro: ya tenía dispuestos los preliminares, cuando me sucedió el percance²⁷. Así es que ahora imprimiré el libro en San Sebastián y llevaré a Madrid unos ejemplares para que Fe el librero los administre, mejor dicho los ponga en el escaparate. Este señor accedió a que se pusiera en la portada el membrete de su casa que algún valor tiene para un advenedizo. El libro saldrá de aquí a un mes o mes y medio. Es de índole personal, psicología de algunas sensaciones, descripción de algunos

27. Pudiera ser *El perro negro*.

momentos y consideración de algunas ideas y teorías. Veremos lo que sale. La fortuna le guíe.

Después tengo en proyecto otro libro... El caso es hacer y caminar, espoleado por este aguijón de la actividad; este aguijón tenaz y cruel que a los temperamentos enfermos suele irritarnos con una impaciencia semi-trágica y semi-entusiasta. El aguijón que tiene prisa, el enyugado, (el cuerpo) que no puede correr bastante... Pero no tiene remedio.

Su servidor y leal amigo.
San Marcial 38

J.M.^a Salaverría

n. 9
Amézaga, 177-8

13. Salaverría a Unamuno

El Pueblo Vasco
Diario independiente
SAN SEBASTIAN
Redacción

Diciembre 30/1905

Señor Dn. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Que le sea próspero el año entrante, próspero en dicha y en gloria.

Dice usted que desea venir alguna vez a San Sebastián. Pensando en esto he buscado yo la manera de que pudiera sellar y completar su viaje con un discurso, ya que su profesión de evangelizador le obliga a ello.

Pero no veo lugar a propósito para esto. Mis relaciones son pocas: no pertenezco a sociedades ni corporaciones, y por otra parte, el espíritu de esta ciudad está tan adormecido por las sirenas que cantan al veraneo, que no todos estarían dispuestos a ser cómplices en la perturbación de la calma beocia en que suele dormitar esta población de rentistas y hosteleros.

El Pueblo Vasco

diario independiente

SAN SEBASTIÁN

Redacción.

ONANUNDO

Diciembre 30/1905.

Sr. Sen. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Que le sea próspero el año entrante, próspero en dicha y en gloria.

Dice V. que desea venir alguna vez a San Sebastián. Pensando en esto, he buscado ya la manera de que pudiera V. sellar y completar su viaje con un discurso, ya que su profesión de evangelizador le obliga a ello. Pero no veo lugar a propósito para esto. Mis relaciones son pocas: no pertenezco a sociedades ni corporaciones, y por otra parte, el espíritu de esta ciudad está tan adormecido por las sirenas que cantan al verano,

Aquí hay una sociedad de Amigos del País, cuyo salón sería el lugar más apropiado: pero existen, en su defecto, un centro obrero que celebra conferencias, y otro republicano. Si alguna vez se decide usted a venir, inclinado por su natural deseo de tantear esta importante porción del país vascongado, yo haría que pudiese usted aprovechar el viaje y decir algo a estos buenos ciudadanos. Además me encontraría a mí dispuesto a servirle y serle lo más útil posible.

Yo mismo, que no tengo nada de bullicioso ni orador, siento ganas, y no sé si lo haré, de hablar en algún centro, en el "Vasco", por ejemplo, para decirles que es mal sistema el que siguen los vascongados con esto de darle más importancia a la acción industrial y económica, que a la acción intelectual: este afán de querer compaginar el turismo, el veraneo, con el regionalismo y el clericalismo: y sobre todo esa *inacción* ante la invasión del espíritu forastero, del forastero que asalta las redacciones de los diarios, los puestos de la magistratura, la política, las academias, todo lo que es *dirección efectiva*.

En fin, ya veremos. También es probable que funde una revista semanal, donde usted hallaría un puesto en que desahogarse.

Mi libro está aun sin comenzar: largas, menudas, ridículas y desesperantes trabas lo han dispuesto así²⁸. Pero antes de un mes estará en la calle, o yo valgo poco. Y a él seguirán otros. ¡Ya que el destino le condenó a uno a la actividad por fuerza, trabajemos, sea con fruto o sin él, viviendo envuelto en esa feliz atmósfera personal de proyectos, planes, entusiasmos, decaimientos y volubles ilusiones!

Grandmontagne se casó con la hermana de su amigo, Echeverría²⁹. Ha vuelto de su viaje por Niza, Mónaco,

28. *El perro negro*.

29. Francisco Grandmontagne se casó en el Santuario del Santo Cristo de Lezo el 10 de noviembre de 1905 con Jerónima Echeverría Urrugola, hija de Miguel y María Ascensión. Fueron bautizados en la parroquia donostiarra de San Vicente su hija María Teresa (30 de julio de 1907), que aún vive en Buenos Aires, y su hijo Francisco Javier.

París. ¡Bien! He ahí un hombre que tiene grandes disposiciones para ser dichoso.

Y este trabajo que le incluyo, es uno que pensé hacer cuando usted me invitó a escribir algo para alguna de las revistas en que colabora. Vea usted si puede darle salida.

Es su verdadero amigo...

San Marcial, 38

J.M.^a Salaverría

n. 10

Amézaga, 178-80

14. Salaverría a Unamuno

Dirección de Obras Provinciales San Sebastián, marzo-20-1906
de Guipúzcoa
Particular

Señor Don Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Es verdad que sentía la tardanza de su contestación, y andaba pesados por ello. Pero también es verdad que durante una buena temporada ha tenido V. hartos asuntos en que ocuparse: le han traído y llevado de firme, y la voz pública ha dado últimamente a su nombre extraordinaria resonancia. Leí sus artículos de la Crisis del patriotismo³⁰; le he seguido, asimismo, en su correría por Madrid, con el susto consiguiente al verle descender a la picota de la Zarzuela, acto que no tenía más remedio que frustrar las esperanzas de sus organizadores, —que así eran ellos. Pero estas cosas vienen rodadas y V. no podía detenerse, sino obedecer al impulso que sus briosos artículos promovieron. Además, la bella Dulcinea tiene sus exigencias.

30. *Obras completas*, I, 1286-98. Sobre el mitin de la Zarzuela el 25 de febrero, Cfr. E. Salcedo, *Vida de D. Miguel de Unamuno* (Salamanca 1970) pp. 139-41.

Después de aquel barullo y apoteosis, ahora se recoge V. a hacer versos... Sinceramente le admiro y envidio. Aguardo, pues, su “Tratado del Amor de Dios”³¹.

Ya sabía yo que mi libro no le gustaría a usted: estaba seguro de ello³².

Pero es cosa terrible la del literato, que no sea dueño de sí mismo, al modo que las demás gentes. El literato, y sobre todo el novel, está sujeto a la tutoría de sus lectores, y cada uno de estos se cree en el deber de guiarle y darle el secreto de su dirección. —V. debe hacer esto, aquello, lo otro.

Otra cosa particular me sucede a mí, y es que me pierden o el semblante, o mi gesto o todo el aire de mi persona: el caso es que doy una impresión instantánea que luego se convierte en prejuicio petrificado. V. vería como cosa natural que yo escribiese versos o fuera religioso.

Pero seguiré escribiendo, y en el transcurso de la vida irá viéndome más claramente, juzgándome, no por referencias, y concluiré por acertar a darle a V. una impresión de concordia entre ciertas ideas y el tono de mi estilo y de mi rostro.

Lo que sí siento de veras es que piense V. en la influencia de ciertos mensajeros de Madrid: es la muletilla de algunos que me tratan y no concluyen de conocerme, acaso porque no son tan psicólogos como se suponen: en este caso creo que ha hablado V. por referencias. Este error de Vds. no lo disculpo: si conocieran las idas y vueltas de mi persona, y los accidentes y choques y viajes de mi vida, que no han sido pocos, cambiarían de juicio. Estoy curado de sorpresas y he madurado ya. Y soy de los que oyen y siguen y callan, y rumian luego y analizan, y exprimen a los hombres, aun a aquellos que se figuran influyentes.

31. Bajo este título designaba Unamuno la obra *Del sentimiento trágico de la vida*.

32. *El perro negro* (1906).

Para esto me vale el no ser *literato* ni lo seré nunca ya, pues los primeros ejercicios los he hecho fuera del antro de los *literatizados*. Pero cada uno no es como es, sino como otros quieren que uno sea.

Seguiré, en efecto, escribiendo libros, porque aunque los fracasos me duelen de veras, aun los esperados, hay un impulso fatal que me obligará toda la vida a obrar: siempre que me lo permitan mis fuerzas, puesto que el echar ediciones al vacío cuesta mucho dinero. Como prueba y como avanzada explorada imprimiré el libro.

Agradezco el aliento que V. me da, y recibiré con gusto las señas de esos literatos americanos y extranjeros que me promete: cuanto haga por mí se lo devolveré, cuando menos, con profunda y consecuente gratitud.

Deseo tener ocasión de volver a verme con V. espero que el verano llegue esta ocasión: si fuese libre, ya habría ido a Salamanca. Pero soy un gorrión en jaula. Deseo también leer sus versos.

Disponga de su amigo que le quiere de veras.

J.M.^a Salaverría

n. 11

Amézaga, 180-1

15. Unamuno a Salaverría

Sello-membrete
Sociedad Bilbaína

Bilbao 15 IV 1906

Sr.D. José M.^a Salaverría

Mi muy querido amigo: Todo lo que usted diga de mi negligencia en escribirle será poco. Ni le escribí cuando recibí las cuartillas de su ensayo —que haré publicar— ni le he escrito acusándole recibo de su *Perro Negro*. Pero ¡si

usted supiera las tempestades que ha estado corriendo mi pobre espíritu! Aquella mi ida a Madrid y el famoso —para otros— discurso de la Zarzuela me distrajeran algo³³, pero más aún la labor en mi trabajo “Tratado del amor de Dios”³⁴ y el hacer poesías. He venido a este mi pueblo a pasar la Semana Santa huyendo de mí mismo; a bañarme en viejos recuerdos, a estar con mis verdaderos amigos, con los míos. Y he creído que no debía volver a Salamanca sin escribir a usted.

El Perro Negro... Haga usted que ese perro devore a Nietzsche y luego échele usted de su lado, a puntapiés sin consideración a la compañía que ha podido llevarle en su soledad. Leí su libro en voz alta, bajo unos árboles, en el campo, cerca de Salamanca, oyéndomelo Luis de Zulueta, que había ido a pasar unos días conmigo, y otro amigo. Hay en su libro tono, ritmo de expresión, pero la letra es pobre y nos está sonando hace mucho tiempo. No creo que es esa su obra. Y creo que ese San Sebastián con haberle hecho a usted mucho daño, no le ha hecho tanto como los que desde Madrid han ido a caer ahí. Ese perro negro antes de haber paseado con usted ha paseado con otros que le han maleado y le han enseñado mal. Me parece, no sé porqué, que canta usted en una letra, que no es la de su música; algo así como un alma religiosa que tuviera que poner en música una anacreóntica o un volteriano que quisiera ponérselo al Credo. Cosa terrible es que un alma no encuentre el cuerpo que le corresponde —y es lo que pasa— y el sentimiento de usted no ha encontrado su pensamiento. El tono de su libro, su timbre, se da de cachetes con lo que en él dice usted.

El silencio en que ha caído... ¡Ay!, amigo Salaverría, en eso está la prueba. Quiero decir la prueba de su temple. Yo también pasé por ahí, y ahora empiezo a vender libros

33. El 25 de febrero de 1906. Cfr. *Obras completas* IX, 168-81

34. Con este título designa en estos años lo que será *Del sentimiento trágico de la vida* en 1913. Cfr. M. García Blanco, en *Obras completas* VII, 12-27.

que publiqué hace diez años. Usted no pertenece a la cofradía, luego su librito no es de actualidad y es cosa pequeña. Su modestia de presentación y hasta de tamaño le pierden. De esto le hablaré cuando nos veamos. Pero no desmaye y esté seguro de que irá saliendo, sobre todo si hace usted otros. Se lo dice quien sabe ya algo de tales achaques. Tiene para nuestro público el defecto de su finura; lo delicado se les escapa. No se le gana sino con novelas en que suceden cosas.

¿Lo ha enviado usted a América? Yo podré darle así que vuelva a Salamanca —pasado mañana— direcciones de personas de por allá a quienes enviar su libro, argentinos, chilenos, peruanos, mejicanos, etc., etc. Le conviene a usted. También le indicaré algún extranjero que conoce castellano. Hágase a la idea de que este libro ha de servirle como propaganda y anuncio de los que vaya a hacer en lo sucesivo. Y sea terco y tenga fe en sí mismo.

Estoy en un estado tal de ánimo que no se me ocurre más. Sólo sí quiero decirle que le quiere muy de veras su amigo

Miguel de Unamuno

Ayer que pasé el día en una aldea con Leopoldo³⁵, hablamos mucho de usted

CMU 2, 1, 2/64

35. Leopoldo Gutiérrez Abascal.

16. Salaverría a Unamuno

ABC Diario ilustrado
Serrano 55, Madrid
La Redacción

Noviembre, 28/1906

Señor Dn. Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: Crea V. que si su desprecio por la Academia es grande, aun puede ser que el mío sea mayor³⁶. Si me metí en eso de la protesta, fue por no pararme ni preocuparme mucho en la cosa, puesto que lo mismo me daba el sí que el no. De manera que nadie menos indicado que yo para pedirle a V. su concurso en aquel litigio, en el cual no intervine, y fueron otros los que, considerándolo como más sencillo, pusieron el telegrama a nombre de Palomero y mío.

Pero en fin, eso huele ya a puchero de enfermo.

También yo tenía deseos de escribirle a usted, y fue grande la alegría que sentí al recibir su carta, y al leer los elogios que me dedica y que agradezco. Si no le escribí antes, fue por haberse pasado el tiempo y la coyuntura: hace bastantes meses que V. me prometió varias cosas, y esperándolas, me quedé al fin sin escribirle.

He venido aquí para ver de conocer esta vida literaria, que, después de todo, tiene muy pocos recovecos y profundidades: estoy en este periódico, trabajo, tomo el sol, y más adelante me volveré a San Sebastián a escribir de veras, pues sólo en provincias se escribe de veras y con fe. Para tener fe hay que ignorar.

36. Cfr. artículo de Unamuno 'La presidencia de la Academia Española', *La Nación* 4 enero 1907. *Obras completas* IV, 369-73. Algunos intelectuales firmaron un manifiesto pidiendo a D. Alejandro Pidal que retirase su candidatura, en beneficio de Menéndez Pelayo. Unamuno en el artículo citado dice que le tiene sin cuidado la presidencia de la Academia Española.

Si “Roma veduta, fede perduta”, visto Madrid se pierde la fe en las grandes cosas: y aunque en el fondo todos sepamos que no existen por ninguna parte las grandes cosas, siempre es bueno engañarse, y para esto nada mejor que vivir largas temporadas sólo y soñando.

Me alegro que haga usted ahora versos, como me cuenta en su carta.

Y en cuanto a lo que dice usted de la podredumbre de personas, realmente, sí, todo anda por aquí, —y por allá— podrido, Hamlet no podría resistir la repugnancia con el mero gesto de taparse las narices: necesitaría enjuagarse con esencias o huir.

Pero, en fin, esto de podredumbre y de personas es peor meneallo.

Si V., como me anuncia, se siente con bastante valor para combatir a las falsas celebridades y a las personas, no será poca su heroicidad, en este país de cobardía: pero prepárese también a sufrir represalias. Lo difícil en estos casos es el poder conciliar la acritud de la pelea con la confección de versos.

Celebraré recibir noticias tuyas puesto que le estimo de veras.

Y le abrazo muy efusivamente.

J.M.^a Salaverría

n. 12

Amézaga, 181-2

17. Salaverría a Unamuno

El Pueblo Vasco
SAN SEBASTIAN

Diciembre, 19/1907

Señor Dn. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Le quedo muy agradecido por el artículo de *La Nación* y además por el ánimo que me da con

sus palabras de su carta, —algo como, según los de por allá abajo dicen, una “alternativa”³⁷.

Es verdad, en Madrid nos miran con prevención, o llamémosle inquietud: parece que la austeridad de primitivos españoles que llevamos desde nuestras montañas, les perturba a esos españoles gastados por todos los accidentes de la decadencia: nuestra austeridad y facilidad para la indignación, ellos quieren denominarla “provincianismo”; pero no es eso, la conciencia que les grita: ven en nosotros lo primitivo y lo no cansado, lo no *culpable* y les molesta naturalmente.

Además, aquello está emporcado por el sentido de la vida a la manera andaluza; y esa Andalucía, sí que debiera separarse, o que la conquistaran, quedando como un país pintoresco para uso de turistas extranjeros. Madrid está lleno de andalucismo; si los del Norte pudiéramos limpiarlo, España daría una vuelta del revés. Pero me temo que no todo el Norte sirve para la obra: Galicia es demasiado epitérea, blanda, lista, transigente; Asturias tiene algo de esa chanfaina de libro viejo de López de Ayala, que aunque rancio, representa bien a su país: cosa de universidad provinciana, Oviedo viejo metido entre sidra y hórreos. En cambio, en Bilbao, ¿por qué no meten una universidad libre que esté limpia de olor rancio, que no tenga sabor de chacolí, caserío, y roña de murmuración en las Cuatro Calles?

Eso es lo que enviaría al cuerno a los compadres de Deusto.

El catolicismo, en efecto, es una plaga para nuestro país. ¿Ha observado V. cómo los jesuitas se están ocupando en *capar* las personalidades vascas? Todos los hombres audaces de los negocios, están ya capados; no verá V. ahora aquella propensión a la calaverada bursátil e industrial de antes: dicen que es circunspección de hombres muy baque-teados por las aventuras, pero en realidad es la mano de Deusto que los ha capado a todos, envilecido por conductos

37. Cfr. Carta siguiente.

de las mujeres, acobardado e imbuido un ideal de temerosa defensa.

Esa Vizcaya hubiera debido representar el yanquismo en España, la locura juvenil del dinero; todos se han metido en sus covachas. Querrán también capar a los escritores: su mayor gusto sería hacer lo que usted llama “literatura honrada”...

Los bizcaitarras son unos brutos por la masa, y unos serviles de los jesuitas por lo que atañe a los directores. Pero todo eso, por lo que tiene de irreal y postizo, se vendrá abajo a la menor conmoción. Entre Francia y los jesuitas, han hecho de San Sebastián una verdadera ridiculez.

Yo aguardo la ocasión para liarme la manta a la cabeza y decir algunas inconveniencias. Lo que no se puede tolerar es que nuestro pueblo quede *capado*: con Castilla yerma y Vasconia capada, con Andalucía influyendo, con Valencia triunfando, y con los catalanes convertidos en redentores, entonces sí que España será irredenta. La redención no puede venir por el Mediterráneo; debe salir de las partes primitivas y legítimas, de las partes positivas y esenciales: el Cantábrico y la meseta. Nos veremos por el verano, si antes no viene usted a Bilbao.

Mande a su amigo que le quiere.

n. 13
Amézaga, 184-5

18. Salaverría a Unamuno

EL PUEBLO VASCO
SAN SEBASTIAN

Febrero, 17/1908

Señor Dn. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Ayer me anunciaron la llegada de su artículo de *La Nación*: lo leí y me gustó mucho. Muchas gracias, mi buen amigo, pero gracias de veras³⁸.

Aunque la mayor parte del artículo está dedicado a otras cosas que no son mi libro, sin embargo, en unos cuantos párrafos nada más dice V. de él lo que no han dicho todos los que de mi libro se ocuparon: cuando uno lee las *críticas* que hacen de nuestros libros o cosas, es cuando uno se convence de la falta de atención y probidad de las gentes: mejor dicho, uno se convence de que nadie lee de veras. Se lee, como se hace todo: a escape y para salir del paso, del compromiso o de la faena.

La observación de que en etnología, la masa de población primitiva es la que vale, la tenía yo en la punta de la lengua, como suele decirse. Algunos señores bizcaitarras andan por aquí como V. sabe, hinchando el perro de las invasiones latinas, goda, árabe, etc.; los catalanes también insisten en lo del semitismo: todo eso es ganas de hablar. Sobre los 12 ó 15 millones de personas que en todo tiempo han poblado la península, poco efecto han podido causar meras invasiones guerreras, de hombres solos por lo general y que nunca habrán pasado de medio millón, si es que llegaron a esa cantidad.

Leo con gusto su campaña del *Mundo*³⁹. Seguramente que otra vez causará el nombre de V. el rebullicio que siem-

38. El artículo de Unamuno 'Otro escritor vasco', apareció *La Nación* de Buenos Aires el 21 de enero de 1908. *Obras completas III*, 1264-9.

39. "Sobre el problema catalán", *El mundo*. 13 y 16.1.1905. "Oposición de cultura" 13 febr. 09. "sobre el problema catalán" 16.11.09.

pre produjo. Aunque son artículos hechos muy rápidamente, por lo mismo que tienen *abundancia de cosas*, promoverán inquietud, que es lo que se trata de demostrar. Pero no pegue V. demasiado a los que V. llama del bando de aquí: aquellos, como son tan vanidosos, agradecen hasta a quien les pega, siempre que se les dé beligencia: éstos son más duros de pelar... Pero en fin, V. no es hombre de paz, y no he dicho nada.

En cuanto a Bilbao, ¿qué me dice usted de ese pueblo en quien yo, como V. tenía puestas mis esperanzas? Ese pueblo se está encharcando un poco: se está aburguesando: va tomando la marrullería y la burla del señorito que se encuentra bien en la vida.

Lo sensible es la timidez, la cobardía, y sobre todo cierta sensual propensión a dejar las cosas como están, a cobrar el cupón, a cobrar el interés de las acciones, a cobrar el sueldo de la oficina, a casarse bien y a oír misa.

No era ese el destino del pueblo. Lo malo es que no sale ahí gente, no rompen a escribir. Ultimamente me escribía Basterra una carta que me abrumó: venía a decir que los ensueños de poeta se acabaron, que se acabaron los versos y que ahora lo importante era vivir aburguesadamente: esto, aun dicho con blanda ironía, es cosa que entristece. En fin, allá veremos, Que cada cual trabaje como pueda.

¿Qué hay de *su libro* de V.?

Suyo siempre amigo...

J.M.^a Salaverría

n. 14
Amézaga, 184-5

19. Salaverría a Unamuno

EL PUEBLO VASCO
SAN SEBASTIAN

Marzo, 22/1908

Señor Dn. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Repartí los ejemplares, según V. me encargó: pero no he podido publicar nada sobre su libro, porque este periódico donde escribo cada día se aferra más en su conservadurismo, y su nombre de V. suena mal en los oídos bizcaitarras y religiosos. Lo he sentido mucho ¿Querrá usted disculparme, y penetrarse de las causas?...

El caso es que el otro periódico, *La Voz*, es un diario seco, y además está escrito por gente de fuera y para la política de fuera. No sé lo que hay que hacer. ¡Buena está la conciencia escrita o la portavoz de los vascos! Efectivamente, la obra intelectual y espiritual de nuestro país está por hacer: aquí se camina entre prejuicios, tradiciones cristalizadas, sombras, ignorancias y cobardías. Mucho hablar de la originalidad de la raza, del autoctonismo de la raza y de la energía de la raza, para después depender de todo lo que la resaca europea ò madrileña trae, y para no conocerse ni tener plan alguno. Lo peor del caso es, que si algún movimiento se nota, es un movimiento disparatado y más exótico que el anterior. En San Sebastián, por ejemplo, empieza a nacer el “modernismo” ¡y eso es aún peor que la literatura honrada o que la chulería de López Silva! Seguir al boulevard de París es la última de las aberraciones.

He leído el libro como si leyese una novela: me ha resultado ameno, bello, y como se trata de sus intimidades, completamente interesante.

Me llamó la atención el periódico de la Universidad, o sea su iniciación en el eustrerismo, y sus entusiasmos platónicos y sentimentales. Digo que me llamó la atención, porque el fenómeno fue en mí idéntico al de usted. Leyéndolo, recordaba yo mismo. Igual, igual... Yo llevé más adelante

mis pujos liberistas: soñé con insurreccionar al país, y al efecto afilé mi hacha vieja que había en casa. ¡Oh, qué tiempos!...

Conocí a Brossa⁴⁰ un momento: por andar yo malo del estómago tuve que dejarle. ¡Esos catalanes sí que son envidiables! Tiene fe, tienen ilusión, padecen de delirio de grandezas, y son felices: calculan que Cataluña renovará el mundo, y cada uno de ellos sospecha que él, él será el Dante moderno. Quisiera ser catalán para ser feliz.

Le manda un abrazo su cariñoso amigo

J.M.^a Salaverría

n. 15

Amézaga, 185-6

20. Salaverría a Unamuno

(San Marcial, 38)

San Sebastián, marzo, 30/1908

Señor Dn. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Lo que puede usted hacer, es enviar un ejemplar de su libro al director de *La Voz de Guipúzcoa* yo le hablaré, y hasta le daré una cuartilla, y creo no habrá inconveniente en que se publique.

Pero he observado que en las librerías (apenas puede dárseles este nombre) de aquí no está su libro: debe V., pues, encargar a Fe que lo envíen, o enviarlo usted directamente. En último caso si Fe no lo hace, mándeme una docena de ejemplares.

Esta es la obra que debería hacerse aquí: meter libros y cultura. No precisamente la cultura de fuera, por ahora, —

40. Jaime Brossa (1875-1919) periodista catalán, amigo de Unamuno, *Gran Enciclopedia Catalana* (Barcelona, 1992), 5ª ed., V, 357.

esa cultura de Sempere y de París—, sino libros y palabras de la media docena de individuos que hay en nuestro país capaces de decir cosas interesantes, y convenientes a la casta.

Hasta hoy se han contentado con la literatura honrada y con la pseudo-filología, la pseudo-etnología y pseudo-historia locales. Habría que darles manjares más fuertes, pero sin violencia de gestos y palabras. Yo opino que la violencia a lo traga-curas no conduce a nada, sino a hacer más cerrado el rebaño por el miedo y el odio; en cuanto a la violencia a lo traga-euskaros, de esto se aprovechan los de fuera que viven dentro, y es lo mismo que hacer un pan como unas hostias.

En fin, yo creo que todo se andará. El día que aquí se organizase lo que ya hay en Cataluña, es decir, un como tinglado administrativo, = periódicos, revistas, editores, librerías y una masa constante de lectores, = entonces podrían hacerse algunas cosas.

Desde luego el caciquismo plutocrático-jesuítico, ese se habría ido al cuerno.

Le abraza

J.M.^a Salaverría

n. 16

20 bis. Salaverría a Unamuno

[marzo 1908]

Mi querido Miguel de Unamuno: El artículo de “Faro”⁴¹ me ha parecido admirable. Conforme con todo él. Acepte mi enhorabuena.

Suyo

J.M.^a Salaverría

n. 23

Amézaga, 186-7

41. “El estado de la cultura”, 22 marzo 1908.

21. Salaverría a Unamuno

EL PUEBLO VASCO
Diario Independiente
San Sebastián

Octubre, 18/1908

Señor Dn. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Siento que es injusto el silencio que nos guardamos desde hace muchos meses.

Ha estado V. en Bilbao, y yo no he podido o sabido acercarme a V. Ahora que andan con eso de la beatificación de Cavia, de Ricardo de la Vega y de Azorín —¡qué tres pies para un banco!— me he percatado de que a V. nadie se le ocurre querer beatificarlo.

¿Qué hace V.? ¿Continúa esparciéndose por América? Y hasta dicen que piensa V. irse para allá.

Nada más. Me ha dado el impulso de escribirle, de pronto, y lo he hecho.

Le saluda su...

J.M.^a Salaverría

n. 17

Amézaga, 187

22. Salaverría a Unamuno

El Rector
de la
Universidad de Salamanca
Particular

Salamanca 19 - X -08

Sr. D. José M.^a Salaverría.

Mi querido amigo: La muerte de mi madre, ocurrida el 13 de agosto, me obligó a ir a Bilbao —desde Portugal, donde me hallaba— antes que esperaba. Una vez allí y des-

pachadas las cosas más urgentes, pensé ir a San Sebastián y detenerme en él de paso a Villabona⁴². Conté, pues, con haberle visto, Tenía anunciada mi visita a Arzadun. Pero las cosas se me enredaron de tal modo, y de tal modo se sujeta en Bilbao la tertulia del café García⁴³, que al fin no fui, dejándolo para otro año. Y en éste quise hacerlo, pues además estaba ahí mi primo Telesforo Aranzadi, a quien quería ver. Y es claro que una de las cosas que me llevaban era el ver a usted. He aquí porque no le escribí desde Bilbao.

¿Qué nadie quiere beatificarme? ¡Mejor! Ni lo necesito. Empiece usted porque Cavia, Azorín y Ricardo de la Vega viven en Madrid y los beatificadores les ven las caras con frecuencia. Y usted sabe aquello de «ojos que no ven, corazón que no siente». Pereda aparentó trasladarse a Madrid para que le hiciesen académico. Y yo no me traslado a Madrid en ningún sentido. Además, Cavia, Azorín, Vega, Benavente, Rueda, etc., son simpáticos y yo, afortunadamente para mi obra y no sé si para mí, soy antipático, profundamente antipático. Habré podido imponerme más o menos, pero por dentro no me tragan. Evitan mencionarme demasiado aquellos que más me deben y en quienes más he influido o más han influido ingenios extraños por mi mediación. Yo no espero simpatía mientras viva. Yo no cultivo la *piadosa* ironía, sino la insidia o el insulto impiadosos, yo no tiendo, como Benavente, un manto de compasión sobre las flaquezas de los demás. Yo he sido amargo, desabrido y duro con todos. He molestado a todos los públicos y a todos los pueblos que he visitado, y aunque a la larga digan: «tenía razón», en el fondo les soy antipático. Tener razón es lo más antipático que hay. Si no fuera porque todos nuestros paisanos saben que el vascuence tiene que morir y *debe* morir para nuestro bien, no hubiera molestado tanto lo

42. En Villabona tenía Unamuno un entusiasta admirador llamado Florencio Lasarte.

43. En él se juntaron los amigos bilbaínos de Unamuno. Juan de Arzadun era amigo de Unamuno.

que dije. Si no fuera porque los catalanes saben —y hoy lo confiesan— que son teatrales, espectaculosos y hueros, no les habría dolido el que se lo dijera. Y así de lo demás. No, amigo Salaverría, no, yo no puedo ser beatificado en vida. Ayer decía mi mujer al menor de mis hijos (tiene tres años): «angelón, te voy a poner en un altar», y contestó el chiquillo: «no, porque me caigo». No quiero altar, porque me caería. Y desde él, no puede lucharse.

Conozco, amigo, que mi sino es caminar y quedarme solo. Y ésta es mi fuerza.

No he escrito a Grandmontagne por su discurso de Valladolid porque me pareció deplorable. No se desargentiniza. Que se lo celebre Maeztu y basta. Habla con pasión — con pasión debe hablarse—, pero personal. Tiene agravios personales, se conoce, contra Barcelona.

De la de Haro me dicen fue lamentable. ¿A qué meterse a hablar de vinos a vinateros? Es lo que le pasó en Bilbao; todo lo que fue a decirles lo sabían ya. Es como cuando el buen Ramiro se admira de los conocimientos de Asquith en materias de helenismo⁴⁴ y nos cita unas cuantas cosas que pueden verse en la *Encyclopedia britannica*. ¡Pues no es poco vulgar cuanto nos dice que dijo, admirándose de ello...! Es lo que les pasa a esos autodidactas que desdeñan la educación universitaria y quieren meterse a enciclopédicos; que hacen sonreír a aquellos a quienes desdeñan. Aténganse a literatos y quedarán bien. ¡Qué mediterráneos descubren...!

No escribo mucho y lo que hago es casi todo para América. Ahora he provocado una cierta refriega en Chile⁴⁵ dejando que unos combatan y otros defiendan ciertas aserciones más referentes al castellano (la lengua) en América.

44. Alusión a Herbert Henry Asquith, por entonces Primer Ministro del partido liberal (1908-16).

45. Cfr. “El idioma nacional”, *La Nación* 1 marzo 1908; “Más sobre el idioma nacional”, *ibíd.*, 13 marzo 1908. Ambos en *Obras completas*, IV, 584-95.

Y es cierto, en los primeros meses de 1910 —año en que se celebra el aniversario de la independencia argentina— me he comprometido a ir allá.

Aquí quiero escribir poco. Tiene muchas ventajas. Se puede condensar más lo que se dice y se obtiene más efecto. El prodigarse en extensión —no en espíritu— es malo. Preparo un nuevo libro de poesías y otro sobre Portugal mientras sigo trabajando en mi *Tratado del Amor de Dios*⁴⁶.

Y nada de beatificación; no, nada de ella. Que me caigo. Aun no estoy para que me jubilen y el beatificar a uno es jubilarlo, es declararle muerto en vida. Cuando se le corona a un poeta es para decirle: «descansa, no cantes más!» cuando se le academiza a un escritor es lo mismo. Es pasarle a la escala de reserva. Y yo quiero estar en activo mientras me quede vida. Un homenaje en vida es enterrarle a uno, es decirle: «cállate!, nos estás fastidiando con el mismo estribillo de siempre; ya lo conocemos, toma esto y vete». Y no me voy. Ahora sí, voy, pero es a decir esto mismo. Pronto se pedirá un homenaje para D.^a Emilia⁴⁷ porque empiezan ya a no leerla y no vende sus libros. Odio la consagración.

Y por hoy basta.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Epistolario, 249-52

46. Así designa en estos años la obra que se titulará *Del sentimiento trágico de la vida*.

47. Dña. Emilia Pardo Bazán.

23. Salaverría a Unamuno

EL PUEBLO VASCO
SAN SEBASTIAN

Marzo, 10 [1910]

Señor Dn. Miguel de Unamuno

Querido amigo: Desde que volví a España⁴⁸, tengo diariamente el propósito de escribirle a V., y si no lo he hecho ha sido por lo de siempre: mucho trabajo.

Pensaba detenerme en Montevideo, y llegar hasta Chile, pero mi viaje fue tan temerario, que todo lo quería hacer con el escaso dinero que llevaba y la poca salud que tengo por lo regular. Estuve a las puertas de Chile, en los Andes. Me agarró el mal de *puna*, y me asustó lo caro de aquella excursión, y me volví a Buenos Aires.

He visto lo que he podido y hasta donde me ha alcanzado mi resistencia de hombre sedentario. A pesar de que, en el fondo, quién sabe si hay en mí un hombre errabundo y de acción.

Aquel es un ambiente especial, que repugna al principio por lo hueco y sin sentido, pero que últimamente acaba por conquistarle a uno. Es un país alegre, porque no hay miseria, y esto, para los que padecemos el mal español y el mal vasco, es como un refrigerante. Luego, las cosas del espíritu se tratan allí a la manera platónica o esportiva; no existe el fanatismo, y esto también es un refrigerante.

Pero estamos pervertidos por la sarna europea, y al fin aquello no basta. Además, el sentirse extranjero en un país que habla castellano, produce una inquietud intelectual. De todos modos, el viajar, el trajín de aquel mundo juvenilmente materialista, le da al ánimo yo no sé que ilusión de vida amplia e inconsciente... Si no aspirase uno a algo hondo y duradero, aquel país sería admirable. Pero a la larga, tiene que cansar, porque todo aquello es demasiado simple y no puede tener resonancia nada de lo que allí se haga.

48. Salaverría volvió a España el 26 de enero de 1910.

Para de paso y por temporada más o menos largas, ya es otra cosa. Quién sabe si volveré.

Allí he oído hablar de V. como es natural. Lo mismo que aquí, unos le tratan bien y otros mal. La colonia española y la vasca se preocupan de V.

Allí no conocen a España, ni los criollos ni los españoles. Sólo entienden de las glorias sancionadas, Benlliure, Sorolla, Benavente, Blasco, Galdós: la España reciente y de valer la ignoran. Hay que ir hecho, porque ellos no saben hacer, así como necesitan que se les envíe hecha la industria, los sombreros, los cafés y los tranvías. Yo tuve la suerte de caer bien, y hasta tuve un período de expectación, que no supe aprovechar por no ser andaluz o levantino. Pero imprimí alguna huella. No me hago ilusiones. Aquel es un país admirativo que quiere que lo aturdan con cosas hechas y ya gloriosas.

Al volver a España, me entró un ímpetu de contrariedad: todo estaba igual, todo malo, ruin, pobre, tacaño, envidioso, miserable. Este es un ambiente de piedra: se siente uno abrumado de desesperanza por la conciencia de que nunca se podrá levantar ese bloque pétreo que cae sobre la propia personalidad. Se ahoga uno. ¡Y no hay remedio! El pedante de Maeztu me recibió con una impertinencia de las suyas; le dije algunas borricadas, y quedamos en paz.

Ahora trabajo en un libro sobre la Argentina⁴⁹ no se parecerá al de Blasco, ese grosero, que ha dejado allí un rastro de malísima fama. A cualquier cosa llamamos en España un literato. Blasco no es literato, sino un hombre fuerte y activo, un huertano, que hace novelas como podía hacer acequias.

He estado incomunicado cinco meses, y no sé nada de V.
Reciba el saludo de su amigo y adicto

J.M.^a Salaverría

n. 24

Amézaga, 188-9

49. *Tierra argentina*, editado en 1910.

24. Salaverría a Unamuno

Grand Hotel de la Poste
Station invernale
Pau (Basses-Pyrénées)

Mayo, 6, [1910]

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Me acuerdo que una vez me dijo V. en Bilbao: “V. debiera casarse y aprender el inglés”. Este idioma será difícil que lo aprenda, porque se me resisten los idiomas y me falta tiempo para dedicarles la atención de estudiante que exigen; en cambio, aunque el casarse ofrece algunas dificultades, parece que será más fácil de llevar a cabo. Ello es que yo me casé el lunes 16, y he venido a Francia a errar 12 ó 15 días por estas ciudades tan amenas⁵⁰.

Decía Cánovas que los franceses son unos españoles con dinero; parece que la diferencia es mucho más radical.

Viviendo, aunque someramente en Francia, sobre todo en sus provincias, se comprende que éste es un país tan hecho, tan acabado, que ya no queda aquí nada que hacer de índole trascendental. Este país, de tan viejo y civilizado, es como los higos maduros: se caen de dulces. Todos viven bien, todos son prudentes, inteligentes, humanos, galantes; han llegado al fin de las cosas, y las mayores reformas sociales se verificarán aquí regular y suavemente.

Mientras que España se ofrece como un ... como cualquiera cosa verde, pétrea, ruda, rudimentaria y amorfa. A pesar de cuanto usted me diga acerca de Castilla, yo opino que eso es casi irredimible.

Ultimamente, y en varios artículos, le he citado a usted. No quisiera que las referencias que yo haga de sus opiniones de V. las tomase como deseo hostil, sino muy al

50. Se casó en Santa María, de San Sebastián, el 16 de mayo de 1910, con Amalia Galarraga, de Placencia de las Armas. Esto obliga a rectificar la fecha de esta carta, Amézaga la data en 1934.

Al mi querido amigo y maestro
Miguel de Unamuno,
cordialmente

José M.^a Salaverría

Mayo 1910



TIERRA ARGENTINA



contrario. En este pantano de aguas muertas, sucias e indecentes, que forman la política y la intelectualidad española es necesario volver los ojos con afecto intelectual —y en el caso de mí a V. cordial además— hacia un corto número de personas.

Sé que ha publicado usted un libro, “Mi religión”⁵¹, del que no tengo noticias ciertas. Yo he editado mis impresiones sobre la Argentina, y debe usted haber recibido ya un volumen. Si le es fácil referirse a él en “La Nación” se lo agradeceré mucho.

Perdone lo breve de esta carta escrita a lo largo del camino. Pronto volveré a mi casa y tendré más espacio para todo.

Un abrazo, y la adhesión de su amigo.

J.M.^a Salaverría

n. 18
Amézag, 190-1

25. Unamuno a Salaverría

Salamanca, 28 - V - 10

Sr. D. José M.^a Salaverría

Mi más cordial, mi más cumplida, mi más sincera enhorabuena, querido amigo. Pero no por su libro sobre la Argentina, sino por su casamiento. Y que encuentre usted en éste la paz, el contento y el ánimo que yo en el mío he encontrado. No le deseo más.

51. Son 23 escritos, de 1904 a 1909, publicados en *La Nación* y en *Los Lunes del imparcial. Obras completas, III*, 259-367.

Por su último libro, no, por ese no es ya tan efusiva mi enhorabuena⁵². Esperaba más de usted. Casi todo lo que usted dice podía haberlo yo dicho sin haber estado allá. Apenas añade nada a lo que ya sabemos; yo por lo menos. Francamente, no me satisface. Y no me satisface, aunque corrobora todo lo que pienso de la Argentina, y que me la hace, en el fondo, tan antipática. El optimismo me carga, me carga la vanidad de *parvenus*, la parada, la superficialidad, y me carga sobre todo la riqueza. Viviría mejor en Colombia —¡qué tierra tan simpática!— que en esa petulante y huera Argentina. Huera, como Lugones. Pero señor, ¿quiere usted decirme qué ven ustedes en ese descoyuntador de frases y rebuscador de novedades? Rojas no es otra cosa. Pero en el fondo todos alcanescos, todos altamirescos. Ramos Mejía... Uf! Ingenieros... Uf!, uf!, uf! No conozco sino un hombre sólido de veras y él uruguayo. No Rodó, no! Rodó es artificial y rebuscado. Es Vaz Ferreira. Lo demás todo improvisado, todo sin base, todo alcanesco. Alvarado, el que acompañó a Altamira en su viaje, viene mucho más impresionado de Méjico que de la Argentina. Lo creo⁵³.

Me dice usted que Francia es un país tan hecho que no queda nada por hacer. Sí, queda una cosa y es deshacer. Añade usted que todos son prudentes, inteligentes, humanos, galantes. No, son egoístas. Prefiero la coz del inquisidor. Son egoístas, fríos, avaros, vanidosos, desdeñosos. Aman la vida y basta.

Sí, tiene usted razón, Castilla es irredimible, pero es porque no necesita redención. Está redimida. Usted, permí-

52. *Tierra argentina* (1910).

53. Leopoldo Lugones, escritor argentino (1874-1938). Ricardo Rojas, escritor y poeta argentino (1882-1957). Francisco Ramos Mejía y su hermano José M^a, sociólogos. José Ingenieros (1877-1925), ensayista argentino, amigo de Lugones. José Enrique Rodó (1871-1917) escritor uruguayo. Carlos Vaz Ferreira, pedagogo uruguayo (1871-1917). Rafael Altamira, jurista, historiador y pedagogo, (1866-1951), iniciador desde la Universidad de Oviedo del movimiento de extensión universitaria.

tame que se lo diga, no la conoce. No ha vivido en ella; no ha respirado este profundo, fuerte y sano desdén a la civilización. El progreso pasa y esto queda.

Castilla no es la política ni la literatura; es otra cosa. Me encanta su pobreza, y ¿qué más?, hasta su roña. Roña que por otra parte se exagera.

Pero lo peor de todo son esos cochinos europeizantes, que quieren darnos traducidos. Altamira ha engañado a los americanos presentándoles una España que no existe, porque no son sino cuatro gatos. Es decir, ha querido engañarles. La Universidad de Oviedo (un timo) no es España, la Institución Libre no es España. Frente a Europa debemos afirmar lo nuestro. Y el tiempo dirá.

Ese libro *Mi religión y otros ensayos* es una colección de artículos que publiqué en *La Nación* y en *El Imparcial* y que una casa editora me compró. Económicamente no es mío. Lo vendí y asunto concluido. De la docena de ejemplares que me han dado —no he querido más— le enviaré uno.

Aunque su libro sobre la Argentina no me satisface, como le digo, como corrobora mis ideas sobre aquello —aquello sí que es amorfo!— lo he de aprovechar para mis correspondencias a *La Nación*. Se lo cimbelearé a usted sin tener que falsificar mi pensamiento. Creo un deber el de la ayuda mutua. Así, dicho en plata y sin hipocresía.

¿Qué hace Grandmontagne? Hace tiempo que no sé de él. Le supongo enervado por las delicias de Capua.

El que anda fuera de juicio Maeztu. ¡Qué cosas escribe, Dios mío!, ¡qué tonterías! Resulta divertidísimo metido a helenizante y definidor filósofo quien supongo no sabe griego ni tiene cultura filosófica, ¡Qué pedantería!

Basta.

Que sean ustedes felices.

Le abraza su amigo

Miguel de Unamuno

26. Salaverría a Unamuno

Buenos Aires, junio 15 [de 1911]⁵⁴

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Recibí la visita del joven Egido y el saludo que me enviaba usted con él. Parece un muchacho fuerte y voluntarioso, y no es raro que pueda bandearse por ahí, o quizá se canse pronto de esta lucha difícil, con apariencia de fácil, que priva aquí. Es temible ver cómo se desarraiga tanta gente española, bien dotada, pero pésimamente educada para la vida. He ahí un muchacho en su plenitud, gordo y despierto, que aun no sabe cómo se ha de arreglar el individuo para ganarse la vida, elemental misión de toda persona que nace. Me da España la sensación de un pueblo que vive en Babia. Y no obstante, cuánto picarismo, cuánto escepticismo y cuánta sordidez.

Yo ando por aquí muy ocupado, metido en una ola que me aturde. Ya veré cuando salgo de ella, y cómo. Para mí esto último suele ser fácil.

Pero en contarle mis andanzas y opiniones emplearía mucho tiempo.

¿Y ustedes, qué hacen?, ¿qué vida es la suya? Claro es que sigo a V. en aquellos lugares que llegan a mi conocimiento, o sea, en la prensa de aquí y en los *Lunes*⁵⁵.

Tengo una niña que se agarra fuertemente a la vida y una esposa incomparable. Trabajo y espero.

Siempre su cariñoso amigo.

n. 25

Amézaga, 187-8

54. Amézaga data esta carta en 1909. Como habla el final de misma de una niña-hija, hay que datarla en 1911-3. Salaverría se casó en San Sebastián el 16 de mayo de 1910 y embarcó de nuevo para Argentina el 1 de enero de 1911, instalándose definitivamente en Buenos Aires (1912-3)

55. *Los Lunes de El Imparcial*.

27. Unamuno a Salaverría

El Rector
de la

Universidad de Salamanca
Particular

[Salamanca] 14 - I - 13

Sr. D. José M.^a Salaverría

Al salir de las vacaciones de navidad y entrar en este nuevo año se me ocurre escribirle, mi querido amigo. En su última carta, del 15 de junio pasado que qué (*sic*) es lo que hago y cuál es mi vida. Lo que hago en gran parte lo ve usted. Pero lo más que el pasado año hice fueron mis doce ensayos «Del sentimiento trágico de la vida» publicados en *La España Moderna*, que me los están traduciendo al italiano y que aparecerán luego aquí en volumen (en la Bibl. Renacimiento). Es con mucho lo más sustancial y fundamental que he escrito, sin excluir mi comentario al *Quijote*. Y lo dí a *La España Moderna* por más seria y para que sólo circulase entre cierto público. Y aparte eso me he metido, ayudado por Tomás Elorrieta, un bermeano⁵⁶, catedrático aquí de Derecho Político, en una campaña de agitación agraria contra los grandes latifundiosos despobladores: Predicamos por villas y lugares. Pronto iremos a Palencia. A donde no he ido va hacer pronto tres años es a Madrid. Y gracias a eso, a andar por villas, lugarejos y aldeas me voy enamorando cada vez más de esta España seria, recia, sufrida y callada y mucho más trabajadora que se cree (*sic*). Lo del picarismo es una leyenda de Madrid y sus sucursales... Lo peor que hay por aquí son los que se han asomado a Europa. La política dormida, pero la prosperidad del país en alza. En Cataluña hace más de treinta años no se vendía

56. Tomás Elorrieta, nacido en Bermeo, Vizcaya (1883), alumno, de la Universidad de Oñate y de la Central, se doctoró en París, Catedrático de la Universidad de Salamanca, autor de una obra de *Derecho político* (1927).

tanto. Tarragona, que de 28.000 habitantes bajó (a) menos de 20.000 con la filoxera, ha rebasado los 28.000 con la repoblación de la vid.

Esta ciudad en que vivo aumenta de población y cada año se funda un nuevo molino harinero o algo así. Lo único que desentona es lo agrario. Pero de mal mismo saldrá el remedio.

De mi ida a esa cada vez me siento más frío. Me da horror leer los libros y periódicos que de ahí recibo y oír a los que de ahí vienen. Y cuanto más me alaban eso, más lo detesto. Usted mismo, en lo que dice de eso, me ha corroborado en mi aversión. Yo ahí me ahogaría. Echaría de menos una rancia sopa de ajos con guindilla en una venta castellana. Mascaría la memez ambiente. Aquí está ahora un hombre observador —no obrero manual— que ha estado ahí, frecuentando la sociedad que pasa por culta, y me da la razón. Y el ave de presa caza-pesos me es repulsiva siempre. Aborrezco a los llamados profesores de energía. Acabaré viviendo entre unas ruinas del siglo XIII. Y no por tristeza ni vencimiento, sino por horror a la agitación en el vacío. (Nunca, además, ni aun de joven, me entusiasmó la Juventud ¡¡¡figúrese ahora, a los cuarenta y ocho!).

Celebro mucho que esté tan contento de su mujer y que su hija se agarre a la vida. Mis ocho hijos también se agarran a ella. «Trabajo y espero» me dice usted. Por mi parte, trabajo también y en cuanto a esperar... *that is the question!* No doy valor a más esperanza que a la de más allá de la tumba. Y en cuanto a ésta...

Le abraza su amigo

Miguel de Unamuno

Epistolario, pp. 311-2

28. Unamuno a Salaverría

Salamanca, 2-II-21

Sr. D. José M.^a Salaverría

Recibo, mi antiguo amigo, su libro *Santa Teresa de Jesús*⁵⁷ con una dedicatoria escueta y sobria, que es lo noble. Entiendo que ello significa la satisfacción de aquellas breves y sencillas palabras sobre nuestro querido Leopoldo⁵⁸, que a poco de dejarle en su última morada me dirigió usted la última vez que nos vimos y hablamos. Nuestro Leopoldo, alma nobilísima, nació para unir y no para separar a los hombres de buena voluntad y no sabe bien lo que de usted me decía en aquellos días aciagos de la Guerra en que nuestra guerra civil nos separó. Desde entonces he estado acechando una ocasión de reanudar con usted una amistad ya antigua y usted mismo me la ofrece ahora. Y no quiero decirle más, pues hay cosas, o que se dicen de palabra, cara a cara y mirándose a los ojos, o se callan.

Por mi parte le envió mi poema. *El Cristo de Velázquez* y mis *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, aunque no sé si he de persistir en poesías, en novelas o en hacer artículos. El estado actual de mi espíritu, nada tranquilo, y la irritabilidad que me produce el aislamiento, cada día mayor, en que vivo, me impiden extenderme más. Temo molestar a usted, como a otros he molestado, con desahogos que en rigor no le conciernen. Por esto mismo no le digo nada de América, de aquella América a la que tan a menudo hablamos los dos, en la que con frecuencia se ven nuestros dos nombres vascos unidos en la misma publicación, a la que usted ha visitado más de una vez y a la que temo no poder ya visitar —y lo deseo tanto!— ya que acaba de cerrarse

57. Publicado en 1920.

58. Leopoldo Gutiérrez Abascal. Cfr. Carta siguiente. *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920), en *Obras completas, II* (Madrid, 1967), 969-1036; *El Cristo de Velázquez* (1920), *Obras completas, VI* (Madrid 1969) 417-93.

la posibilidad de ir a ella como no sea renunciando mi cátedra. Pero veo que resbalo.

Le tiende, como antaño, su mano de amigo, y con efusión,

Miguel de Unamuno

Epistolario II, p. 102

29. Salaverría a Unamuno

Madrid, 16 febrero, 1921

Hermosilla, 32

Señor, Dn. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Al evocar la memoria de Leopoldo, el Leopoldo que se iba para siempre, conseguí V. conmoverme hasta lo más íntimo⁵⁹. Era, en efecto, de los destinados a unir; él nos juntó hace ya muchos años, y él insiste ahora en que no vivamos más tiempo desunidos.

Después de esto, que es lo que vale, porque significa como una purificación del espíritu, poco tendré que decirle. Estoy pasando una larga crisis del estómago, con dolores y tristezas insoportables, y el acto de escribir me resulta muy penoso. Fui a América para curar el “mal de la guerra”, — esa exaltación de cinco años que terminó en un gran abatimiento. Ha sido un viaje entretenido, pues tengo allá seis cuñados y muchos amigos. Pero el cambio brusco de estación me ha causado a la vuelta esta crisis de la que no logro reponerme con facilidad.

59. Leopoldo Gutiérrez Abascal. A su muerte escribió una sentida Necrológica en la revista *Hermes*, hoy incorporada a sus *Obras completas*, VIII, 558-60.

En la Argentina tiene V. un público enorme, más que ningún otro entre los que escriben para aquel país. Su ida sería para V. un acontecimiento. Y si concertase con alguien entendido en esas cosas una serie de conferencias, creo que hasta sería para V. un importante negocio. Siempre que desee V. datos a ese respecto, y mi colaboración modesta, me tendrá a su disposición.

Espero sus libros, que me anuncia. Yo le enviaré uno que el verano anterior hice sobre motivos vascongados.

Y hasta siempre. Un apretón de manos de su amigo

J.M.^a Salaverría

n. 19

Amézaga, 189-90

30. Salaverría a Unamuno

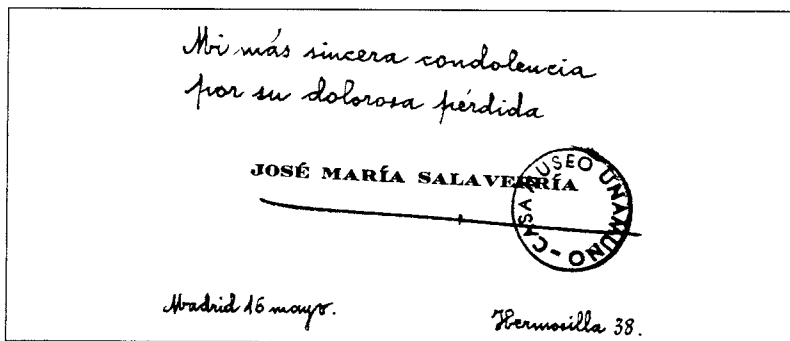
[Madrid 16 mayo 1934]

Mi más sincera condolencia por su dolorosa pérdida⁶⁰

JOSE MARIA SALAVERRIA.

Madrid, 16 de Mayo [1934] Hermosilla, 38.

n. 20



60. Alude a la muerte de la esposa de Unamuno, Dña. Concha Lizarraga.

31. Unamuno a Salaverría

Salamanca, 18-V-34

Sr. D. José M.^a Salaverría
Madrid

Al empezar, amigo mío, a contestar —a la mayor parte de ellos con simples tarjetas— a cuantos —y han sido muchos más de los que yo había esperado— me han atestiguado su condolencia por mi reciente desgracia, la mayor que he sufrido en mi vida, aparto la suya para contestarla de otro modo. Y es innecesario que le explique porqué. Usted es lo bastante sagaz para comprenderlo así, como cuán al alma me ha llegado su manifestación. Nos hablamos, bien que escasísimas palabras, en ocasión de acompañar juntos a su último descanso a nuestro común amigo el bonísimo Leopoldo Gutiérrez; usted lo recordará. Fue en otra muerte. Después si nos hemos vuelto a cruzar y ver, ni siquiera nos hemos saludado. Y por lo que a mí hace, ni he aludido a usted, ni directa ni indirectamente, en ningún acto público ni en ninguno de mis escritos. En privado hablé de usted con nuestro amigo Juan Echevarría⁶¹, otro de nuestros muertos y nobles amigos. Y ahora tengo que decirle por la memoria de mi santa mujer⁶², cuya vida ha sido para mí una lección de generosa serenidad, que en mí, mi querido amigo, ha tenido usted siempre y seguirá teniendo un amigo fidelísimo sea lo que quiera que parezca —parezca no más— separarnos. Le tiende una mano estremecida de viejos recuerdos su antiguo y siempre amigo

Miguel de Unamuno

Epistolario II, 319

61. Juan Echevarría, pintor bilbaíno amigo de Unamuno, que le hizo cuatro retratos y al que Unamuno llamaba “mi pintor”. Murió en 1931.

62. Doña Concha Lizarraga acababa de fallecer.

32. Salaverría a Unamuno

Madrid, 22 mayo 1934⁶³

Señor Dn. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Porque sabía todo lo inmenso de su pena, le escribí, y no lo hice más extensamente por pudor. Sabía todo lo que significaba en usted, en su vida, su compañera, porque sé lo que es una compañera.

Tampoco olvido que Juan de Echeverría me confió el interés que usted mostró cuando estuve operado y a punto de morir en Buenos Aires. No he logrado aprender a separar las ideas del sentimiento, o sea de la pasión; somos de la misma casta y no necesitamos hablar mucho para entendernos. Pero debe de haber dobles fondos en la misma pasión; quiero decirle que a pesar de cuanto de apasionado haya podido interponerse entre yo y usted, llega el instante, y resulta que siento el dolor de usted en plena alma, como si nunca hubiese cesado de ser profundamente su amigo.

Escucho y acepto este latido de la intimidad.

Lo apruebo sin reservas. Me entrego a él, y le envío de corazón un fuerte apretón de manos, Suyos siempre...

J.M.^a Salaverría

n. 21

Amézaga, 191-2

63. Amézaga data erróneamente esta carta del 5 de mayo.



Madrid 22 mayo 1934
Hermosilla 38

Dr. Dr. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Porque sabía todo lo inmenso de su pena, le escribí, y no lo hice más extensamente por pudor. Sabía todo lo que significaba en usted, en su vida, su compañera, porque sé lo que es una compañera. Tampoco olvido que Juan de Bchevarría me confió el interés que usted mostró cuando estuve operado y a punto de morir en Buenos Aires. No he logrado aprender a separar las ideas del sentimiento, o sea de la pasión; somos de la misma casta y no necesitamos hablar mucho para entendernos. Pero debe de haber dobles fondos en la misma pasión; quiero decirle que a pesar de cuanto de apasionado haya podido interponerse entre yo y usted, llega el instante, y resulta que siento el dolor de usted en plena alma, como si nunca hubiere cesado de ser profundamente su amigo.

Escucho y acepto este latido de la intimidad. Lo apruebo sin reservas. Me entrego a él, y le envío de corazón un fuerte apretón de manos. Guiso siempre

José M. Salaverría

33. Unamuno a Salaverría

Salamanca 12-VII-34

Sr. D. José M.^a Salaverría

Ahí van, mi siempre querido amigo, estos libros. Y no he de aclarar aquí —para qué, si todo ello pasó ya?— lo que en la dedicatoria del *San Manuel Bueno* digo.

He recibido su *Vida de Martín Fierro*⁶⁴ que leeré con el interés que me merece Martín Fierro y que me merece usted. De Martín Fierro escribí bastante hace años, acaso el primero en España, o por lo menos cuando aquí apenas se le conocía⁶⁵. Y he de volver a ello. Aunque no sé como ni cuando. Y lo de usted me ayudará.

Ahora preparo mis conferencias en la Universidad de verano de Santander al derredor de la leyenda donjuanesca.

Un abrazo de

Miguel de Unamuno

Epistolario II, p. 324

34. Salaverría a Unamuno

Madrid, 24, mayo, 1935

Señor Dn. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Acabo de regresar de un viaje por Escandinavia, donde he dado conferencias en las sociedades hispánicas de Copenhague, Aarhus, Estocolmo y Oslo. Expedición de incorregible viajero, cuyas molestias físicas y modestia económica van compensadas por la satisfacción

64. Madrid 1934.

65. "El gaucho Martín Fierro". Poema popular gauchero de Don José Hernández (Argentino), publicado en *Revista española*, 1, n. 1 (Madrid, 5 marzo 1894) pp. 5-22 y ahora en *Obras completas* IV, 709-19.

de una antigua curiosidad. En alguna de las conferencias he hablado de Vd., créame que con sincero elogio.

Pero sacrifico el deseo de tratar de muchas cosas a la necesidad de atender un asunto inmediato. Me escribe el director de "Caras y Caretas" diciéndome que ha solicitado la colaboración literaria de Vd.⁶⁶, y que Vd. se digna aceptarla. Me pide el director que yo me dirija a Vd. para cerrar el trato de dicha colaboración, que consistiría en un artículo mensual a cien pesos argentinos. Con verdadero placer me encargo de la comisión de intermediario, y este placer será completo si Vd. puede contestarme en sentido favorable, para inmediatamente enviarle yo a la revista la amable aceptación de Vd.

Espero que podamos vernos y escribirnos más extensa y confidencialmente. Por el momento, un cariñoso apretón de manos de su viejo y bien devoto amigo.

J.M.^a Salaverría

n. 22

Amézaga, 192

66. "Saludo a mi antiguo público", *Caras y Caretas*, 19.6.35.

APENDICES

I

Libros de Salaverría en la biblioteca de Unamuno

De la amplia producción literaria de Salaverría, encontramos en la biblioteca que actualmente se conserva en la Casa-Museo Unamuno, de Salamanca, los siguientes libros:

n.º 3348. *Vieja España*. Prólogo de Benito Pérez Galdós. (Madrid, 1907).

A Miguel de Unamuno
José M.^a Salaverría

n.º 655. *Nicéforo el bueno* (Madrid, 1909).

A Miguel de Unamuno
como adhesión y cariño
J. M.^a Salaverría

n.º 2430. *Tierra argentina* (Madrid, 1910).

A mi querido amigo y maestro
Miguel de Unamuno
cordialmente
J. M.^a Salaverría

n.º 3433. *Cuadros europeos* (Madrid, 1916).

Al ilustre Miguel de Unamuno
recuerdo de
J. M.^a Salaverría

Madrid mayo 1916

No están *Retratos* (1926), *Loyola* (1929), *Las sombras de Loyola* (1)

II

Amores vascos

Por Ramiro de Maeztu

Pesaba sobre el país vascongado una terrible acusación: la formulada por Blasco Ibáñez en su última novela cuando asegura que los vascongados desconocemos el amor. Y es justo reconocer que Blasco ha podido escribir sinceramente su afirmación extra-

ordinaria. Quien nos visite a la ligera y de soslayo es muy posible que no llegue a percatarse de la existencia del amor en tierra vasca. ¡Son tan formales nuestros paseos! ¡Tan púdicas nuestras mujeres! ¡Y hablan en voz tan baja nuestros enamorados!

En esta tierra de montaña y de niebla todo se oculta entre lejanías y repliegues. Muy pocos vascos se atreverían a repetir la frase del escritor que dijo: «He hecho contigo, amada mía, de España entera mi cámara nupcial». En esta frase hay algo de las llanuras castellanas en que hasta los campanarios más remotos recortan su silueta cual claro horizonte. Parajes hay en esta tierra desde los cuales solo se columbran los picos más altos de los montes, cercados por inmensa soledad. ¿Se atrevería nadie a negar la existencia de nuestros valles fértiles y de nuestras villas populosas? Pues del mismo modo que los valles y las villas, así el amor se esconde en tierras vascongadas al que nos mire panorámicamente. Pero, ¿cómo no ha de existir? ¿Hablan acaso de otra cosa los zortzikos al que sabe escucharlos? El amor es pasión. Esta tierra es testigo de las luchas más apasionadas de España. Todo es aquí pasión; en la política, en la religión, en los negocios, en las ideas, en el arte. ¿Ibamos a reconocer todas las pasiones menos la del amor?

Yo temo por el contrario, que amemos demasiado, que amemos a la mujer con intensidad única, porque de toda Europa, solo creo al país vasco con la virginidad espiritual que requieren los amores intensos. —Y si al cabo de varios siglos ocurriese que los de este país no habrían realizado en la historia del mundo todo lo que hoy podemos prometernos, por ser los últimos llegados a los refinamientos de la vida civilizada, porque nacemos cuando otros pueblos mueren, me siento tentado a atribuir la contingencia de este fracaso precisamente a la intensidad de ese amor cuya existencia niega Blasco Ibáñez.

No se ve aquí el amor, pero se siente donde quiera. Lo revela una mirada, un sobre, cualquier cosa. Es un segundo. Si miráis entonces con fijeza se os ruborizará el muchacho o la muchacha objeto de vuestra curiosidad y todo volverá inmediatamente a su habitual indiferencia. Tal vez de noche hallaréis a un joven al pie de algún balcón, pero esto no es probable. Tal vez le sorprendáis en alguna oficina escribiendo en menudos papeles colocados sobre los libros de comercio abiertos grandemente, tal vez no le comprendáis nunca, ni os hable jamás, hasta que un día le veáis acompañar en el paseo a una muchacha y entonces se os dirá que el matrimonio se verifica dentro de ocho días. Pero vosotros, que estáis en el secreto, sabéis que la pasión tiene ya historia. Y entonces, si estimáis al novio, porque se trata de un muchacho que promete, símbolo vivo de su país vascongado, una nube de melancolía cruzará vuestro espíritu.

Porque si se trata de algún muchacho que promete, de seguro es ambicioso hasta el delirio. Nuestra máscara recogida y humilde no es lo bastante espesa para que el buen psicólogo no nos descubra la ambición. «¿Por qué ha aprendido usted tantas cosas?» –preguntaban a Renan. «Porque mis padres, que eran pescadores en Bretaña, no sabían nada», contestaba el orientalista. Durante siglos y más siglos se habían resignado nuestros mayores a sus caseríos, sin que sus andanzas por el mundo como guerreros o como religiosos les indujeran a reformar la casa solariega. Pero he aquí que la vida de los negocios, de la elegancia y de las artes se nos ha entrado por puertas y ventanas. Y como fuimos dominadores con la cruz y con la espada, así queremos serlo en esta nueva manera de vivir.

Llegamos a estas luchas modernas con toda la energía acumulada por nuestros abuelos en su vida de campo, el acumulador supremo de las energías de una raza. Y en este brusco tránsito de la solitaria existencia labradiega a la vida mundial de relación intensa, nos acomete la ambición con la violencia de un viento de locura. Hay algo de locura en todas las cabezas de vascongados jóvenes: si se dedican a los negocios ponen los ojos en los reyes norteamericanos del acero o del petróleo; si a las letras, miden las fuerzas de Cervantes o de Shakespeare; si a la religión, recuerdan la obra de los grandes propagandistas; si a la vida de sociedad y de elegancia, toman como modelo al que fué príncipe de Gales y es hoy Rey de Inglaterra; si a la música o a las artes plásticas, procuran elevarse a la altura de los más altos entre los más altos.

¿Y por qué no han de realizar muchos de sus ensueños? ¿Qué inconvenientes hay para ello? ¿No son recios, no son firmes, no son enérgicos, no son inteligentes? ¿No se han educado durante su niñez y adolescencia en ese rígido ascetismo de las viejas familias vascongadas, en ese rígido ascetismo que tiende el arco de la voluntad hasta la máxima tensión? Abrigo el convencimiento de que muchos de nuestros muchachos de veinte años son tales como no puede presentarlos país alguno. ¿Por qué no ha de estarles reservada la misión de conquistar el mundo? Pero a esa edad aparece el amor. Una muchacha se nos cruza en el camino: es como las otras, igual que las otras... pero nosotros la juzgamos única. Y es porque no conocemos otras, porque no tratamos a otras, por lo mismo que es ascética nuestra vida familiar y social. ¿De qué nace el amor sino de la virtud? ¿Quiénes se enamoran sino los virtuosos?

Es igual que las otras, pero sus ojos nos dicen cosas que nos parecen nuevas. Cuando hablamos con ella, si llegamos a hablar, conversamos acerca del tiempo, del gato, del jardín, de los árboles y de nuestros conocidos y parientes. Y estos asuntos nos parecen nuevos.

... Y después nos preguntamos mutuamente, si nos queremos. Y nos parece que ese cariño tiene gran importancia. Y reímos sin motivo y nos entristecemos sin motivo, y cuando alguien se burla de nosotros, nos irritamos, y cuando nos reprende, rompemos a llorar. E imaginamos que esa mujer nos es precisa porque sus ojos nos prometen la felicidad. Y al fin nos unimos indisolublemente a esa mujer, porque toda la ambición y toda la energía la concentramos en su posesión.

Ya estamos unidos. Y pasa un año. Ya nace el primer hijo. Y con él los cuidados, la inquietud, las preocupaciones económicas. Y ahora, lectores, mirad en torno vuestro. Ese joven vecino, que se casó hace un año, es negociante. ¿Dónde está la firmeza de visión, la seguridad gimnástica de sus operaciones? Ya no se atreve a arriesgarse en aventuras, prefiere lo malo conocido a lo bueno por conocer, se ha hecho tímido; sus ojos han perdido la mayor parte de su fuego. Le veáis en camino de manejar millones y ahora se dedica a ahorrar ochavos. ¿Por qué?...

Este otro vecino, también casado, es escritor. Cuando soltero conservaba feroz independencia. Todo lo arrollaba, con tal de escribir una página sincera, atrevida y feliz. ¿Por qué ha perdido su osadía? Ya carece su prosa de aquel ímpetu que la hacía atractiva. Ya no veis en su espíritu la transparencia del agua cristalina de los torrentes. Ahora vacila, calla, procura hacerse amigos, alaba lo que antes censuraba, transije, se mundaniza... ¿Por qué?

Y ocurre otro tanto a todos esos jóvenes vascos que prematuramente se unieron a una mujer. Antes de su enamoramiento parecían destinados a las grandes alturas. ¿Por qué se han detenido en su carrera? ¿Por qué se ha destemplado el acero de su alma? ¿Qué grilletes les sujetan las manos y los pies? ¿Qué peso les abruma? ¿Qué tribunal inexorable les condena al hastío de una existencia gris, sin altibajos, sin horizonte, sin esperanza?... ¿Por qué se les ha caído miserablemente del arco aquella flecha que apuntaba al cielo?

...Pero estas cosas no se pueden decir a los enamorados. O se irritan o se echan a llorar. Además, estas cosas no se deben decir a la mayoría de los enamorados. Porque la vida de familia es el destino natural de los más. Pero cuando advierto que las almas vigorosas, las que más prometen, sucumben arrodilladas a los pies de una mujer, de tal manera que la suprema pasión del amor les ocasiona indefectiblemente el supremo desengaño de una vida monótona, echo de menos el tiempo viejo, cuando la religión y las armas preservaban a los espíritus mejor templados de estas caídas vulgares.

Dicen que no hay amor en el país vasco. ¡Ojalá no lo hubiera! Aun sin el amor, tal como lo entienden los poetas, que no es necesario para la felicidad doméstica, perpetuarían nuestra raza

los espíritus normales. Y entonces los otros, los escogidos, elevarían el país a las cimas de la ciencia, del arte y de la riqueza, naturalmente destinadas a la energía vasca.

El Pueblo Vasco, 27-8-1904

III

Don Quijote y Sancho. A propósito de un libro nuevo

Por José M.^a Salaverría

El libro de Unamuno que acaba de publicarse se titula, «Vida de Don Quijote y Sancho».

Efectivamente, este libro no es otra cosa que el comentario de los dos grandes héroes, representativos del pueblo español. A diferencia de los que comentan el libro de Cervantes en su totalidad, como obra literaria, Unamuno prefiere comentar la vida de los dos héroes aisladamente, ahondando en la psicología de sus almas y de sus acciones.

Sigue paso a paso, párrafo tras párrafo, la obra del «Quijote»: mejor dicho, sigue la ruta de Don Quijote, como si fuera ser real, positivo. Porque ya en otra ocasión advertimos nosotros que Don Quijote no es una *obra* aparente, sino un ser que vive, dotado de perfecta personalidad; que es de carne y de espíritu como nosotros mismos; por lo que aparece Cervantes como la cúspide del genio creador. Unamuno está convencido de la realidad de Don Quijote, y sigue los menores pasos del héroe, y desentraña con una minuciosidad imponderable todo el sentido simbólico, puramente simbólico y de aplicación a nuestra vida espiritual, que rebosa de las palabras y actos del caballero insigne.

De este escrutinio de los actos y palabras del héroe va saliendo la filosofía del autor. En esta obra ha puesto Unamuno su interpretación de la vida, sus juicios de hechos humanos, sus teorías todas. Lo fundamental de estas teorías y lo fundamental del libro, es el triunfo de la idea sobre lo pasajero y aparente: todo el libro está henchido de una fuerte ponderación de ideal. El idealismo agudo y ardiente de Unamuno coge el más grande idealista del mundo, que es Don Quijote, y lo ensalza con palabras de profunda unción: tal es la palabra exacta, *unción*.

Esta unción en el comentario hace aparecer el nuevo libro como un libro místico. Sus páginas no son más que elogios de la fe, de la fé salvadora; fe en sí mismo, fe en el ideal, fe en las almas superiores y predestinadas. Y en el total símbolo del libro de Unamuno Don Quijote es el hombre superior, el hombre caba-

llero, el hombre de vida soñadora, el que enloquece de pura generosidad; es el caballero del ideal, que vive en todos los siglos y que se levanta aislado de entre la masa popular, y arrastra tras sí a la masa, por influjo de la robusta fe, y lleva a Sancho a redimirse y a ir tras el ideal generoso...

Dato digno de anotarse es el parangón que se hace en el libro entre Don Quijote e Iñigo de Loyola. Para Unamuno, que es un admirador de Loyola, hasta el punto de calificarlo como el más exacto representante de la raza vascongada, para Unamuno es Iñigo de Loyola un caballero andante, un soñador y un ambicioso de ideal. Y luego califica a Don Quijote de mártir, nuevo Cristo venido para desfacer entuertos y para purificar cuanto le rodea; así, la primera aventura que realizó fue la de ennoblecer a las dos mozas de la venta, aquellas *mozas de partido* que al comienzo, al oírse llamar doncellas por el generoso loco, se rieron cínicamente, pero luego, y ante la grandeza del magnánimo loco, se emocionaron y le ofrecieron de comer, le cuidaron y sirvieron, le armaron caballero y sintiéronse bañadas las almas de la pureza que del alma quijotil brotaba abundantemente.

Todo el libro está lleno de estos encarecimientos idealistas. De un menudo incidente, como aquel de la veladura de las armas en la venta, cuando Don Quijote ahuyentó, con la energía de sus voces, a los arrieros que le apedreaban, saca el autor consecuencias fortificantes: «Poned, pues, alma en vuestras voces, llamad con denuedo y brío canallas a los arrieros que arrancan de su reposadero las armas del ideal para poder abreviar sus recuas, y conseguiréis atemorizarlos».

El rebotante idealismo de este libro no se contenta sólo con enaltecer al caballero de la Mancha, sino que abarca más y ennoblece y purifica a los personajes humildes que hasta ahora habían sido despreciados. Reabilita, por ejemplo, a Maritornes, la moza asturiana, a quien el autor llega a atribuir una acción purificadora... Pero a quien reabilita y ennoblece sobremanera es a Sancho Panza: una de las originalidades de este libro consiste en el ennoblecimiento de Sancho, del Sancho infamado hasta ahora y escarnecido por grosero. Ensalza en el escudero la fé ciega, su blandura de alma, propia para trocarle, de zafio egoísta como era, en generoso idealista. Unamuno va siguiendo la transformación de Sancho, su encumbramiento moral, por virtud de la sugestión de la grandeza, por virtud de la fé en el ideal de su amo: y pone ejemplos como aquel de los yangüeses: «Yo valgo por ciento, replicó Don Quijote, y sin hacer más discursos, echó mano a su espada y arremetió a los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo» Y aquí añade Unamuno: «En lo que no se sabe qué admirar más, si el heroísmo quijotesco bajo la fé de *yo valgo por ciento*, o el heroísmo san-

chopancesco bajo la fé de que su amo valía por cien. La fé de Sancho en Don Quijote es aún más grande, si cabe, que la de su amo en sí mismo».

Porque el símbolo de este libro está en hacer de Sancho el pueblo español, la base popular, la masa infinita y eterna de España; en hacer de Don Quijote el elemento soñador, creador, andariego, aristocrático, de esta misma España. Hay un pasaje de gran ternura, aquel que describe la muerte de Don Quijote: y son palabras de infinita esperanza y fe aquellas en que el autor proclama a Sancho –la raíz del pueblo– como heredero de su amo: y cree en Sancho y confía en él, y espera que aun ha de sacar la lanza y la adarga y ha de aprestar a Rocinante, y salirse por el mundo dominándolo; siempre influido por Dulcinea, –que es la Gloria, y el Ideal, y la sed de Eternidad–.

Sed de eternidad es lo que padece Unamuno, y así se proclama en su último libro como el mayor creyente de la Gloria, de la Eternidad.

Y, como generalmente acontece con los libros del autor, en éste no se halaga ninguna mala pasión popular o patriótica: al contrario, todo el libro es una flagelación de los vicios nacionales, de los fundamentales y hondos vicios de la patria.

Pero, al terminar este bosquejo de crítica, una duda me asalta y me importuna; y me pregunto: –El nuevo libro, ¿es tal vez el análisis crítico de Don Quijote, o es más bien el análisis de la filosofía de Unamuno?... En lugar de interpretar al hidalgo manchego según el uso corriente y universal, ¿no le habrá interpretado Unamuno según su gusto, a través de su personalidad y viéndolo en el fondo de su alma?

Y aunque así fuera, ¿qué más daba? Hartas interpretaciones, al uso universal, tendrá el loco caballero: ahora posee una nueva interpretación, en que se le reverencia como nunca; y las palabras que el autor dedica al héroe son tan hondas y esenciales, que Don Quijote, siempre redivivo, se habrá estremecido de orgullo al verse hecho símbolo de tan generosas y profundas teorías.

El Pueblo Vasco, 14.4.1905

IV

Otro escritor vasco

Por Miguel de Unamuno

En cierta ocasión, Menéndez y Pelayo, que nunca ha sentido predilección por los vascos, habló de la “honrada poesía vascon-

gada”, recordando a Samaniego y a Trueba, y yo, comentando esa frase, cuyo sentido íntimo creo que no se me escapa, dije en Bilbao que era menester deshonorar a nuestra y poesía y a nuestra literatura.

Por desgracia, más que por fortuna, en efecto, de la literatura vascongada, nunca muy rica, no ha podido decirse hasta hoy en su elogio sino el ser honrada, y esto, tratándose de una literatura, no es ciertamente un gran elogio.

La característica de los literatos vascos hasta no hace mucho era la parquedad imaginativa, el encogimiento y timidez en los temas y en la manera de tratarlos, la falta de brío, de originalidad y de empuje. Señores muy respetables y muy dignos, excelentes hijos, hermanos o padres, y modelos de ciudadanos, se ponían a escribir cosas tan razonables como incoloras o insípidas, en un estilo incoloro e insípido también. Con tal que defendieran no ya los intereses, sino hasta los prejuicios del país, todo lo demás se les dispensaba. Y así se daba el caso de que llegara a pasar entre algunos por prestigioso escritor el autor de cierta *Defensa histórica de las provincias vascongadas*, obra latísima y aburridísima, cuya lectura infunde sueño en el más despierto. El sentido estético parecía, si no muerto, dormido en nuestro pueblo.

Conocí y traté, siendo yo un jovenzuelo, a Antón el de los Cantares, al excelente Trueba, y declaro que me parece se le tiene en mi país en un olvido que no merece, pero debo también confesar que su literatura doméstica, pacata, encogida y falta de brío, no puede ni debe tomarse por el exponente del espíritu vasco. Aquello es demasiado infantil y demasiado idílico. Los campesinos vascos que nos describe Trueba parecen pastorcillos de nacimiento de Navidad: todos son inocentes, candorosos y —hay que decirlo— bastante simples. Y así se acreditó para muchos una leyenda que bien miradas las cosas nos perjudica más que nos favorece.

Pero desde hace algunos años pareció despertar el espíritu de nuestro pueblo a una vida más intensa, más robusta y más enérgica y un sentimiento más hondo y más viril del arte. En la pintura ha empezado a dibujarse algo así como una escuela vasca, a cuyo frente figura Zuloaga, y en literatura pasa algo parecido. Baste citar aquí los nombres de Baroja, Bueno, Grandmontagne y Maeztu, por ser los más conocidos, callándome el mío, porque ya hemos convenido en eso de la modestia. Y a ellos empieza a unirse el de José María Salaverría. Y quedan otros de que os hablaré otro día, que si no han sonado más fuera de nuestro país vasco, se debe acaso más que a otra cosa al encogimiento y timidez de los que lo llevan, pues es ésta una cualidad de mis paisanos.

Y ha llegado a resultar que mientras en Madrid eran muchos los que se fijaban en cierto parentesco espiritual entre los últimos

escritores vascos y notaban algo así como un tono común dentro de las diferencias que nos separan, en nuestro propio país, en el país vasco, se nos miraba con cierto recelo, a pesar de realzar nosotros su nombre ante los extraños, tendiendo a limpiar nuestra literatura regional del dictado de la casi exclusiva honradez.

Buena parte de nuestro propio pueblo, tan verdaderamente honrado, tan enérgico, tan serio en la vida, aplanado por la influencia jesuítica y clerical y encarrilados sus gustos por caminos de ñoñeces, de prejuicios y de fantasmagorías, como que se disgustaba de ver a algunos de sus hijos emprender derroteros que el director espiritual estima peligrosos o pecaminosos. Su actitud era la de una antigua y honrada familia de esas que llamamos patriarcales, de las que rezan cada noche el rosario, cuando les sale un hijo radical o siquiera modernista. Para nuestros buenos burgueses apacentados en Trueba resultábamos unos desentonados, unos muchachos alborotados o extravagantes. Y parecían decir: ¡lástima de chicos! Nos tenían cariño, sí, y siguen teniéndonoslo —yo por mi parte no me quejo—, pero lamentaban nuestras calaveradas. Y cuando han visto que iba en serio y que uno de nuestros propósitos era despertar dormidas energías de la casta y tratar de quitarle ciertas cadenas, no han faltado quienes nos hayan declarado, a mí especialmente, hijos descastados y hasta espúreos.

Los pobrecitos, que estiman el vascuence y el catolicismo consustanciales al espíritu vasco, no pueden comprender que amamos a nuestra tierra de otro modo que ellos la aman. Y siguen dándole vueltas al eterno manubrio del organillo tradicionalista y repitiendo todo género de inocentes fantasías y de cándidas leyendas. Se encuentran muy a su gusto en esa Baskonia —con *b* y *k*, pues así resulta más infantilmente pintoresca— de una historia sin crítica y de unas tradiciones en su mayoría falsificadas.

Cuando en el prólogo de la comedia de Bernard Shaw *John Bull's other island* me encontré con que el autor se envanece ante todo de ser irlandés, pero irlandés de origen protestante y de pura lengua inglesa, de la lengua inglesa de Swift, también irlandés, me acordé de mi posición, de nuestra posición, la de los escritores vascos que he citado, respecto a nuestro pueblo. También nosotros, yo por lo menos, llevamos con más orgullo que otra cosa nuestra calidad de vascos, pero jactándonos de haber empleado la energía de la raza en sacudirnos de la tutela ortodoxa y en llevar al lenguaje castellano todo el vigor, la concisión y la expresividad de nuestro pueblo.

Fue un barcelonés muy barcelonés, de la penúltima hornada de la juventud intelectual barcelonesa, fue un hombre que se vierte en lo exterior, Jaime Brossa, quien para apoyar un gesto soltó una vez la frase de que el *vasco es el alcaloide del castellano*. Me

chocó y me penetró la frase y en puro repetirla he logrado que tenga cierta relativa circulación.

Bien sé que, como todas las frases retóricas, es discutible, y muy discutible, y que en puro querer abarcar mucho, aprieta y ciñe poco, pero en el fondo me parece que encierra no poco de verdad. Digan lo que quieran los exaltados exclusivistas de mi tierra, los bizkaitarras, cada vez me parece más patente el castellanismo de los vascos.

Nuestros grandes hombres representativos cumplieron su misión al servicio de Castilla o del espíritu castellano. Así el canciller Ayala, así Legazpi, así Urdaneta, así Garay, así Irala, así Elcano, así Churruca, así Oquendo, así hasta Zumalacárregui, y, así, sobre todo, nuestro más grande héroe, Iñigo de Loyola, que encarnó en una Compañía el alma de la España castellana del siglo XVI. No hay un solo hecho de historia universal que haya llevado a cabo el pueblo vasco por sí solo.

Digo más, y es que nos gusta la estepa, “la llanura, eterna y poderosa tentación de todo montañés”, como dice Salaverría en su *Vieja España*, hermoso libro cuya lectura me sugiere esta correspondencia a *La Nación*. Creo que los vascos somos los que mejor hemos sentido a Castilla, y no me dejarán mentir los cuadros de Zuloaga y las novelas de Baroja. Creo más, y es que hay más de un aspecto íntimo de Castilla y de su espíritu que se lo hemos revelado a los castellanos mismos.

¿Y la lengua? Hace poco que hemos irrumpido en el castellano, dejándonos de tímideces. Tratamos, algunos por lo menos, de hacérselo nuestro por derecho de conquista. Es de cierto una lengua admirable para la lucha por el idioma del mundo. “El idioma castellano es —dice Salaverría— como un acero batido cien veces a golpes de martillo, pulimentado por cien artífices concienzudos, endurecido al choque de cien pueblos: este idioma que siguió de cerca a las espadas, que llegó a los límites de la tierra, este idioma puede ser el arma brillante para la lucha por el dominio del mundo”.

Hallándome en Barcelona hace poco más de un año hube de topar con cierto entusiasta escritor barcelonés, que sostenía la graciosísima teoría de que los catalanes se diferenciaban de los restantes pueblos españoles —a los que llama iberos—, más que éstos entre sí. Como me pareciese muy divertida esta opinión de lógica mediterránea o levantina, me permití hacerle observar que en el respecto de la lengua no llegaría hasta sostener que el catalán se diferencia del castellano más que el vascuence, cuando el hombre, con un animado gesto y una intrepidez levantina, me replicó: “Le diré a usted...” Yo me preparé a oír. Y el hombre me dijo que lo que da individualidad y carácter a un idioma, su esencia, no es ni el léxico ni la morfología, ni otra cosa más que la

fonética. Y yo que le vi venir, añadí: “Sí, y la fonética de las vocales.” “¡Exacto!”, agregó el hombre encantado de mi perspicacia. Y me preguntó: “¿Qué vocales tiene el vascuence?” Y yo: “Las mismas que el castellano: *a, e, i, o, u*.” “¿Sin diferencia de *e* y *o* abiertas y cerradas?”, dijo, y yo: “Sin tal diferencia.” Y él entonces: “¿Lo ve usted?” Y para darle gusto agregué yo con calma: “Como que después de todo, lo más probable es que el castellano no sea más que un desarrollo del latín pronunciado por pueblos de lengua vascongada, que dejaron ésta para adoptar aquél, y lo peculiar y distintivo de él sea debido a los hábitos de hablar eusquera o vascuence en aquellos que recibieron primero con la cultura, la lengua romana.” Y mi hombre, en el paroxismo del entusiasmo y casi a punto de abrazarme: “¡Exacto! ¡Exacto! ¡Exacto!” Y así acabó aquel diálogo socrático.

Laramendi y tras él otros vascos escribieron sobre la antigüedad y universalidad del vascuence en España. Si así fuera, si el vascuence hubiera sido antes de la invasión romana en la Península la lengua ya que no de toda ella, por lo menos de una gran parte, en la que comprendería Castilla, resulta claro que la base de la población de esta parte es una población vasca que abandonó hace siglos su lengua para adoptar la romana como la está hoy abandonando la población de las provincias vascongadas. Porque siempre hay que partir del principio, más confirmado cada día, de que el fondo de la población española es el primitivo y que significan muy poco junto a él los aportes de las sucesivas inmigraciones e irrupciones. De que el pueblo vascongado conserve aún, en gran parte, su lengua aborigen y el castellano la haya perdido no puede deducirse sin precipitación y falta de criterio histórico que aquél sea más puro que éste, pues el cambio de lengua no supone por sí mismo mezcla. Hay negros puros que hablan inglés.

Todas estas consideraciones tienden a esclarecer mi creencia de que hay entre nosotros los vascos, y los castellanos, una hermandad mucho mayor que se figuran unos y otros. Y nada quiero decir ahora de las candorosas fantasmagorías de aquellos de mis paisanos que se meten a fraguar nuestra historia con tanto entusiasmo y sentimentalidad como falta de sentido crítico, que nunca, por desgracia, ha abundado en mi país donde el prejuicio es soberano, intolerable y terco.

Y dejando todo esto para deciros algo de Salaverría, el amor de éste a Castilla es evidente y traspira de cada página de su *Vieja España*. Sólo que ve a Castilla más que directamente a través de la historia y de la leyenda, sin haber convivido con ella, ni es la parte que inspiró su libro, Burgos, lo único castellano a pesar de llamársele *caput Castellae*, cabeza de Castilla. En este sentido le corrige atinadamente Galdós al completar, en el prólogo que a la

obra pone, la visión de Castilla con una hermosísima pintura de otra parte de ella, la de los comuneros.

Hay en el libro de Salaverría, más que una visión directa de Castilla, un gran conato por penetrar en su espíritu y por penetrar en ella a través de doctrinas filosóficas, no siempre las más adecuadas. Se ve demasiado a Nietzsche más allá de las páginas de *Vieja España*.

Constituye gran parte de este libro una defensa del ideal guerrero y una censura de la actitud meramente defensiva. “Un espíritu militar, consecuente y arraigado, salvaría a este pueblo de su anárquica e incoherente vida de hoy”, dice, y añade: “La sólida compenetración nacional no puede conservarse si no es mediante un ideal guerrero.” Y en otro pasaje: “Este pueblo español que está aún sin desbatar, que todavía no está fatigado, sino dormido, éste es un pueblo de guerra capaz de haber acometido una nueva temeridad, como en los buenos tiempos antiguos.”

Merecen leerse estas páginas en que desarrolla la idea de que el hombre es guerrero no por instinto, sino por reflexión y por voluntad, puesto que venido al mundo sin armas naturales ha tenido que procurárselas gracias a su voluntad de atacar, e inventó las armas. Lo cierto es que la inteligencia hace en el hombre lo que las garras, las fauces, los picos, los agujones o los cuernos en otros animales.

Es el libro de Salaverría un libro alta y profundamente idealista. “¡Únicamente para soñar grandes sueños de poder y gloria es para lo que puede vivirse la vida!” Es una contribución más a la obra que unos cuantos perseguimos en España. Es un nuevo y fuerte contingente a mi evangelio quijotista. Y creo que mi *Vida de Don Quijote* no ha sido extraña a la inspiración de este libro de mi paisano. Y es porque en ella quise dar ensueños y ante los que sacaban del espíritu de mi pueblo que es la sustancia del mío, creyendo, como creo, que el quijotismo alienta, si en alguna parte, en nosotros los vascos. Mientras no nos lo mutilen con patriarcaladas y memeces de caserío, mientras no se impongan allí las amas y los sobrinos y los bachilleres y los curas y los barberos.

A Don Quijote dedica Salaverría, en efecto, el final de su obra, y hay aquí una observación tan penetrante, tan viva, tan intensa, que me reservo comentarla.

Es cuando dice: “Por ser irreal y extraño es por lo que todos se burlaron de ti.” “Además —añade— la tierra de Castilla era demasiado real, demasiado seca, y en ese terruño arisco no puede permitirse el lujo de vivir las fantasías y los redundantes simbolismos.” Y más adelante: “Te engendraron para disculpar la marrullería de todo un pueblo.”

Esta última parte del libro de Salaverría la he de comentar directa y especialmente.

Aquí tenéis, pues, un libro fuerte y breve que os revelará un alma y un alma de mi tierra no retenida ni menoscabada por ese fatal encogimiento en que algunos parece quieren mantenernos.

Una cosa hay, sin embargo, que no me parece bien en el libro de Salaverría, y es su palabra final “¡Madrid...!” murmurando con “intranscribible emoción” al ver a lo lejos “un oasis de luz”, “una neblina luminosa”. No, Madrid no es luminoso.

Salamanca, diciembre de 1907.

(Publ. en *La Nación*, Buenos Aires, 21 de enero, 1908
En *Obras completas*, III, 1264-9)

V

Unamuno visto por Salaverría

1. En “A lo lejos. España vista desde América”
(Madrid, 1914), pp. 159-64

UNAMUNO

Para esa empresa de revisión histórica y de crítica esencial que está pidiendo España, el indicado, el providencial sancionador, casi mesiánico, hubiera sido Miguel de Unamuno.

Las hadas parecían haberlo traído a la vida en el momento justo, ni más tarde ni más pronto, y con las cualidades suficientes. A la manera, en fin, como sucede en las leyendas, que un Moisés o una Juana de Arco llegan, conducidos por los dioses, a salvar su pueblo. Pero Unamuno, por ser siempre consecuente con su contradicción, ha hecho todo lo posible por desobedecer a los dioses. Y no hay duda que los dioses, ya hartos, lo han abandonado a su suerte.

El destino lo señalaba como el más caracterizado para ser la mente y el guía de la juventud, para prestar coordinación a los criterios dispersos, para iniciar un derrotero filosófico, social, político. Algo parecido a lo que hicieran los filósofos o publicistas alemanes. Poseía como un alemán el fervor de la cultura, esa inmensa sed de leer y de enterarse que no se sacía nunca, y una memoria prodigiosa, y una curiosidad de erudito, y una propensión sedentaria a permanecer diez horas continuas diariamente sobre los libros, y un talento claro y rápido, y una comprensión nerviosa y civilizada, y una salud de hierro, y una ambición enorme.

Todas estas cualidades, tan raras cuando se juntan en una persona meridional, le disponían para grandes hechos. Tampoco

le faltaba preocupación patriótica. Pero al hijo de los dioses le faltaba algo: carecía de generosidad.

No supo sacrificar su propia persona en aras de sus contemporáneos; a la larga, tales sacrificios suelen acarrear la plena estimación y el triunfo. No acertó a ser generoso. Hubiera sido generosidad el situarse en su puesto, en el puesto que le otorgaban todas las señales. Hubiera sacrificado su inmenso egoísmo y los contemporáneos le seguirían, le obedecerían.

Pero él no quiso sacrificarse. En lugar de referirse a los otros, se obstinó en referirse a sí mismo. En tal caso, la obra de crítica que había derecho a esperar se malograba tristemente. En lugar de adoptar una actitud expectativa y juzgadora, ofreció a sus contemporáneos el espectáculo de su yo. Solamente que el espectáculo de un yo puede permitírsele a un poeta; en último término, concluye por fatigar.

Ha preferido, pues, hacerse el interesante, como una mujer o un simple literato. La literatura lo ha corrompido irremediablemente.

Su sistema es bien conocido; parte del principio de los opuestos antagónicos. Si se dice, por ejemplo, que el calor da vida, al punto contradice él diciendo que no es así, que es la vida la que presta calor. Con tales escarceos ingeniosos ha logrado, en efecto, llamar la atención; nadie le aventaja en tales manejos de arrivismo literario. Contradiendo siempre, situándose en un plano de eterna y fastidiosa oposición, consigue irritar a las gentes. Muy bien; él dice que tal es su propósito. ¿Con qué objeto? Y añade que con el de inquietar las mentes. Pero no concibe que la inquietud ésa es de condición aldeana, cabileña, ibérica al fin; es llevar a la literatura el contraste rabioso de los bandos y caciquismos de pueblo. No quiere entender, o lo disimula, que la verdadera inquietud civilizada no se ejerce con desplantes y posturas ingeniosas ni con violencias cantonales, sino de un modo bien distinto.

¿Es que le falta verdadera substancia genial, creadora? Acaso sea cierto. Con mucho talento, carece de genialidad. Esa genialidad, a veces tímida, que se reconcentra en un libro, en un capítulo, y da ocasión a sucesivas interpretaciones. A falta de poder creador, se encastilla en su postura, y a estas horas no queda de Unamuno mas que su postura, su gesto.

Con angustiosa obstinación va labrando los perfiles de su postura. Se hizo un uniforme a base de chalecos cerrados; se ocupa de que su barba y sus quevedos marquen siempre una actitud unamunesca, en espera de la estatua y la biografía. No vive ya sino para la posteridad. En tal sentido, es una persona literaria de gran valor anecdótico.

Nada igualará a su impudor. Muestra al público la desnudez de sus entrañas morales en una forma repugnante y oprobiosa.

Fácil le es después justificarse diciendo que al hombre sólo le interesa el hombre. No hay duda que así es. Pero el talento consiste precisamente en interesar, y no en irritar ni asquear. Con su eterna exhibición del yo, resulta un espectáculo, un caso morboso, un suceso literario. Su preocupación exhibitiva cae así en una simple manía persecutoria.

Consecuente con su sistema de los opuestos, finalmente se ha dado a contradecir un movimiento europeísta que se inicia en España. Sabe él que ésa es la corriente justa, y él mismo está bien conformado para seguirla o patrocinarla; pero aquí también aparece su falta de generosidad. No puede consentir que se le encasille con otros; tampoco, y especialmente, no puede admitir la convivencia con otros espíritus que adoptaron aquel camino. Entonces ve la hermosa coyuntura que deparan las circunstancias a su egoísmo. Se coloca enfrente de la opinión. Toma la postura original de ir contra la ciencia, cuando está preñado de ciencia.

Burdamente, con ironía de seminarista provinciano, niega la ciencia, la maquinería, la sociología, el europeísmo, la Cultura, con C grande. Hace de eso cuchufleta, como esos retrógrados de los soportales, en las ciudades chicas, que suelen sonreirse pedantescamente del Progreso, con P mayúscula. Y todo esto en un país árido de cultura y de curiosidad, de ciencia y acción mecánica.

Pero a él, en rigor, sólo le preocupa la salvación de su figura, y no la del país o de la humanidad. Quiere que se salve su «gesto». Y, sin embargo, tenía la responsabilidad de ejercitar su talento en beneficio de sus contemporáneos.

Su talento lo emplea en hacer juegos de ingenio. Todo Unamuno es una sucesión de ingeniosidades. Espectáculo de impudor, de egoísmo, de habilidades aldeanas, de ambición infatigable y de manejos de literato, Unamuno es el malogro más grande y sensible de la España moderna.

2. En "Retratos" (Madrid, 1926), pp. 111-70

CAPITULO III

MIGUEL DE UNAMUNO Boceto en pocas líneas

Es un hombre físicamente bien plantado, bien formado de miembros, erguida la cabeza, de aspecto robusto y atestiguando una salud firme, igual, a salvo de las caprichosas infidelidades tan comunes en la raza que tiene como profesión el escribir. No. Miguel de Unamuno no muestra los estigmas del oficio. Carece de los signos exteriores de esa enfermedad que llamamos literatura, y que se manifiestan por los ojos cansados, la mirada ausente,

el gesto personal de fatiga o de irritabilidad, el color mustio, el cuello doblado, el cuerpo entero desgachado.

Con una vanidad muy vascongada y muy bilbaína, Unamuno hace gala de su perfección fisiológica y de su buena arquitectura física. Suele sacar el pecho para fuera con cierta jactancia de muchacho vasco que presume de airoso, o se estira y un poco se pavonea en aire de señor fuerte, de caballero salamanquino que acaba de quitarse los arreos de montar. Habla con voz bien timbrada, algo aguda; mira de frente y con un poco de énfasis observador; y se advierte en todo él una voluntad constante de compostura en el ademán externo del individuo.

Pero a falta de signos físicos que denoten su naturaleza de escritor, Unamuno se encarga de poner una serie de gestos y marcas sobre su persona que han logrado la celebridad. Empieza por vestir una especie de librea, que consiste en un traje de paño azul oscuro, un chaleco cerrado hasta el cuello de la camisa, zapatos de punta chata y sombrero flexible redondo. Nunca hace uso de gabán ni capa. Nunca se abotona la chaqueta. Con esto, y con su barba triangular y sus gafas, se ha compuesto una verdadera figura, un rótulo, una "pose" para circular por todos los periódicos ilustrados del mundo. Es uno de esos intelectuales que viven esclavos del menor detalle de la figura "que se han hecho". Un tijeretazo algo audaz de un peluquero distraído, y la figura queda estropeada; un sastre que no acierta con la forma reglamentaria del chaleco, y el hombre "rotulado" cae en la desesperación. Un sombrerero torpe puede originar la tragedia de semejantes hombres, que viven en vida el gesto que han escogido para permanecer siempre iguales y con postura de estatua en la posteridad.

El caso extraordinario

Pocos escritores han sabido preocupar, interesar y diríamos que fastidiar a la gente como Miguel de Unamuno. En este sentido es un hombre extraordinario.

Su mérito positivamente excepcional estriba en que para los efectos de su enorme publicidad no utiliza las artes modernas y americanas del reclamo. Nada de anuncios luminosos, ni de noticias fabulosas tiradas editoriales, ni el simular un secuestro o un asesinato. Unamuno es en el fondo un hombre de contextura anti-gua, sencillamente reaccionario por sus ideas más personales e íntimas, por sus gustos y su educación y aun por su raza. La negociación del americanismo. Ha empleado, pues, en la maniobra de su publicidad los procedimientos suyos, los tradicionales.

Y éste es su gran mérito. Con armas viejas ha conseguido los resultados más victoriosos. ¡Pero qué modo épico de blandir esas armas!

Cuando alguien entre sus impugnadores ha pretendido ofenderle, considerándolo como un *caso* (de monomanía espectacular, de egolatría exaltada, de patológica ambición, de celebridad), entonces Unamuno, desorientando a todos, ha utilizado también ese concepto para sus fines de publicidad. Su valor insuperable no se arredra ante nada, con tal de aproximarse a los fines. Que digan, que le llamen. Mejor. Eso entra en su plan. No se intimida ni ante la coyuntura de tener que renunciar al pudor.

Ese pudor que nos hace reservar ciertas ideas y que nos veda el referirnos a ciertos pormenores, acaso vergonzosos, de nuestra flaca naturaleza personal, ese pudor no existe en Unamuno. Si la palabra obscenidad no tuviese una aplicación tan restringida a determinadas partes de nuestro cuerpo, y no fuese de un sentido tan vejatorio, diríamos que Unamuno es un hombre obsceno. Le gusta desnudarse moralmente ante el público y mostrar sus vergüenzas psicológicas al aire, con una extraña sensualidad exhibitiva. En esto reside una de sus principales originalidades. Y ha puesto las mejores artes de su ingenio en defender su teoría de la necesidad de desnudarse, invitando a los demás que le secunden en esa especie de "obscenidad del yo".

Tal vez lo que de Unamuno quede con mayor relieve sea ese gesto con que afirma, resalta y exhibe su propio yo. Es un gesto de Prometeo, que, atado a la roca de lo precedero obligatorio, blasfema contra los dioses y grita a todos los vientos su ansia furiosa de inmortalidad. La idea de perecer le irrita o lo anonada. Se revuelve contra el destino que nos ha hecho pasajero y materia predestinada al olvido, y abriéndose el pecho, mostrando su pobre yo egoísta, va por el mundo clamando su voluntad de no perecer.

Es Unamuno un trabajador formidable, dotado de una recia salud física y una obstinación o testarudez de vizcaíno de viejo estilo. Se ha abierto camino por sus propias fuerzas, y no ha descansado nunca, ni tampoco ha permitido que descansa el público. Desde sus primeras armas se distinguió por sus procedimientos. Asombraba, perturbaba, irritaba o fastidiaba. Era igual, porque él poseía más resistencia que todos. Volvía siempre a la carga, y por todas partes: por el mitin, la conferencia, el artículo profusamente desparramado por España y América. No bastándole esto, se desparramaba por conducto de sus innumerables y célebres cartas, esparcidas a los cuatro vientos como verdaderas circulares de propaganda.

No. La gloria no ha sonreído a Miguel de Unamuno rápida y fácilmente. Los dioses no le han otorgado la celebridad a título generoso, ni por la publicación de uno de esos libros que consagran definitivamente un nombre y consienten que el escritor afortunado descansa sobre sus laureles. Ha tenido, al contrario, que

ganarse la celebridad con un esfuerzo permanente y una tensión violenta de todos los días.

Despertaba curiosidad, promovía discusiones; pero en realidad sólo a título de excéntrico. Unos cuantos amigos leían sus obras con atención; el resto asistía extrañado a sus salidas de tono. El público le conocía, más que por sus obras, por sus rarezas. Tenía "cosas". Apenas extinguido el barullo que una conferencia o un artículo fuerte provocaban, Unamuno quedaba de nuevo como soslayado en su penumbra de provincia. Pero pronto volvía a la carga... Con la guerra europea puede decirse que la celebridad de Unamuno logró estado permanente. Ya no tuvo que repetir sus salidas de Salamanca para conquistar la atención de un público evasivo. Se ha convertido en enseña o pendón políticoliterario de un bando partidista, substituyendo en tal oficio de estandarte procesional a Pérez Galdós, y cuando semejante nombramiento de abanderado recae en un hombre, su porvenir de notoriedad queda asegurado.

Consiste su sistema en producir en los espíritus un efecto que va desde la perplejidad hasta la irritación. Su ingenio, que es grande, y su gimnasia dialéctica, como de estudiante listo de seminario jesuítico, le permiten hacer todos esos juegos intelectuales (malabarismo intelectual), en los que maniobra como nadie. Su método es muy conocido: parte del principio de los opuestos o contrarios. De manera que, antes que nada, se propone situarse en una posición: "contra". Si se dice, por ejemplo, que el calor da la vida, al punto contradice, replicando que no es así, que es la vida la que presta el calor, etc.

No comprometerse: éste ha sido su plan. Se ha resistido a entregarse a una doctrina política cerrada, a una confesión religiosa definida, a un público determinado. Cuando el público imaginaba que lo tenía asido, él se escurría como una anguila. Decía: "No quiero que me encasillen."

Astuto como un aldeano cantábrico, nunca se aventuró a decir sí, franca y valerosamente; nunca, es claro, quiso tampoco decir que no del todo. Procuró siempre dejar una evasiva, una salida por donde escurrirse. Si hablaba ante un grupo de positivistas y ateos, ha procurado, cuando con más regocijo le oían, referirse patéticamente a un pasaje del Evangelio de San Lucas, con lo que sumía a todos en la duda y la perplejidad. De este modo conseguía que los ateos le considerasen como un espíritu liberado y filosófico, pero al mismo tiempo evitaba que los sagaces, los que están de vuelta, pudiesen confundirlo con un vulgar tragacuras. Cuando hablaba a un público de socialistas, tenía buen cuidado de lanzarles alguna objeción que los dejaba confusos, pero que a él le servía para exculparse ante los otros del título poco gallar-

do de socialista militante. A continuación de un ataque contra el fanatismo católico, vertía burlas contra los masones.

Así ha podido sostenerse mucho tiempo, tal como el mejor equilibrista literario, asombrando al público con las artes de una excepcional maestría. Hasta que la fuerza de los acontecimientos, más poderosos que sus habilidades, por último, lo han encasillado. Los contratiempos burocráticos, que le separaron de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca, hiciéronle caer en medio de la muchedumbre. Se fue con los sectarios, con los eternos descontentos, con los que viven para hacer oposición, sea contra lo que quiera. Entonces su estilo adquirió el tono áspero y voluntariamente injusto del pasquín. Se hizo sectario. Se entregó del todo a la multitud.

Y gradualmente, el hombre que fue contrario a la algazara de las mayorías, enemigo de los encasillamientos y en lo interior opuesto a la ramplonería radicalista, se ve arrastrado a la plaza pública en calidad de bandera de partido y acompañado de las más indeseables huestes. Por eso merecía llamarse Unamuno: *el hombre que ha equivocado su camino*.

El hombre que ha equivocado su camino

Conocí personalmente a Miguel de Unamuno en Bilbao, hace ya muchos años. Yo empezaba entonces a escribir asiduamente para el público, y un amigo de ambos, un alma noble e inteligente, nos puso en comunicación epistolar. No bastándome el trato por cartas, hice expresamente un viaje a Bilbao para estrechar la mano del hombre que yo admiraba. Era ese momento de la vida del escritor en que la aptitud admirativa, signo juvenil, se abandona fácilmente al primero que pasa.

En aquel tiempo (hará tal vez veinte años), Unamuno solía aprovechar sus vacaciones de profesor para cultivar sus amistades bilbaínas. Había en Bilbao un grupo de personas que eran dignas de otra época: del último tercio del siglo XVIII, por ejemplo. No escribían, no eran literatos. Uno se dedicaba a su oficio de experto cirujano, otro negociaba en pastas de papel, otro atendía a su tienda de droguero, otro era boticario. Pero todos, y pasaban de la docena, sentían un admirable fervor por la cultura y barajaban en sus diálogos de café o en sus cenas amigables las últimas y más difíciles o curiosas ideas que circulaban por el mundo. También hacían excursiones por las montañas del país, buenos andarines como cántabros, y estas excursiones les daban ocasión para divertirse, airearse y proseguir sus inteligentes diálogos.

Unamuno estimaba sobremanera la compañía de estos señores, porque eran de su mismo pueblo natal y de una cultura nada común. Formaban la parte mejor y preferida de su público. Eran

sus lectores dilectos, sin duda, los que más le preocupaban y para quienes, sobre todo, escribía. En ese grupo de personas selectas hallé buena acogida, y allí conocí a Unamuno.

Me pareció un hombre atrayente, varonil y cordial. Me atendía con afabilidad un poco paternal, me llevaba a su lado, y en los temas corrientes de la vida era notable su buen juicio, su criterio honrado y justo, su gran experiencia práctica. También observé pronto que toda esa ecuanimidad de hombre seguro, sincero y experimentado se desvanecía en cuanto se tocaban puntos vanidosos y de emulación. Recuerdo que en el café, mientras hablábamos pasajeramente de la habilidad manual, y acaso porque alguien se refiriese a mi oficio de delineante topógrafo que yo tenía entonces, Unamuno se puso a construir pajaritas de papel, y me miraba de reojo, como inquiriendo por mi gesto el grado que alcanzaba mi admiración. Después, en la cena entre unos cuantos amigos, le vi manosear una gran miga de pan, hacer bolitas y dispararlas contra las camareras que nos servían. Entonces también me miraba de reojo, para inquirir el grado de mi estupefacción. Pero éstos son detalles que todo el mundo conoce.

En aquel tiempo, y durante muchos años más, las ideas de Miguel de Unamuno no estaban en contradicción con su empleo de rector de Universidad. Su inteligencia podía hacer todas las travesuras por el campo de la paradoja; pero se detenía con respeto ante las ideas de Estado, de Patria, de Gobierno, de Liberalismo.

Casi todos sus amigos de aquel grupo de Bilbao eran personas de un liberalismo medio, sensato, propio de inteligencias sinceras y perspicaces. Allí Unamuno se encontraba como en su centro. Contra el sentido anarquizante y de dispersión de los nacionalismos regionalistas, Unamuno oponía su fe en el Estado del tipo moderno, como elemento unificador de la cultura y como baluarte del liberalismo frente a las fuerzas nunca decaídas de un reaccionarismo rural. Por eso maltrataba a los bizcaitarras. Por esto se le vio, cuando el barullo del “asunto Ferrer”, situarse al lado de la justicia del Estado y repudiar la campaña “europeísta” de los protestantes internacionales. Entonces se burlaba también de la masonería y de los progresistas, cientifistas y europeizantes. Rechazaba a Francia y al espíritu francés, especialmente el espíritu de París. Tampoco simpatizaba con el espíritu suramericano, por demasiado ligero, vano y sin jugo verdadero.

Y es que, en realidad, Unamuno tiene un alma integralmente provinciana. El hecho de haber encallado en Salamanca no debemos considerarlo como fortuito o como un azar de la carrera burocrático-pedagógica. Hubiera podido sobrepasar esos obstáculos burocráticos y haberse instalado en Madrid muy provechosamente. Pero es que la vida provinciana, y además la vida burocrático-universitaria de una ciudad de segundo orden le sedu-

cífa. Sentíase allí bien, como *Clarín*, tan semejante suyo, en Oviedo. Siempre ha vertido desdenes o vituperios sobre Madrid, que es, en España, la mejor revelación de provincianismo. Y después, cuando las aventuras de su rebeldía lo han desterrado a París, se le ha visto llorar con verdaderas lágrimas literarias la ausencia de su querida Salamanca, abominando de un París que, en efecto, no casa ni concierta con su espíritu provinciano.

De esa vida que llevara hasta entonces, y que era la suya auténtica, vino a sacarle de pronto un aciago accidente burocrático. Fue destituido de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca, y algo después, cuando sus relaciones personales con el Rey se estrechaban y parecía que finalmente el error burocrático quedaría deshecho, un nuevo percance de la burocracia palaciega vino a acentuar su irritación y a hacer irreparable el daño.

Una daño lamentabilísimo para todos, porque torció el camino normal que seguía una de las más fuertes mentalidades españolas, y porque lanzó al oficio de foliculario, de libelista y de denigrador envenenado a un escritor lleno de talento y de todos los recursos posibles. Las obras reales, cada vez más logradas, que de su inquieto espíritu había motivos para esperar; se convirtieron en nubes de artículos volanderos, artículos de pelea, simples páginas de pasquín, que su furor, creciente por cada día que pasaba, esparcía por los periódicos y periodicuchos de España y América. Se interrumpió, tal vez en su mejor momento, la obra verdadera de un gran literato. Y nació, en cambio, uno de los libelistas más agresivos, insultantes, disolventes y machacones.

Entonces se le vio caer en el remolino de las "malas compañías". Imaginemos al hombre de buena educación, decente y sensible, que por azares singulares se ve obligado a frecuentar una sociedad de taberna y timba, entre carreteros y barateros. Poco a poco se apoderan de él, le inducen a blasfemar y a fingirse matón, a beber brutalmente, hasta que sus formas de una educación distinguida desaparecen casi del todo.

Estas malas compañías han empujado cada vez más lejos a Unamuno, distanciándole de su propio ser. Le han obligado a hacer cosas que su naturaleza repugna, a concurrir a sitios que antes le merecían burla o desprecio, a alternar con personas distintas a él en educación intelectual y privada. Le han hecho, en suma, apostatar, no de sus convicciones solamente, sino del ritmo y tono de su propia persona, esa persona que él cuidaba y preservaba de tanto, como preparándola para dejarla bien fija en la eternidad. Esa persona, cuidada hasta la angustia, el mismo Unamuno la ha destruido, haciéndola rodar por las plazuelas públicas internacionales.

Episodio literario

Sin embargo, no lo ha perdido todo. Puesto que la ambición suprema, o única, de Miguel de Unamuno es la pervivencia en el renombre, el mal negocio de su celebridad sólo es malo a medias. Cierto que no ha salvado su personalidad del olvido con el recurso más deseable, como es la propia obra; pero la ha salvado con el ruido, con ese fuerte reclamo que trasciende de sus palabras y gestos de los últimos años. Y así es como tenemos a Unamuno el más notable, original, llamativo episodio literario que haya podido darse en España desde hace mucho tiempo. Unamuno, en suma, es una anécdota interesantísima, que nadie puede omitir o desdeñar.

Se distinguen unos escritores por la modestia con que se sitúan detrás de sus propias obras; diríase que quisieran pasar inadvertidos, y que, como buenos padres, no intentasen atraer sobre ellos el foco reflector, para que toda la luz se reconcentre en sus hijos. Otros escritores, verdadera y materialmente, se plantan en actitud de "pose" delante de sus propias obras.

El procedimiento no hay duda que tiene sus ventajas; tiene también sus peligros. El convertir la propia vida en un episodio, en una anécdota, realmente facilita el acceso a la fama en una época tan reclamista y propagandista como la actual. Pero cuando el resalte o pronunciamiento de la personalidad, como mera persona episódica, se exagera demasiado, hay el riesgo de que quede disminuida, borrosa y como en la penumbra la obra, o sea lo esencial.

Claro está que también en este caso se revela la eterna ley de lucha que rige al mundo. El más fuerte monta sobre el más débil. Lo que quiere decir que cuando la persona es superior a la obra, necesariamente esta última tiene que retirarse a un segundo término.

La persona de Unamuno es mucho más acusada y voluminosa que su propia obra, y de ahí resulta que su vida episódica, anecdótica, mantenga a la obra en cierto misterio y como al soslayo. Para comprobarlo bastaría con preguntar a los innumerables hombres que conocen, discuten o admiran a Unamuno en su calidad de episodio, qué libros o qué páginas de él han leído con devota fijeza. Algunos artículos de batalla; algún discurso intencionado o interesado, y ya es bastante. En cambio, todos le conocen por sus gestos y actitudes, sus desplantes y bizarrías.

La posición en segundo término que ocupan sus obras, y el mal que esta posición les acarrea, puede observarse fácilmente ahora mismo. Pocos escritores han logrado la publicidad universal de Unamuno, hasta conseguir que en determinada hora el mundo volviese hacia él sus miradas. Era el momento deseado. El instante tan difícil de conseguir, en que el escritor, como el sacamuelas

que ve llenarse la plaza de un gentío curioso, arroja a un lado las herramientas de producir sensación, interrumpe sus juegos malabares y habilísimamente saca a la venta el elixir que lo cura todo. Era el momento de sacar a relucir las obras. ¿Pero cuál? ¿Qué ramillete de versos? ¿Qué novela? ¿Qué drama? ¿Qué teoría filosófica? ¿O qué personaje? Esta es la cuestión. Ninguna obra de Unamuno tiene suficiente resalte; ninguna está tan acusada como la persona del autor; el autor, como episodio o anécdota, monta más que las obras. Las obras, ninguna bastante destacada, se confunden en un tono general. El tono unamunescos.

El tono unamunescos quiere decir: exaltación entre pueril e infernal de la personalidad, con exhibición de ésta a un grado de impudor sencillamente obsceno. Y después, como ampliación o consecuencia de lo anterior, un anhelo angustioso, patético, mezcla de lamento y de apóstrofe, del ser mortal y pasajero que se rebela a morir, no sólo como literatura, sino como carne. Luzbel y Narciso en una pieza. Tanto, que uno de los motivos que más le sujetan a Unamuno al cristianismo es la categórica seguridad con que el cristianismo mantiene el dogma de la resurrección de la carne. Resucitar con sus barbas y todo, y vivir así eternamente en cualquier sitio del cielo o del infierno, tal es el sueño preferente de Unamuno. He aquí lo que principalmente da resalte, y no hay duda que fuerza de originalidad, al episodio o anécdota que es Unamuno. Pero sólo como ademán, conviene repetirlo.

Lo particular del genio es el don de producir la obra eminente como sin esfuerzo y sin darse cuenta de estar engendrando genialidad. Probablemente escribió Shakespeare el *Hamlet* de cualquier modo, a la carrera, y la obra, sin embargo, queda ahí fija para siempre. El drama de la duda y del terror está hecho; no es preciso que el autor añada gestos o comentarios aclaratorios porque todo lo dice la propia obra. Pero esa angustia de pervenencia no la ha vertido Unamuno en una obra redonda, consumada, literariamente bella; está bien en una serie de ademanes suyos.

Se nota en él a veces, más que el ademán todavía, la contorsión como de Cristo barroco. Una contorsión dramática del espíritu que anhela ir hacia la altura, en un vuelo ideal, pero que se siente adherido a la tierra por el peso de una inteligencia demasiado razonadora y erudita.

Semejante posición moral de autocontroversia o autoantagonismo (contradicción trascendente dentro de la propia persona), ha permitido a Miguel de Unamuno traer a las letras españolas un acento que habían perdido: la preocupación religiosa como tema literario y filosófico entre inteligencias libres. Su preocupación religiosa tal vez no sea de puro abolengo español; desde luego, no tiene nada que ver con la cuestión religiosa de los españoles en el último siglo, reducida a una disputa cerrada entre liberales y

ultramontanos, entre ateos y creyentes. Habría que remontarse a Pascal y los jansenistas. O mejor, seguirle el rastro de las influencias por el mundo del protestantismo.

Examen de plagios

No siempre es fácil seguirle el rastro. No sólo porque se escabulle y desvía como liebre corredora, sino porque la bibliografía de sus influencias, sus fuentes y sus plagios es inabarcable. Hay que tener en cuenta que Miguel de Unamuno es uno de los hombres más cultos y curiosos de la moderna España; uno de los espíritus más librescos.

Esto se halla en contradicción con lo que él desea sugerir. Ha insistido siempre en encarecer el culto de lo personal, y un modo de vivir a lo espontáneo e independiente; pero la verdad es que vive “según los libros”. Una poco complicada pesquisa nos llevaría pronto a descubrir a quién pertenecen sus posturas, las que se consideran muy suyas y originales, y son, no obstante, copia de las actitudes aprendidas en los libros. Y cómo pasa por rachas de sugestión. Carlyle, Goethe, Kierkegaard, Sarmiento, hasta Emerson, casi hasta Jesucristo. Cuando tropieza con Nietzsche, y ve que no puede remedarlo, se venga llamándole, con íntimo rencor, “ese pobre Nietzsche”.

Sus novelas, cuentos y poesías emanan un aire eminentemente libresco. Pero es más claro el dato de uno de sus libros: *Recuerdos de Infancia y de Mocedad*, que empieza por ser, por su título y propósito, una consecuencia de los *Recuerdos de Infancia y de Juventud*, de Renán. En esta obra narra Unamuno su vida de muchacho, o sea el momento en que nuestra personalidad hace tan variadas y pintorescas incursiones por el mundo de lo desconcertante. Pues bien: todo lo que al joven o muchachil Unamuno le ocurre son insulsas peripecias de colegio, de instituto; en fin, de escolar aplicado que sólo piensa en sus estudios, en sus profesores y sus libros. Se revela allí como el individuo que penetra en la vida desprovisto de lastre personal, y espera a adquirir personalidad, o personalidades, a medida que los libros vayan depositando en él su influjo.

Le gusta a Unamuno repetir la cuarteta del clásico:

Procure siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
sostenerla, y no enmendarla.

No ha hecho otra cosa Unamuno en toda su vida. La parte más considerable de su literatura la ha empleado en defender y justificar sus errores, sus excentricidades y su egoísmo. Lo suyo,

aunque se tratase simplemente de sus barbas, aunque fuese su más palmaria equivocación o deformidad, ha sido siempre sostenido con todas las fuerzas de su pluma y su palabra. Así ha defendido también el derecho al plagio.

Y puesto que hemos nombrado la palabra fatal, vamos a hacer un paréntesis sobre asunto que tanto interesa.

Cada oficio tiene sus secretos, sus problemas de técnica y su moralidad, que generalmente quedan confinados en el grupo de los oficiantes. No ocurre lo mismo con los problemas de técnica ni con la moral del arte de escribir, porque el propio instrumento del oficio lo impide: la pluma, la palabra. Siendo lo elemental en el literato la especie de delirio confesionista con que publica todos sus sentimientos e ideas, es natural que los pormenores de su oficio salgan también a la luz pública y no tengan nada de secretos.

Hay toda una literatura acerca de la teoría del plagio, y no son pocos ni de rango inferior los que han llegado a defenderlo, unos seriamente, otros con desconcertante cinismo. Me parece que era Anatole France el que decía: "No conviene citar el origen de donde se toman las ideas, porque si el lector conoce ese origen, la citación resulta inútil, y si no lo conoce, ¿para qué hemos de humillarle?"

Alguna vez, hablando Miguel de Unamuno el plagio con aquella alardeadora sinceridad que acostumbra, ha dicho algo interesante: "Cuando yo me apodero de una idea de otro, el público exclama: ¡Vaya un tío! ¡Qué cosas se le ocurren!... En cambio, si alguien de una reputación ínfima acierta con un buen pensamiento, el público se escama y murmura: ¿A quién le habrá robado éste semejante idea?"

Primeramente convendría dividir las dos principales formas de la imitación literaria, señalando a una con el nombre de inconsistente o irresponsable, y a la otra con el título exacto de robo.

La fuerza del panegírico, la fuerza también del lenguaje, han hecho que en literatura se use tal vez demasiado la palabra originalidad. El bien más caro que a un escritor se le suele atribuir es el de considerarle único, especie de hombre-isla, igual a sí mismo siempre, creador absoluto de las ideas e imágenes que emite; algo como un Dios que de su propia substancia se nutre. Pero la verdad es completamente distinta. En efecto, el escritor, y esto por su misma naturaleza inmensamente perceptiva, sensitiva y curiosa, es el que más se deja nutrir por el mundo exterior.

Todo animal tiene como esencia la imitación, y el hombre, naturalmente, no se substraerá a esa ley. Cualquiera que ha compartido la venturosa compañía de un niño y ha colaborado en sus juegos, conoce hasta qué punto la naturaleza nos manda que imitemos desde el principio todo lo que tiene algún valor en

torno. El apetito de conocer con que saltamos a la vida hace del niño un monstruo. Un monstruo que no quiere desaparecer; que se defiende de su propia ignorancia y que para no perder pie en el terreno todavía vacilante de su vida, se lanza ávido, casi brutal, hacia toda suerte de conocimiento. Todo lo que ve lo absorbe. Su apetito voraz, enormemente desarrollado en la infancia, no se detiene a discernir entre lo útil y lo menos útil; como un avestruz de jardín zoológico, traga cuanto está a su alcance.

Este apetito se calma en la mayoría de los hombres al llegar a la edad en que, hechos y derechos, consideranse bien defendidos en la vida. La voracidad del escritor no se calma jamás, porque es el elemento indispensable a su existencia. El mismo que acorta su ración de lectura hasta el punto de no abrir ya sino muy escasos libros, ese no cesa de absorber las impresiones, las voces, los ecos, los gritos, las armonías que manda el universo a su espíritu verdaderamente voraz.

Por consiguiente, el escritor está apoderándose a todas horas de las ideas, las sugerencias, las imágenes y los asuntos que encuentra en torno, como las abejas el zumo de las flores. La gente de la calle se figura generosamente que el escritor es como una máquina milagrosa de hacer ideas; cree que el escritor se halla dotado de una sorprendente facultad creadora, según decíamos antes. Más cierto es, sin embargo, que posee la monstruosa facultad de absorción de ciertos animales voraces. La sociedad es la que más probablemente se encarga de crear las ideas y los grandes movimientos espirituales. En el fondo de la muchedumbre, en ese fondo agitado y activo, verdaderamente creador, es donde, y en el misterio, van fraguándose las tendencias, las orientaciones. El escritor llega entonces a tiempo, e influido él mismo, y como nadie, por las corrientes de la hora, sabe apoderarse de lo que vuela y vibra alrededor y se levanta con la presa por encima de la muchedumbre admirada. Su oficio consiste en darle expresión, forma, realce y encanto a lo que en el seno de la multitud vivía sin realmente vivir. *La Divina Comedia* se la entregó el mundo medieval al Dante con todo su espíritu y sus detalles. Numerosos clérigos, teólogos, juglares, imagineros y poetas mediocres habían ido creando ese mundo de ideas, mitos, fantasías y alucinaciones que Dante utilizó para su obra sublime. Y una vez la sublime obra compuesta, todos los antecesores, todos los originales quedaron anulados. Pues la obra literaria se porta como los facinerosos que roban, matan al expoliado e inmediatamente lo hacen desaparecer. ¡De cuántos asesinatos de este género no está llena la obra completa de Shakespeare!

Estamos hablando aquí de la primera forma de imitación, la que podremos llamar inconsciente. En su faena de trasladar en limpio lo que bulle y suena en torno, el escritor, en efecto, proce-

de como en trance de sonambulismo. Llegan a él, como a una estación receptora, todos los guiños y vibraciones del ambiente; luego él se pone al aparato y envía al mundo sus mensajes generales. Hace oficio de traductor, de aclarador y ordenador. ¿Por ventura no conocemos entre el común de las gentes que no escriben literatura personas de un agudo pensamiento, de un gran sentido y una ideología admirable? En cambio, ¿quién ignora que hay escritores de mucho renombre, hábiles en su arte de transmisión, que apenas disponen de cuatro ideas en el cerebro para bandearse por la vida?

La otra manera de plagio es la que se ejecuta a sabiendas, no en trance inconsciente. Es la vulgar y franca ratería operada con todos los sentidos despiertos. Demasiado despiertos. Contra ella hay el derecho, incluso el deber, de alzar la voz, gritando: ¡A ése, a ése!

Tal vez las condiciones de la vida moderna hagan que no siempre sea fácil separar las dos maneras de plagio. Lo involuntario y lo inconsciente se confunden hoy con frecuencia, en primer lugar porque el escritor se ha convertido en un profesional que produce gruesas cantidades de literatura diariamente y febrilmente, sin que le sea consentida muchas veces una inquisición muy honrada de las ideas e imágenes que acuden a su cerebro. Cuando más se figura estar hablando por su propia cuenta, puede ocurrir que repita lo que ha leído, visto o sentido pocos días antes por conducto de otros.

Luego hay la enorme saturación del ambiente moderno. Ese ambiente como en ninguna otra época electrizado, lleno de ondas transmisoras, plagado de conducciones internacionales a través del periódico, la revista, el libro, los viajes recreativos, los negocios y la política común, los afanes y las esperanzas comunes. La comunicación cosmopolita es hoy tan intensa, y se opera por tantos e incomprensibles conductores, que eso que llamamos ambiente, por no saberle hallar otro nombre más preciso, puede ocasionar que una misma idea acuda al mismo tiempo a la mente de un escritor de Viena y a otro de Madrid. Y que el proceso de creación haya sido el mismo en los dos casos.

Lo cierto es que entre las peripecias del oficio de la literatura merece contarse como una de las más curiosas al examen, la contemplación de los cotidianos plagios que a nuestra vista se perpetran. Uno se entretiene a menudo en comprobar cómo saltan su cercado los rateros, y cómo se apoderan de sus asuntos, giros, imágenes, sin respetar a veces los propios títulos. Es claro que no hay para qué indignarse con exceso, ni llamar a gritos a la policía, puesto que hasta los ricos agricultores que saben ser ricos practican la generosa ley de dejar que los pobres espiguen sobre los campos segados.

Poesía no-lograda

Si fuera legítima la acción de juzgar a un hombre regularmente complicado desde el exterior y con los simples datos de la conjetura, diríamos que Unamuno cambiaría sin vacilar toda su obra de prosista por el solo título de poeta.

Pero ¿quién se acuerda de llamarle poeta? Como la mayoría de los escritores contemporáneos, Unamuno sufre el sino del tiempo moderno; la máquina del periodismo lo ha arrollado también a él, y ha terminado por hacer de él un articulista. Su público más adicto es el público que únicamente lee artículos. Muchedumbre atareada y voltijante, verdadera multitud de tipo actual, el periódico cubre casi todas sus necesidades intelectuales. Carece de tiempo y de gusto para más. El libro de hondura que exige reposo atención, el libro que no es novela ni piruetismo chistoso, ese público atareado, afanado o apresurado, no lo quiere.

El lector que más fielmente sigue la obra de un articulista amado suele con mucha frecuencia desconocer los libros de éste. Sus artículos le encantan, y, sin embargo, es incapaz de hacer un mínimo esfuerzo por buscar en los libros del autor admirado la ampliación y el redondeamiento de las ideas que aparecen en el periódico. Esto nos llevaría a presumir que tal vez se ha creado en la época moderna un tipo de lector que llamaríamos diarista, con caracteres bien definidos que lo diferencian del lector de tiempos anteriores.

Para este público que sigue a Unamuno en su labor diarista, el gran literato es, además de autor de libros, un filósofo, un pensador, un ensayista, incluso un sabio. Todas estas aptitudes se aceptan por los lectores corrientes a título de verdad revelada. Se sabe que ha escrito otras cosas más densas y grandes porque algunos que las han leído lo dicen. No se conoce bien la substancia, ni siquiera el carácter de eso que dicen que ha escrito. Por lo mismo, se le rodea de una vaguedad que hasta puede rozar el margen de lo pintoresco. Es, por ejemplo, cuando Unamuno se siente incluido por sus adeptos en la categoría de sabio, y Unamuno se indigna como si le dirigiesen un insulto.

Pues con todos los títulos que le han adjudicado, nunca le otorgan el de poeta, cuando sería el que más agradeciese. Miguel de Unamuno podría exclamar, como Cervantes:

Yo, que tanto me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta,
la gracia que no quiso darme el Cielo.

Enorme desvelo representa, efectivamente, la acción de escribir los innumerables versos endecasílabos que caben en las

cientos sesenta y cuatro páginas de un tomo, para expresar las ideas y emociones que sugiere el Cristo muerto en la cruz, de Velázquez. He aquí un ejemplo de verdadera voluntad gigantesca. O, si se prefiere, he aquí un ejemplo de la soberbia literaria que desafía al público y a los mismos dioses. Esa actitud tan de Unamuno parece estar diciendo: “Puesto que ni los lectores ni los hados me consienten que sea poeta, yo os daré tal y tanta poesía, que quedéis convencidos y abrumados.”

Hay escritores que debemos llamar logrados, porque han podido expresar, en forma adecuada y perfecta, aquella inclinación que clara y enérgicamente les marcó el destino. Estos escritores diríamos que obedecen, como Moisés, las voces divinas, y de tal obediencia y servidumbre resulta esa facilidad sublime y dichosa, ese como escribir al dictado del cielo. Pongamos como ejemplares de esta especie de escritor “completo” a Shakespeare como dramaturgo, a Cervantes como novelista, a Heine como poeta lírico.

Otros escritores, en cambio, parecen debatirse entre sombras, afanosos por encontrar el camino, la dirección que su destino les ha señalado. El camino está borroso, es incierto, y ellos se lanzan a tentativas angustiosas en busca de una revelación auténtica. Miguel de Unamuno, por ejemplo.

Pero Miguel de Unamuno no ha tanteado locamente. El camino de la poesía no era una dirección absurda. Porque, a mi entender, en Unamuno lo que más resalta acaso es la intención, la naturaleza poética. Hay en él un gran poeta infuso: un poeta sin lograr, simplemente. Lo que en Miguel de Unamuno se ha logrado es el articulista, el ensayista. Ni el filósofo, ni el novelista, ni el poeta han podido lograrse.

Desearía que no se confundiesen los términos, adjudicando el mismo valor a lo no logrado y a lo malogrado. Malogrado es el espíritu que penetraba en la vida con una inclinación manifiesta, y que antes de rendir fruto, como una flor que a deshora arrebatada el viento, desaparece. Lo no logrado es, en cambio, como esos árboles de buena calidad que por falta de tiempo y de cultivo no han podido todavía alcanzar suficiente desarrollo, de manera que sólo echan flores débiles en las que el fruto se inicia como una promesa, como una esperanza de ulteriores madureces. Fruto que no llega a sazonar en verdaderos dulzores, y que en el otoño, como un enano del huerto, se arruga y cae inútil por tierra.

—¿Sabe usted cuántas generaciones se necesitan para llegar a producir un “gentleman”? —exclamaba una vez un vanidoso caballero—. Lo menos diez.

—En efecto, hacen falta diez, y todavía me parecen pocas —respondió un escritor—. Pero ¿sabe usted cuántas generaciones se precisan para producir un fino literato?

El escritor está sujeto a la ley de decantamiento por la que logra la naturaleza crear sus obras superiores o excelentes. En el misterio de las generaciones es donde el destino labra las personalidades que el mundo admira después. Hay un proceso de elaboración, y sobre todo de selección, idéntico para la oveja merina, para la cepa de Jerez como para el hombre en algún concepto extraordinario. Cuando la muchedumbre asiste a la aparición de un Rodrigo de Vivar, de un Dante o de una Santa Teresa, se figura que está presenciando un milagro de espontaneidad; cree que el héroe, el cantor y el santo han surgido repentinamente a la vida por la virtud de un “sésamo, ábrete”. Pero nada es más cierto que los preliminares de la elaboración de tales eminencias se pierden en el misterio de las remotas generaciones. El tiempo ha ido trabajando la raza, como el oficial que amasa y afina y tornea la materia. Hasta que un día, bien trabajada y concluida la obra, en el momento oportuno, como en trance de inspiración, aparece el héroe, el cantor, el santo.

De ahí que la doctrina aristocrática, en sus consecuencias legales, no sea completamente justa. Cuando se dice que el valor y la grandeza de una estirpe arranca de la persona de su fundador y se prolonga a lo largo de sus sucesores, en realidad (realidad científica) estamos cometiendo un error. El mérito íntimo y real de una estirpe no es algo que sucede hacia adelante; la fuerza de una estirpe viene de atrás, de lo lejano misterioso, y viene ascendiendo y completándose hasta producir, por último, el gran hombre. Por último, esa es la palabra exacta. Porque el grande hombre completamente logrado significa la finalidad, la meta de un esfuerzo, la terminación. Desde él para adelante no hay, casi siempre, nuevas posibilidades. La naturaleza ha hecho el esfuerzo máximo. Así vemos al héroe y al genio producir hijos vulgares.

Cuando decimos que un poeta no está logrado, no queremos decir que no había en él materia de poeta. Es que faltaba la labor de selección, decantamiento, madurez. La naturaleza no ha tenido tiempo de terminar su proceso racial. Hubieran sido necesarias dos o tres generaciones más. Impaciente, el hombre ha saltado a la vida creyéndose bastante hecho. Este es el caso de Miguel de Unamuno considerado como poeta.

La señal más cierta de que un proceso de selección se ha realizado bien y completamente está en cómo el verdadero poeta sale al aire de la vida cantando con la misma naturalidad y hermosura conque el jilguero canta en el bosque. La intención poética, lo que se dice fatalidad poética, existe en Unamuno; pero al ir a cantar, en vez de la gracia sin esfuerzo de un Garcilaso o un Verlaine, observamos en él un ahuecamiento enfático de todas las plumas, un hinchamiento angustioso de la garganta, una acumulación de

materia verbal, y al fin de tanta violencia, unos sonidos que no se parecen nada al canto melodioso, fácil, del jilguero.

La gracia, es su verdadero y hondo sentido, es la virtud esencial en poesía. Es el don inconsciente (venido del fondo de las generaciones antepasadas) que hace al poeta elegir precisamente las imágenes más bellas, la cadencia más armoniosa, las palabras más sugestivas. Pero Unamuno confiesa con esto su condición de no logrado, o anticipado, o no bastante hecho. Efectivamente, Unamuno, como poeta, es la negación de la gracia; la no gracia, la gracia al revés. Porque al tener que elegir las imágenes, la cadencia y las palabras para sus versos, elige precisamente las más desgraciadas.

“El Cristo de Velázquez”, por ejemplo, es una espléndida armazón de un libro de poesía. Es obra que sólo un hombre de gran talento puede concebir y armar. Pero faltaba el verdadero, el logrado poeta que diese forma y alma al canto. Miguel de Unamuno, una vez armado el poema, va llenándolo de materiales que al lector más generoso dejan perplejo. Los versos con que comienza el poema, y que glosan un párrafo de San Juan, equivalen a un desafío.

“No me verá dentro de poco el mundo,
mas sí vosotros me veréis, pues vivo
y viviréis” —dijiste—, y ve: te prenden
los ojos de la fe en lo más recóndito
del alma, y, por virtud del arte, en forma
te creamos visible. Vara mágica
nos fue el pincel de Don Diego Rodríguez
de Silva Velázquez. Por ella en carne
te vemos hoy. Eres el Hombre eterno
que nos hace hombres nuevos. Es tu muerte
parto...

Frente a semejante plan de poesía, a un hombre generoso le quedan dos caminos de conjetura. Puede alegar, primeramente, que la forma y la manera del verso, lo mismo que de la prosa, a veces no encajan en los gustos contemporáneos, por significar un avance, una innovación rebelde que sólo más tarde, otras gentes menos incomprensivas, llegarán a gustar y enaltecer. En segundo término, puede decir que un poema, no obstante su forma enrevesada y difícil, se salvará seguramente en la posteridad si lleva en su seno tales ideas, tales emociones y profundos atisbos que admiren a los hombres del porvenir.

El inconveniente peor de este caso está en la certeza que tenemos de que los versos del “Cristo de Velázquez” no ocultan ninguna revolución poética. Son versos endecasílabos y libres de la más firme tradición académica, semejantes a todos los que se han escrito en España y sus antiguas colonias desde principios del

siglo XVI. En cuanto al espíritu, aire o tono de esos endecasílabos, por las líneas antes insertas sabemos que lo que sobre todo destaca es el mal gusto. ¿Por qué vamos a suponer que los hombres de mañana, que probablemente andarán más apresurados, y estarán más al tanto de las cosas, y serán más exigentes que nosotros, han de caer en la aberración de estimar el mal gusto, y el mal gusto expresado en endecasílabos pedregosos, como una admirable excelencia?

La manera del verso de Unamuno no es la cosa nueva que apunta al porvenir, sino todo lo contrario. Es el verso viejo que aparece en nuestro siglo como una perplejidad, y en vez de hablar de anticipaciones deberemos acudir a la verdadera palabra: retraso. Las cosas de la vida pueden ser tan sorprendentes, que un espíritu como el de Miguel de Unamuno sea enarbolado como bandera de porvenir por las almas rebeldes, cuando lo indudable es que Unamuno estaría perfectamente situado en el siglo XVII, la época del barroco, el conceptismo, los autos sacramentales y las alambicadas controversias sobre puntos de fe católica.

En cuanto al pensamiento del poema, tampoco tenemos derecho a suponer que las gentes de mañana se vean tan pobres de material religioso, al mismo tiempo que sedientas de interpretaciones místicas. Cada día más, y con motivo, quien pretenda interesar y conmover a las gentes con lucubraciones místicas, necesitará usar de recursos literarios, de habilidades, de novedades, que únicamente posee el genio.

Hay momentos en que el mal gusto parece en Unamuno voluntario. Esto lo observamos principalmente en la elección de las palabras. No puede decirse de este escritor verdaderamente culto que ignora el idioma; al contrario, lo conoce como nadie, lo ha estudiado y embebido como ninguno. No es el literato que se guía por su instinto para sus menesteres verbales, y que acierta por la virtud inconsciente de una especie de ritmo interior. Miguel de Unamuno no se deja llevar por el lenguaje, sino que él conscientemente lo maneja y escoge. ¿Cómo es que escoge palabras de tan mal gusto? ¿Por incapacidad electiva? ¿Por su falta de gracia literaria? A veces llegamos también a pensar que lo hace por aumentar la desorientación, la perplejidad del público.

Es muy aficionado a sacar del fondo del habla del pueblo palabras escondidas, que traen un acento fuerte de ranciedad. Otros literatos, los que presumen de estilistas, han solido dedicarse a la misma faena, unos con algún éxito y otros con menos que mediano. A mí particularmente no me entusiasma esa labor que consiste en empedrar las páginas con un arabesco de vocablos rancios, arcaicos o campesinos. Miguel de Unamuno, aunque sin llegar al amaneramiento fastidioso de esos escritores, es aficionado a tomar de los labios del pueblo de Castilla ciertas palabras

que luego vierte en sus páginas. Pero tales palabras pertenecen al lenguaje común de los labradores, y tienen un sabor tan rural, tan de oficio penoso y sudoroso entre mulas de trilla, que al llevarlas al verso culto producen un efecto desagradable. Un poeta de raza podría intentarlo. Pero la cualidad acaso principal del poeta de raza es eso, la certera elección de las palabras. Como que en el encanto, la melodía, la magia misteriosa de las palabras hace, tanto o más que las ideas y que las imágenes, al poeta. Como que el poeta, en último resultado, no es otra cosa que un hombre que posee, por ofrenda graciosa de Dios, un idioma distinto: el lenguaje de poeta, simplemente.

Del estilo

Tiene el lenguaje de Unamuno un sabor acentuado que fácilmente le distingue de los demás. Esto no lo consigue, sin embargo, por un amaneramiento estilístico como de bordadora, según costumbre de los escritores que asignan una importancia capital a la construcción artificiosa de las frases. En nuestro país, acaso más que en los otros, se otorga la categoría de estilista a cualquier encajero del idioma; es suficiente que alguien se corte un patrón literario, como un sastre de ropas hechas, y vierta obstinadamente las mismas páginas redichas, para que se le admire como un portento de la buena y fina literatura. No se quiere ahondar en el concepto de la belleza hablada, y llegar a comprender que un estilo no puede llamarse bello mientras carezca de lenguaje de emoción, de sorpresas, de alternativas, de sugerencias inefables: de vida corriente en suma.

El lenguaje de Unamuno tiene un acento pronunciado porque está lleno de “yoísmo”. Ya hemos advertido, y todo el mundo lo sabe, que Unamuno es el escritor que más impudorosamente abre las entretelas de su yo a la mirada pública. Semejante manera impregna siempre un estilo de aire particular, que invita a los que pasan a volverse a mirarle.

Es su lenguaje correcto, nutrido de savia castellana, muy culto y generalmente bien trabajado. Pero le falta no se sabe qué. Tal vez elegancia. O se percibe una íntima dureza, mejor advertida en los pasajes en los que pretende volar a las alturas líricas. En tales momentos, como le falla el impulso espontáneo del vuelo, suple la deficiencia a fuerza de exclamaciones, de ayes y como de gestos patéticos.

Quiere ser oscuro, alambicado en ideas, atormentado y vagoroso como ciertos escritores septentrionales. Pero posee, al revés, los caracteres específicos de un alma meridional o centro-europea. No es un talento enrevesado, sino claro y lógico. En vez de fantástico, es ingenioso. Y lo que los definidores superficiales

llaman obscuridad o profundidad, realmente es una especie de conceptismo barroco que cae muy dentro de la tradición católica, española, meridional, del siglo XVII.

Su manera de talento razonador, lógico y libresco, efectivamente, es lo que a Unamuno impide volar adonde quisiera. Tiene una aspiración mística, una voluntad de ir hacia lo vago e inefable; pero la claridad de su talento lógico le obliga a quedar rastreando entre las menudencias de a flor de tierra. Recuérdense sus característicos artículos, en los que pone todo su ingenio y el gran caudal de sus lecturas en simples tíquis miquis de una importancia nula.

Por esto mismo resulta tan buen ensayista. Así como antes hemos visto que las malas compañías le han empujado a un género de vida que no era el suyo, también su deseo de volar por las regiones vagorosas del misterio ideológico, a lo septentrional, y de cultivar con terca obstinación todos los géneros, le han apartado de los bajos niveles de la realidad donde su claro y lógico talento tenía tanto que hacer, sobre todo en la crítica de la literatura, de la historia y de las grandes ideas universales.

VI

Cartas de Mariano Salaverría a Unamuno

San Sebastián 11-5-1909

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi estimado compañero y amigo:

Ante todo permítame que me disculpe de ese tratamiento. Lo he visto empleado por usted en su carta del 7 y a él me atengo. Pero, debo usarlo yo sin una previa explicación? Yo le conozco a usted, es decir, le he leído algo y por sus escritos he llegado a adquirir noticia de su pensamiento y especial manera de ser. Pero, usted? Usted no ha leído de mí sino los artículos que he publicado en "La Voz de Guipúzcoa", en donde colaboro desde hace 8 ó 9 meses y, bastará esto para distinguirme con el honroso título de compañero y amigo? Yo estoy confuso.

Otra explicación o aclaración le debo. El Sr. Gaztelu es un seudónimo que empleo aquí. Soy hermano de un escritor a quien usted conoce, y creí al volver a escribir ahora, que debía de ocultar mi personalidad con un mote que se distanciara de mi apellido. Escrupulos?... Exceso de afecto?... Qué sé yo! Al adoptar ese nombre busqué sólo despertar entre los que me leyeran alguna idea

redentora de patria y humanidad, y para eso era bueno cualquier apellido menos el que pudiera confundir mi labor con la labor de mi hermano y establecerse por el vulgo diferencias enojosas.

A usted que es tan amigo de la verdad, le entrego esta verdad. Ahora yo no creo que esto esté tan mal como Bilbao, su pueblo de usted. Allí tienen Deusto hace mucho tiempo; aquí ha penetrado Loyola hace unos años. Pero esto estará como aquello por ley de inercia, acaso dentro de poco, si el espíritu extraño, la invasión veraniega no contrarresta a la conventual que cubre ya el nivel medio de los espíritus.

Sin embargo, pienso como usted que hay que hacer mucho para impedir que siga el pueblo este “con el alma dormida a la sombra de una funesta ortodoxia”. Casualmente es éste uno de los motivos de mi resurrección periodística. El triste espectáculo de un pueblo aferrado a creencias muertas y la apatía por admitir otras más progresivas, me movieron a volver a escribir después de diez años, época, de allí atrás hasta un lustro, en que emborroneé por aquí algunas cuartillas no tan afortunadas como voluntariosas. ¡Lástima que no siempre consiga uno lo que se propone!

Gracias mil por sus animosos consejos.

Le reitera su consideración y respeto más distinguidos su affmo. S.S y amigo

Mariano Salaverría

s/c San Marcial 38, 4.º

CMU [Casa-Museo Unamuno], S 1, 47, n. 1

San Sebastián 23 diciembre 1916

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi distinguido y respetado amigo: El día en que salió V. de ésta, por causa de mis ocupaciones dejé de despedirme de V. para la hora del tren. Pero después, a esa hora, cinco de la tarde, tuvo reunión la Comisión especial de aguas de este Ayuntamiento, de la cual por serlo también de la Comisión de Obras, soy secretario, y me fue imposible ir a la estación.

Mucho sentí no estrechar de nuevo su mano, en esa ocasión. En el tiempo que ha estado V. en ésta y he tenido el gusto de

verle y oírle, se han desvanecido algunos juicios que, de ser sincero, había formado de V. por causa de los malos quererres. He podido observar en V. una profunda y exquisita bondad; un juicio valiente, pero recto y seguro; una fijeza de pensamiento, que echa por tierra toda preocupación de mudanzas espirituales. Ya no es V., al menos para mí, lo que por ahí algunos dicen. Yo lo tengo ahora por más penetrable y comprensible, por más bueno y sabio.

Leí el extracto de su conferencia en Eibar, y no tengo para qué decir que me gustó mucho. ¡Cuánto habría que hacer aquí de la obra que V. sabe tan bien hacer.

Le desea felices días en estos últimos y primeros de año su affmo. s.s.ya,q.e.s.m.

Mariano Salaverría

CMU S 1, 47, n. 2

San Sebastián 19 setiembre 1931

Sr. D. Miguel de Unamuno
Madrid

Mi distinguido amigo: Muy bien! Ha estado V. oportuno y certero en el juicio sobre el vascence. Así entenderemos el problema (¿problema?) cuantos hemos podido examinar estas cosas. Mi "Rémoras de la cultura vasca" que V. conoce, por haber tenido el gusto de mandarle un ejemplar, y que publiqué el año 1912, ya presentaba (V. antes) todos los inconvenientes del residir y existir de la lengua de Aitor; ¡Muy bien!; repito. Los Leizaolas y demás cavernícolas (cavernícolas por su lema Jaungoikoa, el dios de las cavernas) habrán rugido y mostrado a V. los dientes; pero los hijos de Cristo y los futuros vascos, le rendirán a V. el homenaje de admiración y agradecimiento debido por su humanidad y patriotismo.

Gracias por haberme hecho sentir y pasar un buen rato con la noticia de su triunfo.

Como siempre de V.affmo.s.s.,q.e.s.m.

Mariano Salaverría

CMU S 1, 47, n. 3

San Sebastián, 16 de Junio de 1932

Sr. D. Miguel de Unamuno
Diputado a Cortes
MADRID.

Mi querido y respetado amigo: Voy a distraer la atención de Vd. unos momentos. Perdón...

En el proyecto de estatuto del país vasco-navarro, que ha de ser sometido a la Asamblea de Ayuntamientos, después al referéndum de los vasconavarros y finalmente a las Cortes, se dice en su artículo 33, apartado 4, dedicados a la organización de la enseñanza en las cuatro provincias, lo siguiente:

“ARTICULO 33.- El País Vasco-Navarro, al asumir la facultad de organizar y dirigir autonómicamente toda la enseñanza en su territorio, sin más limitaciones que las establecidas en la Constitución, ajustará su actividad a las normas siguientes:”

“4.- El País Vasco-Navarro o sostendrá en su territorio euskeldum todas las escuelas de lengua castellana que sean precisas para que reciban educación los niños que sólo conozcan este idioma”.

Como puede verse, con esta confusión y ambigüedad, bastará que los Poderes del País Vasco-Navarro sean de tendencia reaccionaria para que el número de escuelas de lengua castellana se reduzca y limite a términos extremados, hasta conseguir su desaparición. No razono los inconvenientes que esto tendría para la cultura general del País, por haber sido por Vd. dicho y redicho muchas veces, con esa u otro forma.

Contra esto, antiespañol y antivasco —“Dios hace ciegos a los que quiere perder”— existe el proyecto que en 1930 elaboró y discutió la Diputación de Guipúzcoa para suplir la deficiencia de instrucción producida en esta provincia por su especial configuración topográfica y la escasez de escuelas.

La fórmula propuesta decía así:

“En las zonas rurales donde se habla exclusivamente el vascuence, la enseñanza durante el curso elemental se dará en esta lengua, procurando iniciar al niño en el conocimiento del castellano. Durante el curso medio se intensificará la enseñanza del castellano, y en curso superior se darán exclusivamente en este idioma las clases.-

“En los lugares mixtos donde el niño sepa el vascuence y el castellano, la enseñanza se dará en castellano, utilizando el vascuence como vehículo en los casos que juzgue conveniente el maestro.-

“Si hubiera alguna escuela donde los niños hablasen solamente el castellano, el maestro enseñará el vascuence como lengua auxiliar.””

¿No le parece a Vd. más racional y más vasca, por ser más española, esta fórmula, la que debería substituir, caso de ser aprobado el Estatuto por las Cortes?

Yo se la brindo a Vd., transcribiéndola, tomada del Boletín de la Sociedad de Estudios Vascos, correspondiente al 4.º trimestre de 1930.

Muy suyo affmo. S. S. y amigo
q.e.s.m.

Mariano Salaverría

CMU S 1, 47, n. 4

Tarjeta de visita

MARIANO SALAVERRIA

Miraconcha Alto San Sebastián 30-VII-34

saluda a su distinguido y querido amigo D. Miguel de Unamuno y, al remitirle el recorte del artículo "Transformaciones", publicado en *La Voz de Guipúzcoa* el día 29 del actual, tiene el gusto de expresarle su adhesión al homenaje que con un alto sentido patriótico y justa recompensa de su larga vida literaria se trata de rendirle en breve

CMU S S 1,47,n. 5.

VII

Artículos de J.M.^a Salaverría en “El Pueblo Vasco”

Por Isabel Vega de Seoane Etayo

Reg. N.º	FECHA	TITULO
1	09-01-04	Crónica. Yo, escritor distinguido.
2	10-01-04	Crónica. La noche del sábado.
3	13-01-04	Crónica. La tierra.
4	14-01-04	Crónica. El brasero.
5	17-01-04	Crónica. El pueblo ágil.
6	18-01-04	Cuentos propios. El sueño del recluta.
7	20-01-04	Crónica. San Sebastián.
8	22-01-04	Crónica. Los trabajadores del mar.
9	24-01-04	Crónica. Intenso frío.
10	27-01-04	Crónica. El señor público.
11	30-01-04	Crónica. Toreros de invierno.
12	31-01-04	Crónica. Debilidad humana.
13	02-02-04	Crónica. Los húngaros.
14	07-02-04	Crónica. Aún hay patria.
15	10-02-04	Crónica. La guerra.
16	14-02-04	Crónica. Caras y caretas. Todo el año es carnaval.
17	17-02-04	Crónica. La mueca.
18	21-02-04	Crónica. Otra vez los toreros.
19	23-02-04	Crónica. La fuerza triunfante.
20	25-02-04	Crónica. Utilidad de la guerra.
21	28-02-04	Crónica. Bohemia.
22	03-03-04	Crónica. El peligro eslavo.
23	09-03-04	Crónica. Fantasía blanca.
24	13-03-04	Crónica. Alcoholismo incipiente.
25	19-03-04	Crónica. Pequeñeces.
26	23-03-04	Crónica. Algo del teatro.
27	27-03-04	Crónica. Laureles.
28	05-03-04	Crónica. El perro negro.
29	12-04-04	Crónica. Niños y jardines.
30	16-04-04	Crónica. Viviendas económicas.
31	20-04-04	Crónica. Género chico.
32	23-04-04	Crónica. La Corte de España en Barcelona.
33	27-04-04	Crónica. San Sebastián próspero.
34	01-05-04	Mis cuadros de la vida. El campo muerto.
35	04-05-04	Crónica. Algo por el arte.
36	09-05-04	Crónica. Una interviú con W...
37	18-05-04	Crónica. El valor japonés.
38	22-05-04	Crónica. ¡Bravo toro!.
39	29-05-04	Por campos y valles. Mi perro negro.

- 40 02-06-04 Crónica. Teatro catalán.
- 41 06-06-04 Crónica. Problemas arduos.
- 42 08-06-04 Crónica. Marruecos.
- 43 12-06-04 Crónica. Fuerza muscular.
- 44 15-06-04 Crónica. Los vascos en América.
- 45 17-06-04 Crónica. Viajes inteligentes.
- 46 19-06-04 Crónica. La ocupación inglesa.
- 47 23-06-04 Mis cuadros de la vida. Los huérfanos.
- 48 26-06-04 Crónica. Rebeldía social.
- 49 28-06-04 Crónica. El baño obligatorio.
- 50 30-06-04 El hombre y el caballo, locos. Cuento breve.
- 51 02-07-04 Crónica. Veraneo aristocrático.
- 52 08-07-04 Crónica. La sombra.
- 53 18-07-04 Crónica. La industria del verano.
- 54 22-07-04 Crónica. La “pose”.
- 55 27-07-04 Crónica. Nuestra fragilidad.
- 56 01-08-04 Crónica. El artículo.
- 57 04-08-04 Crónica. Veraneantes...
- 58 10-08-04 Nuestras interviús. Habla un “chauffeur”.
- 59 13-08-04 Crónica. Las muñecas.
- 60 15-08-04 Crónica. Remembranzas.
- 61 20-08-04 Crónica. La caridad.
- 62 25-08-04 Crónica. En la montaña.
- 63 28-08-04 Crónica. Exposición etnográfica.
- 64 04-09-04 La apatía española. Veraneo insustancial.
- 65 12-09-04 La apatía española. Prensa anodina.
- 66 10-09-04 Crónica. Las flores.
- 67 13-09-04 Crónica. Caballos, automóviles.
- 68 17-09-04 Crónica. Descansando.
- 69 21-09-04 Crónica. Cuerdos y locos.
- 70 26-09-04 Crónica. Recuento veraniego.
- 71 29-09-04 Crónica. Devaneos otoñales.
- 72 29-09-04 Crónica. Instinto bélico.
- 73 06-10-04 Crónica. La timidez.
- 74 08-10-04 Marruecos. Tratado franco-español.
- 75 12-10-04 Poetas vascongados. Antonio Arzac.
- 76 15-10-04 Crónica. La emigración.
- 77 15-10-04 La aldea (capítulo de una novela).
- 78 19-10-04 Crónica. Las fachadas.
- 79 19-10-04 El entusiasmo.
- 80 26-10-04 Crónica. Incoherencias.
- 81 02-10-04 Nota del día. Las ánimas.
- 82 05-11-04 Crónica. El impudor.
- 83 10-11-04 Crónica. Seamos taurófilos.
- 84 15-11-04 Crónica. El buen tiempo.
- 85 19-11-04 Madrid. Anales de un provinciano. El amanecer.

- 86 22-11-04 Madrid. Anales de un provinciano. El congreso.
- 87 26-11-04 Madrid. Anales de un provinciano. La miseria ambiente.
- 88 01-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. La nevada.
- 89 03-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. Segunda nevada.
- 90 05-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. Los periódicos.
- 91 09-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. De teatros.
- 92 10-12-04 Madrid. Apuntes de un provinciano. Nordenskiöld.
- 93 16-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. El honor de Zuloaga.
- 94 17-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. La crisis.
- 95 23-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. Las ventas del Espíritu Santo.
- 96 28-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. A lo largo de las Pascuas.
- 97 29-12-04 Madrid. Anales de un provinciano. Día de sol.
- 98 08-01-05 Por tierra de Castilla. Los suburbios de Madrid.
- 99 11-01-05 Por tierra de Castilla. El Pardo.
- 100 14-01-05 Por tierra de Castilla. Los tres hijos del problema.
- 101 17-01-05 Por tierra de Castilla. Flor de decadencia.
- 102 20-01-05 Crónica. La "tamborrada".
- 103 27-01-05 Por tierra de Castilla. Camino de Toledo.
- 104 28-01-05 Por tierra de Castilla. Las calles de Toledo.
- 105 30-01-05 Por tierra de Castilla. El ambiente de Toledo.
- 106 03-02-05 Por tierra de Castilla. La monumetal de Toledo.
- 107 04-02-05 Madrid. Política vieja.
- 108 01-02-05 Madrid. Arte sombrío.
- 109 10-02-05 Madrid. La mentira ambiente.
- 110 13-02-05 Madrid. Un libro provinciano.
- 111 21-02-05 Madrid. Un fruto maduro.
- 112 28-02-05 Crónica. Los árboles.
- 113 06-03-05 Divagaciones filosóficas. La estética del viaje.
- 114 09-03-05 Alrededor del Quijote. Su centenario.
- 115 16-03-05 Crónica. Revolución frustrada.
- 116 20-03-05 Mirando al porvenir (1). El peligro amarillo.
- 117 30-03-05 Mirando al porvenir. La orientación del sentimiento. Para Ramiro de Maeztu.
- 118 03-04-05 Nuestros cuentos. El ajusticiado.
- 119 08-04-05 Crónica. Los frutos del desastre.
- 120 08-04-05 A propósito de un libro nuevo. El comentario del "Quijote".
- 121 14-04-05 A propósito de un libro nuevo. Don Quijote y Sancho.

- 122 16-04-05 Crónica. Hervor primaveral.
- 123 19-04-05 Crónica. Los gladiadores.
- 124 23-04-05 Crónica. La Resurrección.
- 125 27-04-05 Mis cuadros de la vida. Los condenados.
- 126 30-04-05 Por calles y campos. Las tabernas.
- 127 03-05-05 Preocupaciones populares. Acerca del alcoholismo.
- 128 05-05-05 Llagas sociales. Contra el alcoholismo.
- 129 07-05-05 La hermosura de Don Quijote.
- 130 10-05-05 Cervantes enfrente de "Don Quijote".
- 131 17-05-05 Crónica. Un caricaturista.
- 132 21-05-05 Fantasía nocturna. La ciudad muerta.
- 133 27-05-05 Crónica. Viaje a Europa.
- 134 30-05-05 Crónica. El viejo español.
- 135 05-06-05 Crónica. El misterio japonés.
- 136 09-06-05 Crónica. España pintoresca.
- 137 14-06-05 Crónica. La paz y la guerra.
- 138 16-06-05 A media noche. El canto del grillo.
- 139 20-06-05 Camino de Sibaris.
- 140 24-06-05 Crónica. Saldremos al mar.
- 141 28-06-05 Crónica. Los juegos y la moda.
- 142 10-07-05 Crónica. El crepúsculo de un imperio.
- 143 05-07-05 Crónica. Guerras y catástrofes.
- 144 09-07-05 Riamos...
- 145 10-07-05 Los vascongados en Madrid.
- 146 13-07-05 Crónica. La madre tierra.
- 147 18-07-05 Crónica. La tierra y el espíritu.
- 148 25-07-05 Crónica. Un problema y una confesion.
- 149 26-07-9- Hechos y observaciones. Política experimental. Los pajaritos.
- 150 31-07-05 Visitas a la exposición. Las niñas del pintor hermoso.
- 151 01-08-05 Visitas a la exposición. Las decadencias de la Mezquita.
- 152 02-08-05 Conflictos eternos. Sangre azul y sangre roja.
- 153 05-08-05 Visitas a la exposición. Regoyos y Baroja.
- 154 06-08-05 Glorias nacionales. El torero.
- 155 10-08-05 Impresiones veraniegas. El ir y venir de las mujeres
- 156 14-08-05 Bilbao. La reconciliación de dos poderes.
- 157 16-08-05 Nuestras admiraciones. Bravo torero...
- 158 20-08-05 Impresiones veraniegas. Lo que dicen los árboles.
- 159 23-08-05 Crónica. ¿Qué quiere la humanidad?.
- 160 25-08-05 En el Casino. Un viaje alrededor del ensueño.
- 161 27-08-05 Crónica. El toro.
- 162 30-08-05 Crónica. Todos nos eclipsaremos.

- 163 31-08-05 El eclipse de sol. Visión rápida.
 164 06-09-05 Crónica. La crueldad de la paz.
 165 10-09-05 Crónica. Los "americanos".
 166 12-09-05 Crónica. La lluvia y la niebla.
 167 15-09-05 Crónica. Extranjero en su patria.
 168 17-09-05 Crónica. A un automóvil.
 169 21-09-05 Crónica. Régimen de mendicidad.
 170 25-09-05 El sol y los patos. Crónica íntima.
 171 02-10-05 Crónica. Fracaso de los unitarios.
 172 04-10-05 Artes y oficios.
 173 06-10-05 Las fiestas euskaras en Vergara. Al llegar.
 174 06-10-05 El congreso agrícola. Vergara.
 175 07-10-05 Fiestas euskaras en Vergara. El Congreso agrícola.
 176 08-10-05 Las fiestas euskaras en Vergara. Entre los animales.
 177 08-10-05 El Congreso agrícola. Otros actos.
 178 09-10-05 Las fiestas euskaras en Vergara.
 179 10-10-05 Las fiestas euskaras en Vergara,
 180 14-10-05 Crónica. El sport trágico.
 181 17-10-05 Un día en Pasajes. Los emigrantes.
 182 21-10-05 Un día en Pasajes. Visita a un museo.
 183 30-10-05 Crónica. Una crisis más...
 184 31-10-05 Revista de libros.
 185 02-11-05 Crónica. Las hojas y la escoba.
 186 05-11-05 Escenas otoñales. Los caballitos.
 187 08-11-05 Un libro de Baroja. "La Feria de los discretos".
 188 19-11-05 Crónica de Madrid. La ilustre Puerta del Sol.
 189 01-12-05 La cuestión del día. Solución aplazada. Patriotería y patriotismo.
 190 03-12-05 La crisis, la patria.
 191 15-12-05 El sable.
 192 17-12-05 Vida española. La culpa al gobierno...
 193 23-12-05 Crónica. Comamos...
 194 24-12-05 Crónica. La mágica lotería.
 195 29-12-05 Ideas y comparaciones. De veinte años acá.
 196 08-01-06 Del viejo San Sebastián. Los tamborileros.
 197 11-01-06 Del viejo San Sebastián. Los pescadores.
 198 15-01-06 Crónica. Baile andalúz.
 199 18-01-06 La cuestión palpitante. Derechos de España.
 200 22-01-06 Crónica. La tiranía del vino.
 201 01-02-06 Crónica. Belleza y fealdad.
 202 02-02-06 Crónica. La frivolidad.
 203 05-02-06 Crónica. El Bilbao progresivo.
 204 08-02-06 Crónica. Cuando llueve.
 205 11-02-06 Las dos Españas.

- 206 22-02-06 Crónica. El menú.
- 207 27-02-06 Crónica. Muecas de Carnaval.
- 208 01-03-06 Asuntos vascongados. Ciudad y provincia.
- 209 03-03-06 Asuntos vascongados. La hipertrofia urbana.
- 210 09-03-06 Crónica. La goriosa Albión.
- 211 10-03-06 Crónica. El huerto del francés.
- 212 18-03-06 Parábola de primavera. El pavo real.
- 213 21-03-06 Crónica. Los caseríos.
- 214 25-03-06 Crónica. Cuando nieva.
- 215 27-03-06 Crónica. Por la agricultura.
- 216 01-04-06 Crónica. Mendigando.
- 217 04-04-06 Crónica. Superstición del vino.
- 218 15-04-06 Crónica. Ha resucitado.
- 219 18-04-06 Crónica. Los versolaris.
- 220 24-04-06 Crónica. El turismo trágico.
- 221 27-04-06 Crónica. Cuando no se ponía el sol.
- 222 29-04-06 Cuestiones vascongadas. Academia de la lengua.
- 223 02-05-06 Cuestiones vascongadas. Los vasco-americanos.
- 224 09-05-06 Crónica. La peseta.
- 225 11-05-06 Crónica. ¡Caballos, caballos!...
- 226 13-05-06 Crónica sentimental. Las viejas asiladas.
- 227 18-05-06 Crónica. La politiquería.
- 228 20-05-06 Crónica. Toreros vascongados.
- 229 23-05-06 Crónica. Limpieza de calles.
- 230 27-05-06 Crónica. Hidalgos y mendigos.
- 231 01-06-06 Crónica. Madrid y París.
- 232 03-06-06 El orfeón donostiarra en París.
- 233 05-06-06 El triunfo del orfeón donostiarra. Llegada a París.
- 234 05-06-06 El día de ayer.
- 235 06-06-06 El certamen de París. El primer día del concurso.
- 236 06-06-06 Una interesnate entrevista don Mr.Laurent de Rillé.
- 237 13-06-06 ¡La vocación!
- 238 16-06-06 Crónica sentimental. Los bancos del paseo.
- 239 27-06-06 Crónica. Se abre la temporada.
- 240 30-06-06 Crónica. La mujer triunfante.
- 241 04-07-06 Protección del paisaje.
- 242 11-07-06 Crónica. Tamboriles.
- 243 13-07-06 Crónica. El triunfo del canalla.
- 244 15-07-06 Las fiestas euskaras.Comentarios.
- 245 18-07-06 Vida veraniega. Diálogos de actualidad.
- 246 21-07-06 El estigma separatista.
- 247 23-07-06 Lo que es el regionalismo.
- 248 25-07-06 De arte. Un pintor guipuzcoano.
- 249 28-07-06 Cañonazos.(Relato íntimo de un cañón viejo).

- 250 31-07-06 Crónica. La cucaña.
 251 05-08-06 Cádiz y Bilbao.
 252 09-08-06 Escuela de periodismo.
 253 12-08-06 Crónica. Nuestros amigos los franceses.
 254 16-08-06 Las nubes.
 255 19-08-06 La exposición de "El Pueblo Vasco". El pintor Regoyos.
 256 21-08-06 Crónica. Acerca del terremoto.
 257 24-08-06 Crónica. La manía de la ley.
 258 02-09-06 Crónica. Juegos de niños.
 259 03-09-06 Crónica. Elegancia y adorno.
 260 06-09-06 Viaje al país vascongado. La noche profunda de Vergara.
 261 09-09-06 La mendicidad colectiva.
 262 13-09-06 Crónica. Nuestra fragilidad.
 263 17-09-06 Crónica. Las golondrinas.
 264 22-09-06 Crónica. Los jugadores.
 265 03-10-06 Cuestiones vascongadas. El Consejo provincial.
 266 07-10-06 Diálogos en el tren.
 267 12-10-06 Consideraciones acerca del duelo.
 268 14-10-06 Crónica. Alcoholismo incipiente.
 269 21-10-06 Asuntos vascongados. Los árboles.
 270 25-10-06 Asuntos vascongados. Los intelectuales.
 271 29-10-06 Asuntos vascongados. Transformación del carácter.
 272 02-11-06 Impresiones de Madrid. Género chico.
 273 04-11-06 Otra vez el peligro amarillo.
 274 09-11-06 Desde Madrid. Torpezas e ignorancias.
 275 12-11-06 Lo del día. El culpable es Bilbao.
 276 18-11-06 En Madrid. El debate político.
 277 26-11-06 En Madrid. Una sesión del Congreso.
 278 30-11-06 En Madrid. La vida incómoda.
 279 05-12-06 En Madrid. Crisis total.
 280 10-02-06 En Madrid. La navaja.
 281 16-12-06 En Madrid. Refranero español.
 282 20-12-06 En Madrid. La calle de Toledo.
 283 24-12-06 Del día. Figuras de "nacimiento".
 284 01-01-07 El año de los fenómenos.
 285 06-01-07 Principio de año. Resurgimiento del montón.
 286 20-01-07 Asuntos vascongados. El atomismo.
 287 27-01-07 Asuntos vascongados. La capital del norte.
 288 30-01-07 Cuestión palpitante. Los anarquistas.
 289 03-02-07 El progreso.
 290 07-02-07 Las casas.
 291 11-02-07 Del carnaval de las máscaras.
 292 22-02-07 Diálogo de actualidad.

- 293 03-03-07 La comida de los obreros.
294 13-03-07 El honor comercial.
295 17-03-07 Los niños.
296 23-03-07 Paréntesis literario. La alta noche.
297 31-03-07 Colonización interior. Elogio a un ministro.
298 06-04-07 Los "cacheos".
299 09-04-07 La "Numancia". Ingleses y españoles.
300 13-04-07 El sueño de un diputado.
301 23-04-07 La moral de las elecciones.
302 27-04-07 La solidaridad. Antigua y nueva política.
303 10-05-07 Un poeta nuevo.
304 19-05-07 Crónica. Los juegos y la moda.
305 19-05-07 D. Quijote en Cataluña.
306 26-05-07 Crónica. Ahora, en la primavera...
307 29-05-07 Alarma en San Sebastián.
308 02-06-07 Bandolerismo andaluz. El porqué del Pernaless.
309 07-06-07 La vida cara.
310 12-06-07 El príncipe llora.
311 27-06-07 Una excursión a la montaña. Los prados de Urbía.
312 29-06-07 La opulencia del año.
313 05-07-07 De San Sebastián. La imitación.
314 07-07-07 Automóviles y balandros.
315 22-07-07 El norte de España.
316 01-08-07 La exposición de Burdeos. Por los barracones.
317 03-08-07 La Exposición de Burdeos (1). La enseñanza y el idioma.
318 10-08-07 El Japón triunfante.
319 16-08-07 Los caballos.
320 18-08-07 Una revelación interesante. Las corridas de toros jugadas por los japoneses
321 25-08-07 Una aclaración. (Vease el núm. del domingo pasado que trata de los japoneses
322 09-09-07 Algunas debilidades de la prensa.
323 15-09-07 Diálogo patriótico.
324 22-09-07 Civilicemos a Marruecos.
325 29-09-07 (1) Concentración vascongada. Señor Ferron de Ollaz, en Buenos Aires.
326 08-10-07 Pícaros y mendigos. Recuerdo de un viaje a Castilla.
327 15-10-07 Sobre las costumbres y sobre la transformación de España.
328 26-10-07 Diálogos patrióticos.
329 01-11-07 Los solidarios en las Cortes. La elocuencia.
330 10-11-07 La exposición de higiene de Madrid. Un triunfo de San Sebastián.

- 331 27-11-07 Notas de Madrid. La criminalidad en auge.
 332 02-12-07 Los jardines y el arte en San Sebastián.
 333 11-12-07 Al volver de otros países.
 334 15-12-07 De la cultura.
 335 25-12-07 Felicitaciones.
 336 30-12-07 Para las madres. Cómo de debe hablar a los niños.
 337 03-01-08 La poesía en España.
 338 06-01-08 El silencio de Bilbao.
 339 12-01-08 La mendicidad.
 340 19-01-08 El obsequio del sol.
 341 23-01-08 Sobre el sufragio universal.
 342 27-01-08 El progreso de Guipuzcoa. Cuestiones sociales.
 343 02-02-08 Los catalanes y los vascos.
 344 09-02-08 La caída del dictador. Juan Franco.
 345 16-02-08 Vivir a prisa.
 346 26-02-08 Capítulo dedicado a la risa.
 347 06-03-08 El centenario del incendio de San Sebastián.
 348 16-03-08 Opinión de un inglés sobre el juego de la pelota.
 349 23-03-08 El modo de beber y el modo de vivir.
 350 04-04-08 A propósito del anarquismo.
 351 09-04-08 San Sebastián-Londres. Algunas ventajas de la lluvia.
 352 27-04-08 Meditaciones primaverales.
 353 02-05-08 El fusilamiento de la Moncloa. Patriotismo trágico.
 354 24-05-08 Los ilustres “chiflados”.
 355 31-05-08 Golondrinas.
 356 13-06-08 La vida en el campo.
 357 23-06-08 La noche de San Juan.
 358 29-06-08 Faroles amarillos.
 359 05-07-08 La generosidad de los ricos.
 360 12-07-08 El culto de la música en San Sebastián.
 361 19-07-08 Los trabajadores del mar.
 362 27-07-08 Observaciones del verano.
 363 02-08-08 La opinión de un torero.
 364 10-08-08 Las brujas en San Sebastián.
 365 16-08-08 Historia de un día.
 366 21-08-08 Los duros sevillanos, el ahorro y la agricultura.
 367 27-08-08 De arte. Dos retratos notables.
 368 30-08-08 Picador, caballo y toro.
 369 04-09-08 Viaje a los bosques. El país vasco-francés.
 370 06-09-08 Viaje a los bosques. Roncesvalles.
 371 10-09-08 Nuestros pintores. Pablo Uranga.
 372 14-09-08 El japonés y los vascos. La pasión por la fuerza.
 373 20-09-08 Fuimos a alborotar un pueblo dormido.

- 374 24-09-08 El Japón y Europa. Raku y Eltzecondo.
 375 30-09-08 Preludios de otoño. (Diálogos del hombre y del niño).
 376 04-10-08 Los pueblos viejos.
 377 11-10-08 Las mujeres.
 378 18-10-08 Proyecto de exposición.
 379 19-10-08 Por tierras de Castilla. En el tren.
 380 26-10-08 Invierno.
 381 02-11-08 Las palomas de Echalar. (Pasión y muerte de las inocentes palomas).
 382 08-11-08 Un sueño en un vagón.
 383 16-11-08 El miedo a la enfermedad.
 384 12-11-08 En el Escorial. La superioridad política de Castilla.
 385 28-11-08 En el Escorial. La deficiencia política de los vascos.
 386 06-12-08 Por las tierras llanas en Castilla.
 387 12-12-08 Por las tierras llanas. Rasgos físicos y morales.
 388 28-12-08 Hablemos de fotografía.
 389 01-01-09 Felicidad.
 390 10-01-09 La moral del terremoto.
 391 15-01-09 Diversos comentarios.
 392 22-01-09 Viendo comer a los niños.
 393 29-01-09 El frío.
 394 13-02-09 Los gorriones se disponen a dormir.
 395 22-02-09 Excursión a Pau. Viendo volar al aeroplano.
 396 08-03-09 Divagaciones sobre la enfermedad.
 397 22-03-09 Los bebedores de sidra.
 398 28-03-09 Las cometas.
 399 04-04-09 Comentario del día de Ramos.
 400 11-04-09 Fuerza y belleza.
 401 16-04-09 Resumen de las fiestas.
 402 22-04-09 La muerte de los pichones en Ulúa.
 403 29-04-09 Elogio de la montaña.
 404 13-05-09 Toledo a la luz de la luna.
 405 14-05-09 Toledo a la luz del sol.
 406 19-05-09 De Toledo a San Sebastián.
 407 23-05-09 La embriaguez de los domingos.
 408 28-05-09 Los dos cangrejos.
 409 30-05-09 Dos aspectos del paisaje vasco. Día de lluvia.
 410 06-06-09 En defensa de los pájaros.
 411 12-06-09 Las casas solariegas y la estética de la habitación.
 412 21-06-09 Las ideas florecen por el camino.
 413 26-06-09 La lluvia y la riqueza.
 414 05-07-09 La eterna armonía.

- 415 18-07-09 Los borrachos representativos y el humorismo vasco.
- 416 02-08-09 Una corrida de toros triste.
- 417 07-08-09 Trágico-ridículo.
- 418 11-08-09 La nobleza y la guerra.
- 419 16-08-09 La campaña de Melilla. Los voluntarios.
- 420 21-10-09 En alta mar. La madrugada en el océano.
- 421 24-10-09 En alta mar. El aburrimiento.
- 422 25-10-09 En alta mar. Elucubraciones acerca de la velocidad.
- 423 02-11-09 Paseos por América. Los vascos en Ultramar.
- 424 13-11-09 Paseos por América. La vida nocturna.
- 425 22-11-09 Paseos por América. El crepúsculo en la Pampa.
- 426 03-12-09 Paseos por América. Al pié de los Andes.
- 427 18-12-09 Paseos por América. Por chacras y tambos.
- 428 21-12-09 Paseos por América. Quienes deban emigrar.
- 429 28-12-09 Los toreros en la Argentina.
- 430 20-01-10 Paseos por América. A orillas del Paraná.
- 431 24-01-10 Paseos por América. Treinta leguas en un carro polaco.
- 432 27-01-10 Al volver a España.
- 433 02-02-10 Nuestra pereza.
- 434 13-02-10 El culto de los héroes, de las personas, de la Patria.
- 435 24-02-10 El caracter explosivo de las Vascongadas.
- 436 01-03-10 La exposición de Buenos Aires. Lo que debiera haberse hecho.
- 437 08-03-10 El puerto de Buenos Aires.
- 438 15-03-10 Ministro reformista.
- 439 27-03-10 Las fiestas de S.S y el progreso. Fantasía sobre la rival., la imagin. y el entusiasmo
- 440 01-04-10 Los vagos vascongados.
- 441 16-04-10 Las dos clases de arte.
- 442 17-04-10 El espíritu cominero de las Vascongadas.
- 443 24-04-10 El mitin de los periodistas.
- 444 19-05-10 Homenaje a un escritor muerto.
- 445 06-06-10 Paisaje de Francia.
- 446 03-06-10 Hombres fundamentales.
- 447 09-07-10 El culto de la fuerza y la destreza.
- 448 21-07-10 El despertar literario.
- 449 22-07-10 Las minas de Somorrostro.
- 450 29-07-10 Los estudios históricos y sociales en el País Vasco.
- 451 09-08-10 Comentarios.
- 452 16-08-10 El casero.
- 453 27-08-10 Cuestiones de arte.

- 454 09-09-10 Un hombre y un libro extraordinarios.
- 455 28-09-10 La previsión y el pueblo.
- 456 13-10-10 El pueblo vasco en Lisboa. Una revolución de magia.
- 457 15-10-10 La Revolución en Portugal. En el teatro de la Revolución.
- 458 16-10-10 Panorama de Lisboa.
- 459 18-10-10 Después de la Revolución. Hablando con Teófilo Braga.
- 460 25-10-10 Visión de España.
- 461 10-11-10 Los porches y las tabernas.
- 462 12-11-10 Examen de un libro.
- 463 07-12-10 Esa Puerta del Sol.
- 464 12-12-10 En el Museo del Prado. El caballero de la mano abierta.
- 465 23-12-10 El cañón viejo.
- 466 28-02-11 El problema de la emigración. Aviso a los emigrantes.
- 467 03-03-11 Para los emigrantes. El país de los especuladores.
- 468 21-03-11 Desde América. El hogar.
- 469 28-03-11 Desde América. Las ideas públicas.
- 470 19-04-11 Desde América. Riqueza que no se aprovecha.
- 471 08-05-11 Desde América. Confusión de razas.
- 472 17-05-11 Desde América. Patriotismo americano.
- 473 20-05-11 Desde América. Nuestro idioma español.
- 474 26-05-11 Los viejos españoles.
- 475 04-08-11 Desde América. Los ferrocarriles argentinos.
- 476 12-08-11 Desde América. Fantasía y realidad.
- 477 03-01-12 Cartas americanas. El reposo del político.
- 478 05-06-12 Los procedimientos y las formas.
- 479 08-10-12 Por tierras de América. La substancia española.
- 480 13-02-14 Sobre emigración. ¿Embuste o ignorancia?.
- 481 29-03-14 Desde el tren. El desdoblamiento de Castilla.
- 482 18-04-14 Comentario. Hacia una España más grande.
- 483 24-04-14 De ABC. Manual del perfecto madrileño.
- 484 29-04-14 Comentario. La moral de los débiles.
- 485 03-05-14 El fracaso de los listos.
- 486 25-05-14 Comentario. El cultivo del músculo.
- 487 22-09-14 Después de la guerra. Los inválidos.
- 488 11-01-15 Cuadros ingleses. El fantasma de Alemania.
- 489 21-01-15 La hora desconcertante.
- 490 25-01-15 Escenas de Londres. El culto de las formas.
- 491 26-01-15 Cuadros ingleses. Las sombras del pescado.
- 492 29-01-15 Escenas de Londres. Elogio de la soledad en las grandes ciudades.
- 493 03-02-15 Desde Londres. El gabarreo del Támesis.

- 494 09-02-15 Iniciativa y personalismo. Ante el bloqueo.
 495 02-03-15 Para "después" de la guerra. El odio a Inglaterra.
 496 05-03-15 La guerra y la peseta. Penuria del sentido económico.
 497 16-03-15 Cuadros de Madrid. Las lanzas.
 498 26-03-15 Por la Francia en guerra. Soldados por el camino.
 499 05-05-15 Desde París. Los cinco soldados cojos.
 500 12-05-15 Desde París. El enigma italiano.
 501 17-05-15 Crónica de París. La elasticidad del dinero.
 502 28-05-15 Desde París. La fiesta de Juana de Arco.
 503 04-06-15 Desde París. Bajo las bombas prusianas.
 504 28-06-15 Crónica de París. Los parlamentarios se han excedido. El tema de los "emboscados".
 505 05-07-15 Crónica de París. Los domingos de la guerra.
 506 22-09-15 Lecciones de guerra. El peligro antiespañolista.
 507 12-11-15 Viajando por Alemania. El salto decisivo de la frontera. (Munich)
 508 16-11-15 Viajando por Alemania. El verdadero semblante alemán.
 509 19-11-15 Viajando por Alemania. Entrada en Berlín. (Berlín) (De ABC).
 510 03-01-16 Aspectos españoles. El tono negativo.
 511 18-01-16 Al margen de la guerra. Las tres ciudades trágicas. Londres- París- Berlín.
 512 24-01-16 Aspectos españoles. Para elevar el tono moral.
 513 10-02-16 Aspectos españoles. El sentido de la relatividad.
 514 24-02-16 Aspectos españoles. Mirando a Marruecos.
 515 07-03-16 Aspectos españoles. Quijotismo.
 516 20-03-16 Aspectos españoles. De nuestra vida real.
 517 01-04-16 Aspectos españoles. La sombra pesimista.
 518 05-04-16 Palabras actuales. El fenómeno inglés.
 519 23-04-16 Las dos vidas de D. Quijote. Quijotismo y cervantismo.
 520 26-04-16 Una crónica de salvatierra. Los maestros cantores donostiarras. Un elogio de la raza
 521 25-07-16 Cuadros estivales. Un elogio de Guipuzcoa.
 522 27-07-16 Cuadros estivales. Las carreras de caballos. Un mundo nuevo.
 523 28-07-16 Cuadros estivales. Remeros vascos.
 524 17-08-16 Cuadros estivales. ¿Neutrales?.
 525 18-08-16 Cuadros estivales. La nobleza.
 526 28-09-16 La generación del 98. Los hombres de ayer (1).
 527 02-10-16 La generación del 98. La España negra (2).
 528 05-10-16 La generación del 98. La superstición en Europa (3).

- 529 06-10-16 La generación del 98. La negación sistemática (4).
- 530 10-10-16 Aspectos españoles. La hora más propicia. ¿No se aprovechará el beneficio de la paz?.
- 531 14-10-16 Aspectos españoles. La fiesta de la raza. Una evolución lógica.
- 532 24-10-16 Aspectos españoles. Mendicidad y vagancia.
- 533 10-11-16 Desde Madrid. La exposición de artistas vascos. El valor del contraste.
- 534 15-11-16 Aspectos vascongados. Arquitectura regional. Para el Pueblo Vasco.
- 535 13-11-16 Aspectos españoles. El secreto del Toledo.
- 536 21-11-16 Aspectos españoles. Los eternos negadores. Una respuesta para muchas cartas.
- 537 24-12-16 Aspectos vascongados. El contratista. Para el Pueblo Vasco.
- 538 28-12-16 Aspectos españoles. España frente a Europa. ¿Quizá con Norteamérica?
- 539 03-01-17 Apuntes literarios. Baroja y Avinareta. Para el Pueblo Vasco.
- 540 13-01-17 Aspectos españoles. Apología de los deportes. Para el Pueblo Vasco.
- 541 29-01-17 Aspectos españoles. Los lugares comunes sobre España.
- 542 12-02-17 Aspectos hispano-americanos. El gaucho argentino. El poema "Martín Fierro".
- 543 17-02-17 Para el Pueblo Vasco. Aspectos hispano-americanos. "Martín Fierro".
- 544 25-02-17 Aspectos españoles. Enseñanza de la ciudadanía. Para el P.Vasco.
- 545 15-03-17 Aspectos españoles. Palabras a un muchacho. La bandera.
- 546 05-04-17 Semblanzas españolas. Darío de Regoyos. (Para la revista "Hermes").
- 547 04-05-17 Un viaje por Extremadura. El bello país de los héroes.
- 548 14-05-17 Palabras a un muchacho. El amor a la independencia.
- 549 30-06-17 Palabras actuales. El sentido aristocrático. Con motivo de la revolución rusa.
- 550 09-08-17 Cuadros estivales. Los musgos montañeses. Para el Pueblo Vasco.
- 551 21-08-17 Palabras actuales. Psicología del revolucionario. Para el "Pueblo vasco".
- 552 13-09-17 Exposición Sindlerora. Breve juicio de un espectador.

- 553 04-11-17 Palabras actuales. Las razas ocultas. Para el P.Vasco.
- 554 06-11-17 Palabras actuales. La política. Para el P.Vasco.
- 555 02-03-18 Palabras actuales. Problemas aristocráticos. Para el P.Vasco.
- 556 24-03-18 Aspectos españoles. Histerismo.
- 557 22-05-18 Alpinismo literario. Montañas y llanuras.
- 558 16-06-18 Paisajes cantábricos. El viento del sur.
- 559 21-06-18 Palabras actuales. El estilo.
- 560 25-07-18 Nuestros colaboradores. En la exposición de Darío de Regoyos.
- 561 28-07-18 Paisajes cantábricos. Las cuevas robinsonianas del monte Urgull.
- 562 14-08-18 Aclaraciones. Un recalcitrante. Al señor "Alcibar".
- 563 20-08-18 Paisajes cantábricos. Los barcos de vela.
- 564 28-08-18 Palabras actuales. La reivindicación de lo antiguo. (El símbolo del radiador frío).
- 565 10-09-18 Cuadros del País Vasco. Los versolaris.
- 566 19-09-18 Palabras actuales. Las ideas en la guerra. Para el "Pueblo Vasco".
- 567 26-09-18 El éxito del optimismo.
- 568 27-09-18 Cuadros del País Vasco. Al correr del automovil.
- 569 29-09-18 Cuadros vascos. Las esencias de la cultura.
- 570 15-10-18 Cuadros vascos. El suave otoño.
- 571 11-11-18 Interpretaciones. El sub-pueblo.
- 572 27-11-18 Interpretaciones. Lo anónimo y lo personal.
- 573 28-11-18 Interpretaciones. Los irredimibles.
- 574 11-12-18 Interpretaciones. Horas de Avila.
- 575 10-03-19 Frente a la vorágine.
- 576 26-03-19 Interpretaciones. La toxina del periodismo popular.
- 577 12-07-19 Interpretaciones. Un rincón del puerto de San Sebastián.
- 578 07-08-19 Interpretaciones. Junto a la carretera. (Igueldo, Agosto).
- 579 26-08-19 Interpretaciones. Pasajes de San Juan.
- 580 31-08-19 Un desfile impresionante de submarinos. (De ABC)
- 581 19-10-19 El dinero de las pequeñas ganancias. (De ABC).
- 582 21-05-21 Del ABC. Nietzsche, Napoleón y la moral presente.
- 583 21-08-19 Nuestros colaboradores. Misterios de la estadística. Unas consideraciones inesperadas
- 584 04-09-21 Escenas de juego. Proyecto de un principado.
- 585 18-09-21 Nuestros colaboradores. Los hombres de guerra. Algunos mercenarios vascos.

- 586 08-01-22 Interpretaciones. La cerradura indiscreta.
- 587 16-06-22 Mirando a Europa.
- 588 27-08-22 De nuestra colaboración. En las gradas de la catedral de Sevilla.
- 589 07-09-22 Nuestros colaboradores. Diálogo en la montaña (Teoría de la razón que vuelve).
- 590 17-09-22 De nuestra colaboración. El colosalismo y la finura.
- 591 19-09-22 Interpretaciones. Zuloaga, paisajista.
- 592 09-02-23 Juan Echevarría. El nuevo gran pintor.
- 593 02-11-23 De actualidad. El ocaso del mito donjuanesco.
- 594 29-02-24 Interpretaciones. Los vascongados en Madrid.
- 595 15-06-24 Ideas y notas. Azorín en la academia.
- 596 03-04-25 Ateneo g. Una bella conferencia de J.M. Salaverría. De la nobleza en la vida y en el arte.
- 597 04-04-25 De la nobleza en la vida y en el arte. Conclusión de la conferencia.
- 598 04-12-26 Nuestros artistas. La pintura de Juan de Echevarría.
- 599 14-08-27 Ideas y notas. El gran casino de San Sebastián.
- 600 17-11-27 Artículos y comentarios. Espigando la prensa. La proletarización de Buenos Aires.(ABC
- 601 26-11-27 El juego en Buenos Aires. (ABC)
- 602 13-07-28 Interpretaciones. El último guerrillero.
- 603 21-07-28 Interpretaciones. El escaparate de las estilográficas.
- 604 10-08-28 De "ABC". El gran naufragio de las palabras.
- 605 18-09-28 En el reino de lo hipotético. Pesadilla de un día de verano.
- 606 04-01-29 Artículos y comentarios. Espigando la prensa. Las aduanas. (ABC)
- 607 26-01-29 Ideas y notas. Los vascos en el 98.
- 608 16-06-29 De ABC. Interpretaciones. Con el doctor Asuero.
- 609 31-07-29 San Ignacio. Simple y trascendental reunión en Montmartre.
- 610 30-06-31 Ideas y notas. El sino vascongado.
- 611 16-08-31 Ideas y notas. Los vascos en entredicho. (De la Vanguardia).
- 612 03-01-33 Ideas y notas. Lo admirable de Guipuzcoa.
- 613 25-04-34 Ideas y notas. Observadores extranjeros.
- 614 11-05-34 Ideas y notas. Una excentricidad británica.
- 615 25-05-34 El libro entre España y América.
- 616 31-05-34 La hora más crítica.

